

Este libro reúne ciento veintidós relatos breves escritos en respuesta a la consigna “Prendí la radio y se encendió el aire”. La selección fue convocada por radio UNCo-calf (LRG 300 FM 103.7) en octubre de 2012, como una forma de celebrar 25 años al aire. Es homenaje también a la persistencia de las radios entre la multiplicidad y la variedad de los medios de comunicación actuales.

Participaron con sus textos oyentes del Alto Valle de Río Negro y Neuquén y de la mayoría de las provincias argentinas; de otros países americanos -El Salvador, Venezuela, Nicaragua, México, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Puerto Rico, Guatemala, Chile, Perú, Uruguay, Ecuador-, de varias regiones de España, de Canadá y de Australia.

Muchos de ellos evocan los tiempos de la infancia, cuando la radio era la única fuente de información y entretenimiento de la casa. Hay, entonces, referencias a los radioteatros, los programas infantiles como Tazán y a las transmisiones del fútbol. Otros abordan experiencias históricas y de la imaginación.

En conjunto, los relatos ofrecen “una posibilidad de lectura que permitirá asomarnos a un universo amplio y diferente que rompe con las convenciones esperables de cualquier emisión radial”, como opinó el jurado al expedirse.



IMPRENTA DIGITAL

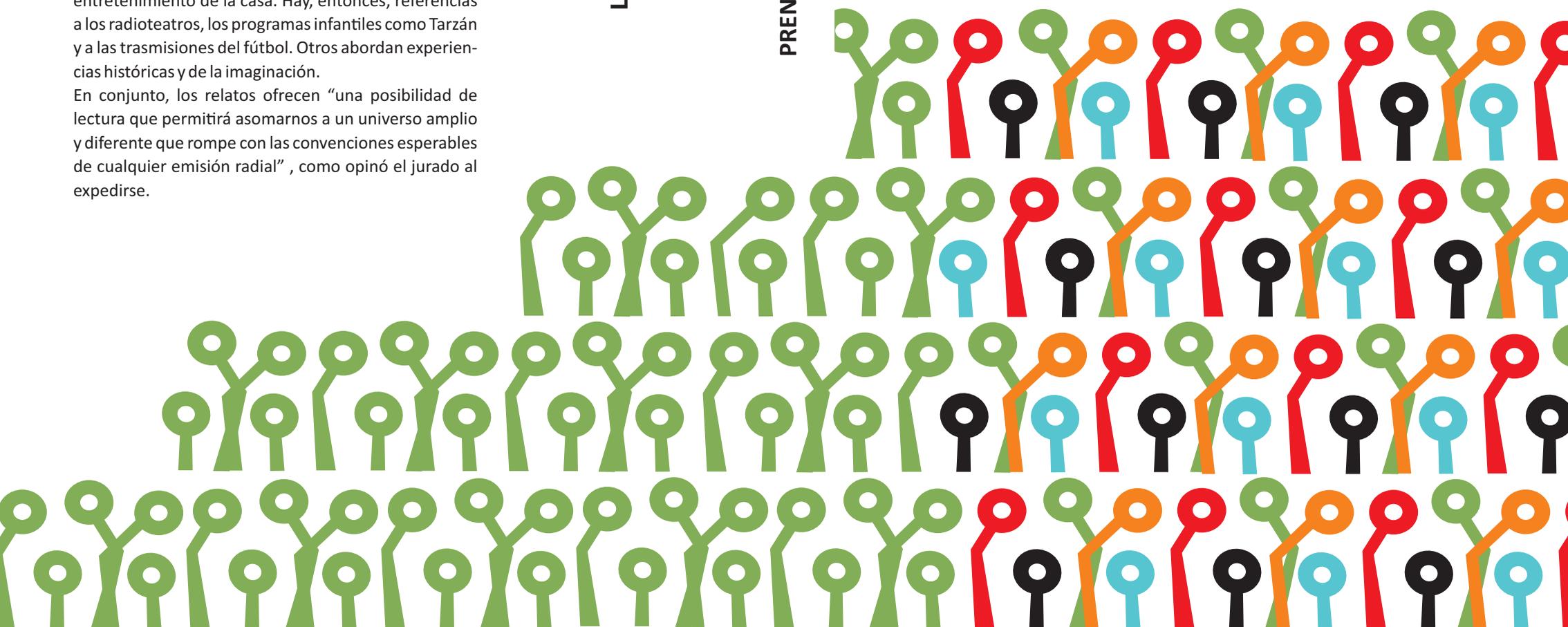
La máquina de hacer libros

PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE



selección de relatos breves

# PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE



selección de relatos breves







selección de relatos breves

# **PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE**



LRG 300 Radio Universidad-Calf

Estudios: Buenos Aires 373 - 3º B - Neuquén Capital

Planta transmisora: Buenos Aires 1400 - Neuquén Capital

Teléfonos: (0299) 448 2270 - 443 6122 - 443 4509

[www.radiouncoalf.com.ar](http://www.radiouncoalf.com.ar)

Corrección: Mónica Reynoso/ Gerardo Burton

Diseño de cubierta e interior: DCV Patricia Curlo para Planeta Color.

Impresión cortesía Planeta Color.

Ejemplar de obsequio para cada autor. Sin valor comercial.

Neuquén, Agosto 2013

Las fotos de esta edición corresponden a las instalaciones que ocupó la radio entre 1997 y 2012 en la sede central de la Universidad Nacional del Comahue.



IMPRENTA DIGITAL

**La máquina de hacer libros**

## A MANERA DE PRÓLOGO

“Ahora tu libro va debajo de los más extraños brazos  
y se halla en todas las mentes. (...)  
Mañana lo va a estar también y pasado mañana,  
y todos los siglos y los siglos venideros”.

Augusto Monterroso

Este libro reúne ciento veintidós relatos breves escritos con la oreja puesta más que en las voces de la radio, en lo que susurra la memoria. Quienes escriben, distantes en el espacio, se han encontrado aquí para hablar de la infancia, la soledad, la nostalgia y la fantasía. Para poner en palabras su experiencia de oyentes: esa distraída rutina de escuchar radio, que es tanto intensa intimidad como alegría grupal, vínculo con la humanidad, misterio.

Muchos de estos relatos están rodeados de una atmósfera melancólica por los tiempos idos, cuando la radio era un aparato enorme, de madera y tela, omnipresente en las casas de la niñez donde había olor a comida casera, se cuidaba un religioso silencio a la hora del fútbol, y las novelas populares, con sus galanes recios y sus heroínas vaporosas, suspendían toda tarea doméstica de madres, tías y hermanas. Pero también se evocan momentos irrepetibles de cuando una voz desconocida apartó la tristeza, achicó distancias e inspiró el deseo y la aventura; o cuando el sencillo fraseo de una canción despertó los sentidos y la imaginación.

Nada como la radio para la ilusión. Frente a la abrumadora multiplicación de los medios de comunicación actuales, sigue tan sencillamente fresca, accesible, gratuita y compañera como en los primeros tiempos. Puesta en internet, ahora es posible escucharla allí donde se esté. Y es probable que algo de esto explique la sorprendente cantidad de relatos -dos tercios- escritos desde lugares muy lejanos al área que cubre desde Neuquén la 103.7, anfitriona de este encuentro de tinta y papel, pensado para celebrar sus veinticinco años al aire.

La idea del libro fue de Patricia Curlo, la inquieta dueña de la máquina de hacer libros pero también de una generosidad poco común: ha puesto toda su creatividad y sus recursos al servicio del proyecto (los

mails que hemos cruzado estos últimos meses pueden perfectamente dar cuerpo a otro libro).

Lanzada la convocatoria a fines del año pasado, hubo un lapso durante el cual los relatos iban llegando esporádicamente, escasos, hasta que, próxima al cierre, los envíos fueron más frecuentes y superaron los doscientos cincuenta. A la minuciosa tarea de leer, releer, seleccionar, intercambiar pareceres, disentir, acordar, argumentar y decidir se dedicaron durante el verano los cuatro jurados –Lilí Muñoz, Gerardo Burton, Humberto Bas y Rafael Urretabizkaya– en infinitas reuniones virtuales y de cuerpo presente que ratifican la pertinencia de sus roles y su gratificante condición de buenos amigos de la literatura y de la radio.

Desde el 16 de octubre de 1987, con la primavera democrática y cuando inauguró su transmisión desde el Aula Magna “Salvador Allende” de la Universidad Nacional del Comahue, la FM 103.7 ha sostenido sin concesiones los principios por los que fue creada: la libre expresión de las manifestaciones artísticas y culturales, la defensa del derecho a la información, la divulgación del conocimiento científico y de las conquistas populares, el apego a los valores democráticos. Lo ha hecho con dignidad, pese a las dificultades, todos estos veinticinco años. Ocupa por eso un lugar digno y respetado entre sus pares y puede presumir del afecto constante de su audiencia.

De la palabra hablada a la palabra escrita, las páginas que siguen son una demostración más de que “la palabra importa” y de que los textos presentados, palabra tras palabra, tienen más fuerza que mil imágenes. Un enorme agradecimiento a Patricia, Gerardo, Lilí, Humberto, Rafael y a todas y todos quienes respondieron, seleccionados y no, a la incitación a escribir formulada en la consigna “Prendí la radio y se encendió el aire” como homenaje a la persistencia nítida e irremplazable de las radios entre la confusión de las cosas del mundo.

**Mónica Reynoso**

Coordinadora Radio UNCo calf

## SOBRE LOS JURADOS

**Humberto Bas**, autor de: *La Culeada y otros cuentos*, adaptado al teatro por Grisel Nicolau; *Palí, o el extravío del instinto maternal*, (ambos por Barcoborracho ediciones, Buenos Aires, 2007); *El Superpalo*, novela, editorial El Fracaso, Neuquén, 2010; *Putus Versus*, relato, en la antología sobre Fútbol Punta Karajá, Asunción, 2012.

**Gerardo Burton** nació en 1951 en Buenos Aires y reside desde 1986 en Neuquén. Es periodista y poeta. Publica poesía desde 1979 con cierta regularidad. Obtuvo algunos premios y participó en antologías. Estudia pintura.

**Lilí Muñoz** vive en Neuquén hace más de cuarenta años. Ha editado y recibido reconocimientos en narrativa, poesía, ensayo y dramaturgia en el país y fuera de él. En el 2012 se publicaron *La señora de la aguada*, novela, y el poemario *Okupación*, en coautoría, ambos por ediciones Oblicuas, Barcelona.

**Rafael Urretabizkaya** publicó *Te agarro a la salida* (Corregidor, 1997); *Aimé*, en coautoría con W. Arrúe (De la Grieta, 2004); *Tita y Toto* (Nuevo Siglo, 1997); *Carlito el carnicero* (De la Grieta, 1997); *Tierras de aventuras*, libro de cuentos compartido con Emilio Urruty y Silvia Iparraguirre (Desde la Gente, 2004); *Teresa*, editado entre la SEA Neuquén y el Plan Nacional de Lectura (2008); *Informe sobre aves y otras cosas que vuelan* (De la Grieta, 2011). Obtuvo algunos premios y fue incluido en varias antologías regionales y nacionales.







**Discoteca**

## ENCENDER EL AIRE

Por Mirta Agostino

“Tengo las manos vacías  
de tanto dar sin tener,  
pero las manos son mías”.

*Copla del cante flamenco*

Sacó con su mano libre los restos de escombros tiznados. El otro brazo lo ocupa un niño robusto de mirada quieta sobre sus hermanos que sortean pedazos de cocina, trapos negros y plásticos humeantes, usando una pata de mesa como espada.

Los vecinos han salvado lo que se pudo. Nada, pensó Manuela. Otra vez a cielo abierto y ahora con todos estos saltando de acá para allá.

Una vecina de la toma acercó tortas fritas y recién ahí, se le cayó una lágrima.

Menos mal, decían, menos mal que tenías el turno en la sala. Menos mal, sí. No sé, no sé ahora, qué mierda hacer con este sol castigando las cabezas de todos y sin balde para buscar agua.

Alguien comenta que avisaron a la radio y que vino gente del diario a sacar fotos cuando ellos no estaban. Mejor, no quería que le pregunten como a la Chola o al Pedro que cuando se les quemaron las pilchas salieron en la tele, todos sucios y sin dientes. Y ella, sin ganas de moverse aunque le duela la espalda de cargar al Juancito que no se quiere bajar. La polvareda avisa cuando se acercan autos, como tres se veían venir.

Algunos salieron de sus casas para señalar con el brazo largo este pedazo de tierra. Y ahí nomás bajaron los del centro trayendo unas bolsas de consorcio cargadas. Ropa, mucha,

ni sé dónde ponerla pero gracias, me da como un frío en los brazos. Los otros son jóvenes, estudiantes parece. Los obreros dejan su palabra y un número para ayudar con cerámicos y los vecinos dicen que unas chapas juntan, que algún techo levantan antes de la noche.

El Pedro avisó a la Municipalidad y anda anotando a todos los que les falta materiales para aprovechar la volada porque como salió en los medios, cree que alguien va a venir.

La que estuvo bien fue la María que me acercó una silla para que recibiera gente y me dijo que se la devuelva cuando pueda. Dejaron cosas para los chicos y ollas y otras que no abrí todavía porque las piernas me duelen ahora que me puede sentar.

Los más grandes se prueban ropa y el Luchito vino corriendo como si trajera un tesoro cuadrado y medio viejo. Lo puso a mis pies y metiendo manos dijo: tiene pilas, mamá.

Y cuando las razones del canto encienden el aire, el Juancito baja de mis brazos medio a los tumbos y les hace un bailecito con el pañal desatado mientras los otros tontos aplauden, aplauden, hasta hacerme reír.

Nacida en Bariloche, vive en Neuquén. Editó *Retrato de un cuadro que mira al cielo* (Narvaja Ediciones, Córdoba), *Ana por el rabo del ojo* (Patagónica Limón, Neuquén), *Viento, Matas y Violines* (Antología Poética, Chubut), entre otras obras. Participó en revistas literarias, integró La Casa de la Poesía de Neuquén y coordinó eventos poéticos.

## PRENDÍ LA RADIO... Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Nuncio Agostino

Aquellos recuerdos del ayer.

Cuando comenzaban a construirse las primeras casitas de mi barrio, allí en el conurbano bonaerense.

Colocaron los postes de luz y rápidamente en cada uno de ellos los horneros construían su casita de barro.

Al llegar la luz eléctrica, se comenzó a escuchar radio. Corría la década del cincuenta. Mi padre compró una, recuerdo claramente que era una caja grande de madera bien artesanal, con muchas perillas.

Yo que era niño me llamaba la atención cómo de esa caja hablaba la gente, cómo se escuchaba música y el galopar de los caballos y los truenos de las tormentas en los radioteatros.

Se escuchaban varias emisoras, entre ellas radio Porteña, Splendid, Belgrano, Libertad, El Mundo y Nacional, esta última transmitía a todo el país por cadena nacional.

En aquel nuevo barrio de mi niñez las viviendas estaban separadas entre sí por terrenos baldíos y la gente escuchaba radio en alta voz mientras construían sus casas o trabajaban en la huerta o limpiaban el jardín.

Nosotros los adolescentes escuchábamos los partidos de fútbol por una radio portátil marca Spica que traía un compañero. Mientras tanto jugábamos algún picadito de fútbol en algún baldío, los sábados los de primera división B y los domingos los de la primera división A y cuando iban a patear un tiro libre o un penal rodeábamos la radio y la subíamos a todo volumen y nos quedábamos todos en silencio para escuchar mejor la jugada.

Algunos programas que recuerdo eran “Amanecer Argentino”, que lo escuchábamos con mi familia mientras des-

ayunábamos y atábamos los caballos a los carros lecheros para luego salir a reparto. Se transmitía en la madrugada, por las tardes muchas emisoras transmitían algunos radio-teatros como los de Juan Carlos Chiappe y por las noches “La Danza de la Fortuna”, programa que se dedicaba a dar los resultados de los juegos de azar. También se escuchaban muchos programas de música folklórica y de tangos. Los programas imperdibles para mí eran los de chistes, como “Telecómicos” de Aldo Cammarota y “La Revista Dislocada”; el autor era Délfor Dicásolo.

En mi juventud comencé a viajar como chofer de camiones al interior del país.

Allí por las rutas la radio pasó a ser mi compañera inseparable. Me mantenía informado. La escuchaba de día y de noche, ni la lluvia o el viento apagaban su voz, transitando por la cordillera o a orillas del mar.

En los pueblos chicos que tenían una red de parlantes de alta voz, los conectaban con alguna emisora de radio y pasaban música y noticias, muchos programas perseguían fines sociales. Como mensajes a los pobladores del campo.

Hoy me sigo imaginando la emoción del ingeniero y premio Nobel en Física en 1909 Guillermo Marconi cuando logró realizar la primera transmisión y creó la magia de la radio.

Nuncio Virginio Agostino Ninone nació en 1951 en Messina, Italia. Es instructor de ajedrez y vendedor de libros. Vive en Neuquén. Tiene tres libros publicados, dos de poesía -*De lo que aprendí, algo escribí* y *No te vayas*-, y uno de narrativa, *Remembranzas del último partido*. Participó con textos en otros cinco libros.

## BALSAS

Por Georgina Aguerre

La despiertan los comentarios de Patrick –su voz ya le es familiar–, a veces también algunas risas. No entiende bien qué pasa, no importa, se va conectando con el mundo. Es un regalo de su hija para su último cumpleaños. ¿Cómo a una adolescente se le ocurre algo así, tan curioso, tan particular? Parece un huevo metálico con capucha, y del sombrero le sale un visor que proyecta la hora en el techo.

Durante los últimos años se había dormido con una “transistores” pegada al oído. Música clásica, algún coro, una sinfonía, cosas que le parecían neutras porque no tenía que entender la letra o saber qué pasaba. Ahí estaba eso, camuflando el silencio. Se despertaba un rato después –o algunas horas más tarde– y la apagaba rápidamente, para no darle chance al desvelo. Ni a la angustia, ni a esa abismal sensación de abandono desde que su marido se fue.

De a poco, cada uno de los cuartos de esa casa fue teniendo una radio. Pasaban de una a otra como si fueran balsas, y así podían seguir.

El peor momento del día era irse a dormir. Se le caía encima lo que a fuerza de tareas, compras, trabajo, había logrado patear durante horas. Mejor dicho, no. El despertar era a menudo lo peor. El primer cartel de la mañana traía pintado: “No es un sueño. Te pasó de veras”. Despegarse los ojos, revolear las sábanas, girar para sentarse en la cama y poner en marcha los resortes. Siempre gatillar más rápido que la mole viscosa del dolor. Sin mirar la hora se iba a prender la radio de la cocina, antes que el calefón o la cafetera. Su hija protestaba desde el cuarto: “¿Mamá, por qué tan fuerte?” Con esa voz y el noticiero de la mañana el exorcismo ya estaba en marcha.

Ahora se da cuenta de que nunca le preguntó de dónde había sacado la idea. Tal vez por temor a molestar a esa niña que con tanta discreción se subió a la caravana de una vida cambiada. Agrandando los ojos y arrimándose fuerte contra usted, de noche en el sofá, delante de la televisión. Hablaba poco pero debe haber visto mucho. La cuestión es que el radio-despertador (o despertador con proyector y radio, o como se llame) le habrá costado buena parte de sus ahorros. Cuando le dio el paquete, la mañana de su cumpleaños, se puso verborrágica. Rompió el papel, abrió la caja, y con los ojos brillantes le explicó cada botón, los minutos, las horas, las estaciones, y esa maravilla de dejarla prendida y programarla para que se apague sola. También, que en vez de pegar timbrazos, a la mañana el huevo metálico con capucha le podía hablar al oído.

Desde entonces, a la hora señalada, la voz de Patrick la vuelve a traer de este lado de las cosas. Casi de la mano. Y aunque no entienda mucho de qué habla, sabe que puede encontrarse con el mundo.

Georgina Aguerre nació en Buenos Aires en 1946. Es cantante y música, profesora de canto. Asistió a talleres literarios y cursos de poesía. Hasta la fecha, su producción literaria permanecía inédita. Según explica la autora, obtuvo “una mención en un premio de poesía, por los años ochenta”, pero no recuerda la denominación del certamen ni la fecha exacta.

## EL DIAL ORIENTAL

Por Omar Álvarez

-No, Spica no. Soy de la valvular, la que había que esperar que se caliente.

En casa había una, onda larga y corta, con tocadiscos. Pero no combinado. Ésos vendrían después. Y mucho más tarde, la música estereofónica por radio, gracias a la transmisión en frecuencia modulada.

La que te digo era monoaural y con la novedad de incluir la reproducción de discos de 78 RPM (además de los de 45 y de 33), esos pesados, frágiles, cuya caída iniciaba un largo período de tristeza... una pausa en la fiesta de ver a mi vieja bailar la jota. Cuando se abría la tapa de la caja de madera lustrada, el aire se inundaba de un intenso olor, mezcla de cera y bobina recalentada. Acaso ése era el código de la fiesta inaugurada desde que el artefacto entró a mi infancia. Y ya eso era un evento, porque la auténtica radio era la otra, la que estaba siempre prendida en la cocina.

Ésa recibía sólo onda larga, también tenía lámparas y gabinete de baquelita.

Era la falopa de mis viejos, con los partidos de domingo y radioteatros que, según mi vieja, te dejaban hacer las cosas de la casa, además de inventar escenografías y personajes. Por ahí salían “Las aventuras de Tarzán” y algunos próceres como Oscar Rovito, Luis Medina Castro, Oscar Casco. Y también Edgardo Suárez, el mismo a quien en otras circunstancias, le tocó alternar con Leonardo Favio la locución, y ésta con el pavor de ambos, frente a un Ezeiza trágico que marcaría la historia argentina.

Mi viejo compró la Spica cuando empezamos a ir los fines de semana a Castelar, al terreno que presagiaba el adiós a nuestra condición de inquilinos. La portátil se impuso. Así

podimos escuchar “La Revista Dislocada” y “Calle Corrientes” con su Pamela, la que hablaba sin puntos ni comas. Todo en esa cajita plástica con funda de cuero marrón, y con pilas que, transitoriamente, podían recargarse metiéndolas en el congelador.

Era la japonesa, la original. Tenía la particularidad de su tándem invertido, la disposición de las frecuencias en el dial era al revés de las otras. A la izquierda estaba el 1600 KHz y el 550 KHz a la derecha. Será por lo que explicaba mi amigo pintor: en sus trazos, pinturas, escritos, hasta en su forma de pensar, los orientales van de derecha a izquierda, como dueños de una cabeza opuesta a la occidental. Y justo donde empezaba el recorrido (hecha la salvedad del sentido) del dial, se escuchaba radio Colonia, con Ariel Delgado. Algo díscola (tan oriental), permitía, en esos tenebrosos años, mantenerse al tanto de atrocidades militares allende y aquende el Río de la Plata.

Así es que, cuando mi sintonía preferida se vio amenazada por las interferencias de FM Fulgor y FM Servicio Restauración de Almas de Nuestro Señor, la hertziana-adicción heredada me llevó al oficio de Reclamador de Sistemas de Control en Organismos de Medios de Comunicación.

-Usá la computadora, largá la Spica, se mofa Miguel.

-No, viejo, quiero oír la radio en mi radio. Ya no tengo que esperar que se caliente... y tampoco que botee.

Omar Álvarez nació en Buenos Aires en noviembre de 1954. Es docente y licenciado en educación. Tiene varias obras escritas que permanecen inéditas: *Fundamentos de la Educación Social*; *El papel del inconsciente en el aprendizaje escolar*, *Poemas y relatos*. Actualmente reside en Centenario, provincia de Neuquén.

## LA MOROCHA

Por Estela Noemí Alizeri

Dalmacio lo encontró temprano: casi a las seis. Como era costumbre pasaba a esa hora a tomar unos mates con Juan, el dueño del campo vecino.

Juntos escuchaban el primer informe meteorológico y entre mate y mate, rumiaban penas o alegrías, según el pronóstico fuera de lluvias o la oleada de calor que tanto los perjudicaba.

Ese día Dalmacio extrañó no sentir el ruido de cacharros en la cocina y tampoco el saludo del perro, custodio y amigo del vecino.

Abrió despacio la puerta:

-Con permiso... ¿Qué pasa que hoy no me recibe con el amarguito?

Un silencio de mal agüero lo envolvía todo y Sócrates no se movía de los pies de la cama.

-Vamos amigo... ¿qué? ¿se ha quedado dormido?

Lo tocó pero no se movió. Estaba abrazado a su eterna compañera más joven que él. Exactamente dieciocho años. El día que los cumplió los padres se la regalaron en premio por terminar los estudios.

Un verdadero heroísmo en aquella época y aquellos lugares. ¡Deseaba tanto esa Tonomac! La radio lucía coqueta desde la estantería de los Ramos Generales. Hasta...parecía hacerle un guiño, él le contestaba:

-Chau, Morocha...

-Que la disfrute, hijo... se la merece... Eso sí. Recuerde que debe seguir estudiando, así no se rompe el lomo como yo...

-Sabe, Dalmacio, mi hijo será doctor, decía con orgullo el padre.

Pero el destino le jugó una mala pasada: se mató en un accidente volviendo del pueblo con su mujer.

El muchacho quedó solo a cargo de todo. Las ilusiones de ser médico se enterraron en cada surco del campo. Trabajó de sol a sol. La vida del campesino es dura y solitaria.

Sócrates lo despertaba cada mañana con lamidos cariñosos. Entonces estiraba su mano y como acariciando a “la Morocha”, la enciende. Juntos escuchan el primer informativo. El día será largo para ambos, ella espera ansiosa su vuelta. Le es fiel.

La noche los encontrará mirando las estrellas; escucharán un tango de Gardel, las noticias del pueblo, la necrológica de un conocido...

Temprano se acuesta, acompañado de aquella voz ronca, que le cuenta historias hasta que el sueño lo vence. Mira el campo florecido prometedor de buena cosecha. Hasta niños correteando entre las espigas y una morocha (esta vez de carne y hueso) esperándolo siempre con un beso tierno.

Así se durmió esa noche, cansado pero feliz, pensando en aquel futuro del sueño, abrazado a “su” Morocha. Sócrates le entibiaba los pies. Hacía mucho frío.

Los gritos de Dalmacio se confundieron con la voz del locutor de todas las mañanas.

La radio había quedado encendida y seguía sonando. Tal vez en un intento supremo por despertarlo.

La Morocha no quería quedarse sola.

Estela Noemí Alizeri nació en Mercedes, Buenos Aires, en 1938. Es docente de profesión. Participó en talleres y encuentros literarios; obtuvo una mención especial con su cuento *La espera* en el premio de narrativa breve Mario Míguez, en 2008.

## UNA DE AQUELLAS

Por Renée Argel

Desde chica siempre fui una oyente desgraciada. Sé que pensarán en esta estúpida afirmación como una pretenciosa exigencia a un rol que debería llamar al placer y no al desborde. No. Este convencimiento mío es visceral. Tiene su origen en la maldita decisión de querer ser dueña de mi vida, tan turbada y siempre arrebatada.

La cosa con la radio empezó hace unos trece años, de muy pendeja. Mientras caminaba creciendo con conciencia, mi odio por los informativos también lo hacía. Ese locutor de voz necrófila -sería advertencia de que esas “cosas de grandes” son las que arruinan esas “cosas de chicos”- no lograba domarme. Prestaba una especial atención en que no me jodiera. En esa etapa ilusa yo tendría unos ocho. Hasta ahí mis virtudes machoncitas me descubrían como una gran futbolera. Mi primo que también sabía aprovecharse de ellas, vio en mí la posibilidad de venderme gato por liebre... digo ¡por gallina! Quería hacerme hinchita de River a todo o nada. Si rechazaba la oferta, me quedaría con la eterna injusticia de perecer ante sus insultos cada domingo de asado. Pero yo era *comegato*, no podía traicionar a mi hermano. ¿Y papá? ¿Qué pensaría papá ante tal deshonor? Aguanté dos meses esa camiseta de ricachones, de nenitos caretas, siempre blanca, siempre pura. Y ganaban todo, y yo no, no era feliz con todas sus copas. Me la puse porque era sumisa, la autoridad de mi primo, mayor, varón, era para mí lo que para muchas es una mochila de milenios. Pero la escupí una noche, y así se la devolví, con mi enorme desprecio ante lo impuesto. Me tiró encima todo el diccionario. Nacida para sufrir los goles que nos metían en el suplementario, reconocí

mi dignidad, y no sólo seguí demostrando toda mi destreza en el campito del barrio Arévalo, sino que volví, llena de gloria luciendo los colores de mi devoción: rojo y negro, Newell's Old Boys.

La lepra estaba otra vez conmigo, y empezábamos juntas a recorrer la vida. Ella en Rosario, yo en la Patagonia. La distancia pone a prueba las relaciones, o algo así escuché, pero el sentimiento era sincero, y soporté junto a mi hermano y mi viejo escuchar partidos enteros de los Grandes, con tal de saborear el sueño del campeón. Papá decía que por ser del interior a la radio no le importábamos. A gatas pasaban el de Cipo ¡y eso que era local! La radio era para ELLOS. No, nosotros éramos parias, a equipo chico, destino pobre. Lo que más nos entretenía eran las propagandas, porque claro, mirá que eran hijos de puta, nos obligaban a escucharles todo el partido hablando de Boquita, de los Millo, esperando esa maldita fortuna que anunciara: Hay GOL, hay GOL en Rosario. Gana la Lepra a los 38' del segundo tiempo- y nada más. Ni siquiera se dignaban a describirnos la astucia del delantero, siempre todos eran anónimos, ni nombre nos daban los chantas. Ahhh, otra vez, esos malditos relatores advirtiéndonos sobre los manejos del mundo. Todo funciona según el negocio, no importan las ilusiones de la gente.

Así fue con todo. Siempre el negocio. Mis ideas y mis gustos poco se reflejaban en ella. Pero dicen que eso está cambiando... ¿O acaso alguien apagó la radio?

Renée Argel (Victoria Irene Barco) nació en 1989 en Neuquén. Finaliza la carrera de realización cinematográfica en Avellaneda, Buenos Aires. Es fotógrafa, orientada al fotoperiodismo.

## ¡BOOM!

Por Alejo Arienti Malcomó

¡Boom! Mataron al presidente. Así es, recién lo escuché en la radio. Esperen, señores, esperen. De a uno. Siéntense que les empiezo a relatar toda la historia.

Estaba yo arreglando la heladera. Ya saben todos que se descompone todas las santas semanas. Es una cosa de nunca acabar. La había llevado a arreglar en el '45, pero nadie me dio bola. Me dijeron que comprara otra. Ah, ¿en qué estaba? Sí, sí. Mientras arreglaba la heladera, encendí la radio, como para tener algo de compañía. Y ahí fue nomás cuando arrancaba el programa.

“¡Noticia de último momento!”, decían. “¡El presidente fue asesinado!”, decían. Agucé el oído, porque me agarraron justo leyendo el matutino. Subí el volumen y me quedé al ladito de la radio. Claro, con semejante noticia cómo quedarme haciendo otra cosa, ¿no? Y precisamente en ese instante recibí un llamado muy importante, que no admitía ninguna demora.

Sí, ya va, ya va. Bueno, entonces, después de hablar con esta persona muy importante, me volví a acercar a la radio. Se oía un barullo impresionante. Estaban transmitiendo en vivo la captura del asesino. No se sabía ni por qué lo había hecho ni cómo había penetrado la seguridad del presidente. Se rumorea que fue contratado por algún propietario de tierras poderosísimo. Y que le habría cambiado las pastillas que debía tomar una vez cada seis horas. Ya saben todos que tiene una condición del corazón nuestro señor presidente, me imagino. Sin embargo, hasta el momento, no hay información fehaciente alguna, así que habrá que esperar.

¡No se enojen, por favor, señores, no se enojen! ¡Sólo les traía la noticia! Y lo que les comenté es todo lo que pude escuchar.

De todas maneras, recién vamos por el primer capítulo. Cómo me gustan los radioteatros, señores.

Alejo Arienti Malcomo nació en 1992, en la ciudad de Buenos Aires, donde actualmente reside.

## **SIMPLEMENTE LA RADIO**

**Por Jorge Oscar Ariza**

Ayer llegué a casa con la ropa pegada a la piel, hacía bastante tiempo que no sufría ese calor. Sólo quería llegar a mi sillón preferido, sacarme los zapatos y refrescarme con el agua de la jarra que atesoré en lo más profundo de la heladera.

Pongo un CD, y la completo. Pensé. Pero no, el reproductor se lo presté a Claudio y no lo devolvió; la compu se la llevó José Luis, para cambiar la placa de sonido que andaba jorobando y todavía no la trajo. ¿Entonces? ¿Ahora qué? Bueno...

Prendo la radio, me dije, como último recurso. Bastó pensar en la radio, acercarme al aparato, y sin proponerle me fundí

con algo parecido a una nube de algodón, pero sin materia. Empecé a oír voces como en un túnel, se mezclaban entre sí, se acercaban y se alejaban, me envolvían, me acariciaban. Alcancé a reconocer la voz de mi abuelo contándome las aventuras que vivió de chico con Tarzán en la selva, mientras tomaba la leche. La voz de mi vieja se entremezclaba con la de los actores en la obra de teatro que transmitían los sábados a la noche, no lograba darme cuenta si era mi vieja la que me contaba o yo los escuchaba a ellos. Seguí dejándome llevar por la memoria y reviví el partido de Argentina contra los ingleses en Francia '98, que apenas pude escuchar en la radio del auto, porque me mandaron a cubrir la gran nevada, en el norte neuquino.

Fueron segundos, pero el recorrido en los recovecos de mi mente fue intenso.

Enciendo la radio y los recuerdos desaparecen, empiezan a brotar sonidos nuevos, que me zambullen en nuevas imágenes. La música la escucho y siento que es para mí; porque el locutor me habla a mí, es mi amigo ¡y no lo conozco! Ahora la sensual voz de la locutora me transporta al confín de una aventura romántica; la nebulosa me envuelve otra vez, a partir de esa melodía comienza a invadirme la fantasía, y ya sabemos que la fantasía es tan infinita como el infinito.

Ya sin zapatos, empiezo a disfrutar el agua helada de la jarra atesorada en la heladera, y creo que estoy cerrando el círculo imaginario que empecé a dibujar ni bien inicié el regreso a casa, para poder terminar la agobiante jornada.

Jorge Ariza nació en Buenos Aires en diciembre de 1945. Actualmente reside en Neuquén, donde se desempeña como reportero gráfico en varios medios de comunicación locales y regionales. También participa de programas radiales con columnas sobre tango.

## ELLA, LA ÚNICA FIEL Y PERPETUA

Por Verónica Arriarán Sanz

Aquel invierno, durante muchas noches me desperté de madrugada acurrucado bajo las frazadas, escuchando el susurro de extrañas voces en el cuarto de mi abuelo.

Fueron los primeros días, cuando él recién se instaló en nuestra casa. Al principio, me asusté mucho. Pensé cosas horribles. Ladrones, locos extraviados, fantasmas. Hasta que me animé a contarle mis temores a mamá y me explicó.

-No te asustes, corazón. Es la radio del abuelo. Para él forma parte de su vida. Se siente acompañado, como con un gran amigo... como si aún estuviera la abuela...

¡Pobre abuelo!, pensé con pena. ¿Cómo puede un aparato parecerse a un amigo? ¡Qué cosas misteriosas tienen los viejos!

Con el tiempo fui tomando dimensión de los efectos que los sonidos y las palabras inanimadas producían en el que yo veía tan anciano.

A todas horas tenía algo que escuchar: noticias por la mañana, comentarios a mediodía, telenovelas a la hora de la siesta, música por las noches, diálogos en la madrugada y el infaltable fútbol de los domingos.

Me acostumbré a verlo reír, argumentar, blasfemar y llorar emocionado al escucharla. Decía que nadie como ella hacía trabajar su imaginación y los vocablos eran guitarras, violines, arpas, bombos o trombones que vibraban con las cuerdas de su alma.

Nunca le gustó la televisión. Decía que no tenía magia, pues mostraba el mundo disimulado por luces y maquillajes. Que hacía perder tiempo, pues no se podía mirar y hacer a la vez, como con la radio.

Venga para acá, “mijito”, escuche esta voz de mujer... ¿siente cómo tiembla la panza, no? pues así es la cosa mu-chacho, algún día “usté” tendrá que buscarse una novia y deberá sentir ese temblequeo sin necesidad de mirarla, con sólo sentir que está ahí cerquita y escucharla... ¿me entiende?

Ese día no lo entendí mucho, pero asentí ante mis latidos acelerados, y quedé intrigado. Lo suficiente como para aceptar sentarme de vez en cuando a charlar con el abuelo al lado del dispositivo.

A veces estaba con nosotros la tía Dionisia, regordeta y jovial, creadora de manjares que vendía a paladares exigentes. Me deleitaba y sorprendía. Por los dulces y por las conversaciones que entablaba con el abuelo. Ella salpicaba los bocados contando cosas interesantes, estaba informada de lo que sucedía en el país y en el mundo sin alejarse demasiado del nido de su cocina. Toda su sabiduría provenía del bendecido receptor.

Con el paso de tiempo, crecí y me instruí con la notebook y el ipod, me aficioné al messenger y al Facebook. El Google sació mis múltiples necesidades de aprendizajes fortuitos y mundanos.

Cuando me enamoré, recordé al abuelo y la volví a encender para terminar de entenderlo.

Ahora, pasado el umbral de la adultez, cuando ya hay huecos para la nostalgia, la incorporé a mi círculo predilecto.

Mis hijos no conocieron al abuelo, pero saben que hay cosas que sólo se transmiten con el aleteo interior de una voz melodiosa. Quizás también deben pensar que ya estoy un poco viejo. Es que aún no han tenido tiempo de comprender que el aire nunca dejará de encenderse al girar una perilla.

Verónica Arriarán Sanz nació en 1962 en Los Toldos, provincia de Buenos Aires. Es contadora, especialista en relaciones humanas. Asistió a

talleres literarios en Buenos Aires y participó de varios certámenes de poesía y narrativa. En 2010 fue seleccionada entre *100 mujeres contra la violencia de género*, además de recibir otras distinciones.

## TANTEOS DE UNA IMPROVISACIÓN

Por Soledad Arrieta

*Esta vez no*, pensó y puso al mango esa saya que comenzaba a musicalizar la siesta de domingo que no durmió, mientras manejaba. Apretó los labios varias veces para no gritar hasta que ya no pudo contener el alarido: bajó el vidrio, tiró la colilla apagada que sostenía con la boca y aulló tan fuerte que le dolió la garganta. Y tosió. Y frenó en el medio de la ruta justo antes del punto en que la transmisión debía empezar a arruinarse con ruidos capaces de entorpecer la más desesperante melodía. Sangró y luego despertó, para siempre.

Empezó la saya y ella se soltó el pelo. Él la miraba a dos metros y medio de distancia pensando en qué excusa podría acercarlo. Se prometió que olería su cuello antes de que terminara la canción, pero eso no pasó, porque al parecer a ella le agarró un mareo, se desvaneció y tres personas irrumpieron la soledad que los acompañaba, y el sonido de la radio. Seis meses después, la muchacha en cuestión se enteraría que esperaba una niña y, tras tres tristes tramos

iguales de tiempo, la vería nacer cubierta de lana, como una oveja, asumiendo que con ocho años de edad no podría haber sido jamás el padre, porque no existen papás tan chiquitos.

El tipo esperaba escuchar el ruido del encendedor después del líquido, pero no llegaba. Tan afilado tenía el oído desde que sabía que todo terminaría pronto, que podía saber cuál música que él no conocía estaba escuchando la vecina del departamento de arriba, ésa que nunca había usado tacos desde la mudanza y arrastraba los pies durante la madrugada. Pero nada de lo previsto sucedió: un objeto que por nadie había sido identificado se estampó en la costa del río Limay y la ciudad quedó bajo el agua sucia en la que años atrás alguna gente se bañaba.

Tropezó, como de costumbre, con sus propios pies. No había logrado conciliar el sueño durante esa siesta y la saya que salía del aparato que siempre le costaba nombrar no paraba de gritar. Lo supo desde que lo prendió: *¿Cuántas personas estarían escuchando lo mismo en ese preciso momento?*, se había preguntado en más de una oportunidad. La respuesta era más fácil de obtener que, por ejemplo, cuántas personas estarían pensando lo mismo en esa milésima de segundo o cuántas miradas se estaría cruzando en todo el largo de determinada calle en un instante contemporáneo. Era cuestión de averiguar qué tan escuchada estaba siendo esa emisora en particular a esa hora, odiando o amando la saya quienes le prestaran el oído derecho e izquierdo.

Quizá, pensaron, alguien estaría muriendo, pero también alguien nacería dentro de cuarenta y dos minutos y veinticuatro segundos después de que esa canción deseada por Almendra terminara de estropear el sentido de la música con el que Teobaldo había sido criado, tantos, pero tantos años atrás.

Sin embargo, antes de que vuelva a romperse la punta cuasi epifánica del lápiz o de las uñas mordidas con las que escribo, ya estará sonando, posiblemente, un melancólico y auto-suficiente tango que nada tendrá que ver con las anteriores historias. Incluso podrían combinar mejor.

Soledad Arrieta nació en 1987 en Río Grande, Tierra del Fuego, y reside actualmente en Neuquén. Es periodista; autora de *Los obvios* –cuentos– y de *La última tierra de la gente (Karukinka)* –novela. También tiene cuentos y poemas publicados en numerosas antologías y revistas artísticas.

## MAÑANA DE OTOÑO

Por Gisselle Avignone

Aquella mañana desperté sabiendo que vendría. Inmediatamente al abrir los ojos me destapé, puse los pies en el piso que estaba helado y corrí las cortinas. Fui a la cocina, llené la pava de agua, encendí el fuego y preparé el mate.

El silencio era apacible pero yo estaba ansioso. Tomé la radio portátil, la prendí y ajusté el dial. Ella llegó a la cancel al mismo tiempo que las voces de los locutores increpaban a un senador. Rápidamente busqué algo de música instrumental y empezó a golpear la puerta: sentí miedo y alegría.

Abrí la puerta, se encendió el aire con su mirada y sólo pude abrazarla, respirar el aroma de su pelo mientras no me atrevía a soltarla, porque debería enfrentar aquellos ojos. Por suerte la radio colmaba los silencios.  
Sonaba algo de Buika: el resto, sólo promesas.

Gisselle Avignone nació en 1978 en Vancouver, Canadá. Es escritora e investigadora. Actualmente reside en Cipolletti, Río Negro. Comenzó a escribir poesía desde prácticamente su infancia y durante su adolescencia y juventud participó de concursos literarios.

## **EL HIJO GRINGO DE SANTOS VEGA**

**Por Alicia María Barale**

La radio fue un importante medio de comunicación en todos los tiempos, y sobre todo para las familias que vivíamos en las zonas rurales, como es mi caso.

El primer receptor que tuvimos fue una radio grande, a batería, que se cargaba con un molinillo a viento, luego una más pequeña, a transistores y podíamos escuchar emisoras que en aquella época (1960/65) tenían alcance, desde Santa Fe, Rosario, Córdoba y algunas de Buenos Aires.

Tenía mucha importancia en el entorno familiar, en la hora del almuerzo se escuchaba, haciendo un conveniente silen-

cio, el informativo en el que se anunciaban noticias nacionales y extranjeras y luego el precio del mercado ganadero y de cereales.

Más tarde, después del horario en que se realizaban las tareas del tambo comenzaban las tan esperadas novelas. Las había para todos los gustos, historias gauchescas y modernas, las familias se involucraban en las historias y muchas veces hasta copiaban los nombres de sus protagonistas para sus hijos, (es mi caso pues mi nombre se lo debo a una integrante de “Los Pérez García”, que mis padres escuchaban por radio El mundo de Buenos Aires).

Los argumentos de los radioteatros eran muy interesantes, y los oyentes se sentían parte de los mismos. Por lo general, una vez al año venían a los pueblos del interior, a presentar sus obras. En una oportunidad fuimos con nuestros padres a presenciar la compañía de teatro de Federico Fábrega con la obra “El Hijo de Santos Vega”, que escuchábamos por una radio de Rosario. En ese entonces, mi hermano más pequeño tenía como año y medio; llegamos al pueblo y éste estaba profundamente dormido y mis padres temiendo su llanto y alboroto al despertar lo dejaron dormidito en el coche que estacionaron en la puerta del salón, justamente por donde pasaban los actores al entrar a escena.

La función comenzó, y mi padre, intranquilo la miraba desde la puerta mientras vigilaba el sueño de nuestro hermano, el señor Fábrega se acercó y le dijo que no se preocupara que cualquier cosa lo llamaría (eran otros tiempos, había más confianza) y la gente de la radiofonía estaba como incorporada a nuestras familias, así que se vino a sentar con nosotros.

Estábamos entusiasmados con la representación y en un momento salió a escena una de las protagonistas con un niño en los brazos, yo codeo a mi hermana diciéndole, que tenía la manta igual a la nuestra y ella se lo comentó a mi madre.

Todos los espectadores pensaron que era un muñeco, pero nosotras sabíamos que la manta era la nuestra, porque la había confeccionado mi madre, pero no podíamos creer que nuestro hermanito estaba muy plácidamente durmiendo en los brazos de los artistas, protagonizando al “Hijo de Santos Vega”.

Ni les cuento lo avergonzada que estaba mi madre cuando desde el escenario la llamaron para entregarle el novel actor y agradecerle su participación.

Alicia María Barale nació en Morteros, Córdoba, en 1955. Vivió de niña en Colonia Tacurales y actualmente reside en Porteña, también en la provincia de Córdoba. Es ama de casa y madre de tres hijos. Participa en talleres literarios municipales y regionales. Textos suyos se publicaron en *Poesía y Cuentos Porteñoses*, volumen editado por el Archivo Histórico Municipal en 2010.

## **¡PELOTA EN EL AIRE!**

**Por Osvaldo Barales**

Salí de Neuquén por el norte, todavía de noche, hacia Medaniño. A primera vista se supone que viajo solo, pero entre el cielo estrellado, la madrugada y la radio encendida apenas pasado el trámite de la estación de servicio, pareciera que

somos varios en la camioneta. Al escucharla a esas horas, en la ruta, algo cambia. Es como una ventana que se abre cuando unas voces compañeras entonan: "...Dicen que el viento va... dicen que vuelve...", la noche y el cielo invitan y salimos con el viento buscando al lado sur de la distancia.

Los ojos entrenados no se distraen de la luz que el vehículo aporta a la perspectiva del túnel que recorro, la mente viaja con el viento hasta que el locutor deja caer una noticia al pasar, "...el cortejo con los restos del ex arquero de Boca, Antonio Roma, saldrá de la Bombonera a las..." La frase abre otra ventana que esta vez, misteriosamente, da a la calle de mi infancia, Sarandí entre Chile y México, Buenos Aires, a pocas cuadras del Congreso. Urbe ardiente de gentes de todas latitudes, donde mi reino, incluyendo la aventura del cruce de la calle Chile, tenía una cuadra y media. Un reino de una sola vereda, la de enfrente sólo se acometía de la mano de mi viejo para ir a la peluquería de Manolo, "media americana" y vuelta a casa.

En esos vastos dominios, los domingos a la tarde me sentaba en el umbral de la puerta de calle y mientras mi vieja cada tanto verificaba que mi cuerpo estuviera allí, yo frotaba la lámpara a transistores Spica, sólo para que apareciera Bernardino, El Genio, que con su voz iba abriendo sucesivas ventanas y en su alfombra mágica me llevaba en un viaje extraordinario por el césped de la Bombonera. Desde allí podía ver la sorpresa de la hinchada al ver aparecer a uno con un turbante azul y amarillo sobrevolando las tribunas y la cancha. El Genio podía lograr eso y mucho más, como demostrar que el Tano Roma era más alto que el travesaño y que se bancaba dos rivales a la vez, mientras en los hombros le cabía la "12" completa. Sin duda alguna, Rojitas había gambeteado dos veces a toda la defensa de Ríver antes de dársela a Pianetti para que entrara solo con la pelota en el arco vacío. Y la imagen del Pato Fillol, mirando entrar la

pelota por el otro palo cuando Boca salió campeón ganándole a los primos, cuando el Chapa Suñé hizo el gol de tiro libre pateando mientras Fillol acomodaba la barrera, solamente existe en las retinas de los que estábamos mirando el partido desde la alfombra mágica del Genio Bernardino, sobrevolando la cancha de Racing. Luego vinieron otros relatores, cada uno pudo o no abrir sus propias ventanas. Yo sigo escuchando los partidos por la radio, la Spica se transformó en teléfono pero la magia perdura, ya sea en la tribuna o en el comedor de mi casa. Decían en el barrio que alguna vez vino de visita a Buenos Aires un yanqui medio rubión, que parece después inventó unos programas de computación y algún juego de palabras en inglés entre puertas y ventanas. Yo no sé si el tipo es bostero, pero para mí que encontró la lámpara y tuvo la fortuna de escuchar al Genio.

Oswaldo Barales nació en Buenos Aires en 1956 y desde 2006 vive en Neuquén. Es empleado y trabaja en obras industriales, por lo cual viaja a menudo. Es casado, tiene cuatro hijos y dos nietas. Participó en talleres literarios en Buenos Aires con la poeta Laura Yasán y en Neuquén con Pablo Montanaro. Textos suyos aparecen en los libros *Vigilias II* y *NyC, VyC* de la editorial Tribu Salvaje.

## EL CLUB DE LOS CAMPEONCITOS

Por Mauricio Barreto

El Club de los Campeoncitos se llamaba el programa de radio Belgrano y lo conducía un tal Ortiz, Rodolfo Ortiz creo recordar.

Era a principios de los setenta y yo estaba fascinado con el programa. Por primera vez encontraba en la radio un programa dedicado a los chicos.

Porque la radio estaba, y creo que aún lo está, orientada al público adulto. Poco teníamos los chicos para rescatar de ese cuadradito sonoro más allá de la música y los partidos de fútbol.

El Club de los Campeoncitos era un programa íntegramente para nosotros, y Ortiz se encargaba de que así lo sintiéramos. Dedicado al deporte barrial, de ahí lo de los campeoncitos, tenía notas y reportajes de otros chicos.

Ese Ortiz era una especie de ídolo de los domingos a la mañana.

Fue durante una primavera que anunciaron que el próximo programa se transmitiría desde el Parque Chacabuco.

Un calor me subió repentinamente a la cabeza. El Parque Chacabuco estaba a la vuelta de casa, y de golpe anunciaron que iban a estar allí el domingo siguiente. Eso y decirme que me venían a visitar a mí era lo mismo.

Llamarla larga a esa semana es poco. En la escuela no hablaba de otra cosa. Tendría la oportunidad de ver a Ortiz en vivo y en directo.

El domingo a las nueve de la mañana ya estábamos saliendo para allí con mi hermanito. El enano no comprendía bien qué íbamos a hacer, pero yo entendía que esta oportunidad de ver a Ortiz no la podía desperdiciar, algún día me lo iba a agradecer.

Al llegar al parque con el corazón latiendo a los gritos ya había gente.

Habían armado un escenario y todo con cables que cruzaban hasta un furgoncito estacionado ahí enfrente. Fueron llegando todos los pibes del barrio. Hasta la Ethel, que nunca entendía nada de lo que pasaba pero aportaba al desorden general. Esta vez se le había ocurrido meterse abajo del escenario y gritar desde ahí. Los de la organización tenían que hacer contorsiones para tratar de sacarla del escondite.

A mí me daba un poco de vergüenza todo eso, pensar que iba a venir Ortiz y esta loca haciendo papelones.

Se iban acercando las diez que era cuando empezaba el programa y la ansiedad me hacía picar todo el cuerpo. Yo había traído una lapicera y una libretita por si me animaba a pedirle en autógrafo y ya la había arrugado toda.

La gente arriba del escenario iba y venía arrastrando cables y conectando micrófonos.

A Ortiz no se lo veía por ningún lado.

Empezó la cortina musical, una marchita muy pegadiza, y a continuación por los parlantes se oyó la potente voz de Ortiz dándonos la bienvenida.

Mis ojos lo buscaban infructuosamente entre la multitud. Le pregunté al enano si él lo veía pero se encogió de hombros por toda respuesta.

El programa seguía por los parlantes y la gente no dejaba de subir y bajar del escenario llevando papeles.

De repente veo algo que me dejó helado.

Detrás de uno de los micrófonos del escenario estaba parado un señor obeso, pelado y con unos tremendos anteojos culo-debotella, que modulaba a la par del Ortiz que salía por los parlantes. Fijé la atención unos instantes y hasta daba la impresión de que era este gordote el que hablaba.

Nada tenía que ver ese intruso con el Ortiz que yo había imaginado domingo a domingo.

Miré a mi hermano intentando buscar una explicación pero él seguía tan desconcertado como al principio.

Lo tomé de la mano y nos volvimos a casa.

En la otra mano llevaba bien apretada la libretita con la lapicera.

Lo primero que hice al llegar fue prender la radio.

Ahí recién me tranquilicé. Porque pude escuchar que el real, el verdadero Ortiz, aún estaba allí donde siempre había estado.

Mauricio Barreto nació en 1960 en el barrio de Parque Chacabuco en la Capital Federal y hace 25 años que vive en Centenario (Neuquén), donde trabaja como veterinario. Es casado y padre de tres hijos. Participa en talleres literarios en su ciudad de residencia. Obtuvo dos premios en concursos literarios regionales.

## **EN OTRO CAPÍTULO ME VOLVERÁS**

### **A ENCONTRAR**

**Por Juanita Barrionuevo Rodríguez**

La tranquilidad del pueblo, el aroma del adobe al abrir la puerta, la mesa siempre limpia y la galería que siempre fue lugar de reencuentros, así me encontraba meciéndome en el sillón cada tardecita.

Siempre con su delantal floreado y las manos delicadas aparecía mi tía a hacerme compañía cuando la radio empezaba, claro en esa época había un horario para la radio y había un solo programa, pero la fascinación de mi tía empezaba después de comer, con el radioteatro.

Y pasábamos una hora perdidas en la imaginación sumergidas en cada capítulo. A veces nos quitaba el sueño la intriga del próximo. Así se convirtió en todos los días lavar volando los platos para no perdernos la presentación volviendo cada palabra del locutor un dibujo de la imaginación vuelta novela en los pensamientos. Cada voz despertaba asombro y te elevaba a identificarte con algunos personajes. Era mágico, volvías cada capítulo como capítulo tuyo.

Poco a poco las cosas fueron cambiando. El tiempo fue pasando y llegó el día de partir a Tucumán, la facultad me esperaba y mi tía no venía conmigo. Las despedidas no eran motivo de llanto, más bien eran un poco frías por fuera aunque por dentro quemaba el pecho.

La plaza del pueblo siempre fue partícipe de todos, a veces era pista de bicicletas, a veces era cómplice de los amigos y otras veces era el encuentro de los enamorados. Ese día después de varios años la plaza se volvió mi anhelo.

Y vi mi anhelo frente a mí otra vez al volver cinco años después, crucé la plaza con rapidez, llegué a la casa abrí la puerta y el aroma del adobe me hizo estremecer. Llegué a la galería y allí me la encontré con su delantal gastado con las manos delicadas un poco arrugadas. Mi tía, que tanto la había pensado, que tanto la extrañaba, me sostuvo fuerte en sus brazos y pronunció con voz potente: “Y volvió a casa la damita. ¿Se quedará por mucho tiempo? Lo sabremos mañana”.

Soltamos la carcajada más linda que recuerdo: Y sí, después de todo la vida estuvo llena de capítulos. Quizás un radio-

teatro jamás escuchado, pero escrito en el corazón y lleno de vida.

Juanita Barrionuevo Rodríguez nació en la ciudad de Salta, en 1994. Actualmente es estudiante.

## **LA VOZ EN EL AIRE**

**Por Horacio Beascochea**

“Murió”. Cinco letras en un mensaje de texto. Para qué más. Instantes después llega el flash informativo desde la radio. El sonido lacera el aire, se cuele en la habitación teñida de ocre y la vista se nubla por un instante. Entonces ella gime y ambas entrecruzan miradas. Una tímida sonrisa mientras enrosca su manito en el dedo meñique de su madre.

Se escucha la respiración del movilero, que intenta ponerle palabras a lo incomprensible, como si la muerte tuviera algún sentido. Pero no lo tiene. Mientras amamanta a la bebé, toma el celular, necesita contárselo a alguien. “Lo acabo de escuchar”, apunta él bajo la misma pena. “Llego en un rato, besos a la gordita”, agrega.

La cena transcurre entre el relato a borbotones sobre lo sucedido, hasta que el cansancio posa un manto de piedad so-

bre las noticias. El viernes santo amanece con una ciudad estupefacta y la radio, siempre la radio.

“Ahora tomamos los nombres de nuestros mártires y los pegamos en la cruz”, dice el cura mientras el Vía Crucis de los barrios del oeste cierra su peregrinación en el CPEM 69.

“Los quitamos, los rompemos en pedacitos y los repartimos entre todos, para llevarlos en el corazón”, afirma. El parlante lo cuenta. La piel lo sufre.

El movilero apenas habla y la emoción amenaza con desbordarlo. El mate está frío, la habitación continúa con sus ocre y la pareja entrecruza miradas. La beba juega con un disco compacto, embelesada en sus brillos y matices, ajena —o no tanto— a las voces y sus palabras.

En la radio se convoca hacia el puente. No hacen falta acuerdos ni preguntas. Muchísima gente, un espeso silencio y el pedido de justicia. La pequeña tiene hambre y ella la amamanta en una silla que no es de nadie y es de todos, porque si hay algo que sobra es solidaridad. Y mitiga la pena a cuentagotas.

Él detiene la mirada en sus afectos mientras se suceden los discursos. Entonces oye la voz a sus espaldas, ésa que siempre le llega desde los auriculares o de un parlante. Por un momento está tentado en darse vuelta, endosarle una cara a esa voz. Pero comprende que no es necesario. Alcanza con que el aire se llene con sus palabras.

Horacio Beascochea nació en 1970, en Santa Rosa, La Pampa. Narrador y periodista, colabora con varios medios online y gráficos. Obtuvo menciones en concursos literarios y tiene dos novelas publicadas, ganadoras de concursos nacionales. Publicó hasta la fecha *Indicios*, autores varios, cuentos y poemas; *La tierra plana*, novela, y *El porvenir es una ilusión*, novela, (Colisión Libros, 2012). Vive en Neuquén capital.

## RECUERDO CUANDO...

Por Lidia Benetton

En el año 1949 llegué a la Argentina desde Italia con mi familia. Fuimos a vivir a Monte Grande, gran Buenos Aires. Mis hermanos varones consiguen trabajo en la construcción del aeropuerto de Ezeiza. Mi hermana y yo, adolescentes, con gran timidez, balbuceando, fuimos a pedir “trabaco”. Conseguimos así entrar en una fábrica textil. El empleado seguramente conmovido por nuestro esfuerzo para hacernos entender, nos aconsejó escuchar la radio para aprender un correcto castellano.

Debemos recordar que en esa época llegaron grandes cantidades de extranjeros inmigrantes al país, de todas partes del mundo. Vivíamos en las afueras del pueblo. El dueño de la casa que alquilábamos era polaco. Al fondo vivía una familia de ucranianos. Al lado unos portugueses y del otro lado una familia calabresa. El almacenero más cercano era un simpático gallego. Nuestro barrio era algo parecido a la torre de Babel.

¡Cuántas anécdotas graciosas! Mi hermana fue a una zapatería y pidió un par de zapallitos número 38. Mi papá volvía furioso de hacer las compras porque no podía hacerse entender.

Agradecidas seguimos el consejo de nuestro amigo el empleado de la fábrica. Con nuestro primer sueldo compramos un aparato de radio. Lástima no recuerdo la marca, ni qué pasó con él. Debería haberlo guardado.

Ni bien llegábamos del trabajo allí estábamos nosotras pegaditas escuchando con avidez. Los cantitos publicitarios fueron lo primero que aprendimos. Pero lo más impactante, las novelas. Nadie podía hablar o mover una silla cuando comenzaba “El lobizón” o “La rubia Mireya” y tantas otras.

También íbamos a ver su representación en el teatro del pueblo. La gente le gritaba palabrotas al actor que representaba al malo, lo tenían que defender.

Seguí escuchando radio siempre, aun cuando apareció la TV. Ahora también aprendo nuevas palabras, me informo, escucho buena música y sonrío con el Chino Takihiri.

Lidia Benetton nació en 1933 en Mirano, Venecia, Italia. Es docente jubilada, vive en Neuquén capital. Obtuvo el segundo premio del VII Certamen Literario del Centro Ligure del Alto Valle del Comahue en 2010.

## **CRUZANDO EL UMBRAL**

**Por Michael Benítez Ortiz**

Despertó, al abrir los ojos, vio su rostro reflejado en el espejo al lado de su cama. Inmediatamente se sintió extraña, percibió un gran caos hecho por los pensamientos de su mente, pero entre todo eso, había algo muy claro: tranquilidad. Es como si despertara a todo lo que algún día había soñado, se veía como en sus sueños, como se había visto unas horas antes, viajando por el mundo en la mitad de la noche, danzando en soledad. Comenzó a caminar, dio dos pasos alejándose de su cama, pero retrocedió a ver de nuevo

su imagen en aquel espejo viejo, se reconoció como nunca lo había hecho en toda su vida, dijo “ésa soy yo”, sonrió pues se dio cuenta que estaba hablando sola. Silenció sus pensamientos y buscó el disco con el que siempre comenzaba sus días, ése que le daba fuerzas para afrontar esa realidad que tanto detestaba, pero no lo encontró por ningún lado, así que encendió la radio, sonaba una canción: “Ah: miren a toda esa gente solitaria/ah: miren a toda esa gente solitaria/Eleanor Rigby recoge el arroz/en la iglesia donde se ha celebrado una boda./Vive en un sueño,/esperando en la ventana con la expresión/que guarda junto a la puerta en un frasco/¿Para quién?”

Cerró sus ojos y se dejó llevar por la música, qué hermosa paz sentía en ese viaje sin sentido por su mundo mágico e irreal, pero apenas pensó en que era irreal, cayó en picada a la realidad de su cuarto, a su cama sin tender y a sus medias sucias; pero sucedió algo extraño, no sintió lo que siempre sentía en momentos como ése, no se sintió atada a lo que veía; era lo que quería ser (ser). Era lo que había soñado con tanta pasión. Pensó: “Éste es el sueño que siempre he querido vivir, ya no me despertaré jamás...”

Michael Benítez Ortiz nació en Bogotá, Cundinamarca, en 1991. Es estudiante de licenciatura en educación básica con énfasis en ciencias sociales. Obtuvo el primer puesto en el concurso de poesía Festival de las Artes, Rafael Uribe Uribe, Bogotá, 2011; mención en el concurso crónica UY Festival, Bogotá, 2012, y el tercer puesto del concurso de poesía organizado por el grupo literario Poeta Osvaldo Ulloa, en Chile, en 2012.

## PEGADOS A LA RADIO

Por María Cristina Beovide

Se alisó el delantal al incorporarse de la silla. Había estado un buen rato cortando las puntitas y los hilitos de la vaina así no molestaban en la ensalada de papas, huevos y chauschas.

Subió el volumen de la radio para seguir escuchando mientras descolgaba la ropa de la soga del patio. Volvió unos pasos para tomar el repasador y taparse con él la cabeza. La abuela había heredado y preservaba con gusto la piel lechosa de su mamá.

Pensó que La Chola volvería en un rato de las compras diarias y a poco despertaría a los chicos para mandarlos a la escuela. Su otro nieto iba al turno mañana porque la nuera era de las que prefieren trabajar en el ministerio en vez de dedicarse a sus hijos.

Adela se miró los dedos torcidos. Se había sacado la alianza porque temía que se le quedara atascada. María, su hermana menor, aún trabajaba de enfermera y antes no había cuidado a los hijos ni ahora a los nietos. Y siempre de punta en blanco.

Se sacó una horquilla del rodetito de la nuca, se la puso entre los dientes y luego sujetó nuevamente el cabello. Tenía la cabeza totalmente blanca.

La Chola entró a las apuradas y descargó el changuito. No prestó atención a las quejas de Adela por el trabajo que le darían la acelga y las verduras para el caldo. Y desde la puerta del dormitorio de los chicos cantó “Las once han dado y serenas... Levantaaaaarse...”

Almorzaron y despacharon a los niños para la escuela. Era un tropel de pibes que iban todos juntos cada mediodía. La de varones estaba a escasa cuadra y media de la de nenas.

La Chola puso en el centro de mesa los dibujos que Carlitos habitualmente hacía en forma de historieta. Al chico le gustaba garabatear el papel larguísimo que el padre traía de su trabajo como corrector en diario “El Mundo”.

Luego madre e hija usaron la mitad de la mesa para extender una sábana vieja doblada y una frazadita que protegía la madera, decididas a planchar mientras escuchaban el radioteatro de la tarde. La radio no se apagaba nunca y marcaba un espacio de encuentro para la familia.

Nina recordaba este relato de su madre de un día común de cuando ella y Carlitos eran niños. Ahora parecían problemas tan menores e ingenuos los de los Pérez García o los de “Qué pareja Rinsoberbia”. Encendió la radio para tomarse un recreo de su escritura para la revista. Estaba finalizando un artículo sobre el vacío legal en diversas partes del mundo en temas como donación anónima de esperma y óvulos y alquiler de vientres. En el noticioso de la mañana había escuchado que la India era el lugar mayoritariamente elegido para tener hijos a través del alquiler de vientres. ¿Qué diría la vieja Adela de estas cuestiones? Si madre hay una sola. Si la pareja es hombre y mujer, como Dios manda. Si el padre no puso lo que tiene que poner no es el padre. Concluiría tal vez que el mundo anda mal y que quien anda mal acaba.

Conmovida por tantos recuerdos, necesitó llamar a su hermano desde el celular. “Che Carli, ¿te acordás cuando volvíamos de la escuela para escuchar ‘Tarzán’?” Y el loco, como siempre, pedazo de viejo que se sigue tomando todo en broma, le contestó con el Llamado de la Selva, a grito pelado. Y ella, aumentando el volumen de la radio para que no la escucharan en la casa, empezó a chillar estrepitosamente como la Mona Chita.

María Cristina Beovide nació en 1945 en Buenos Aires, donde vive actualmente. Es socióloga y psicóloga por la UBA. Obtuvo algunos pre-

mios literarios en Aldeas Infantiles (España), en Latin Heritage Foundation (Estados Unidos), en la Secretaría de Salud del Gobierno de Córdoba (Argentina), en Cryptonomikon Festival (España) en Ruinas circulares (Argentina) y en el Festival Mundial de Eco poesía de Tumbes (Perú).

## **EL VIAJE QUE ENCENDIMOS LA RADIO**

**Por Mauricio Carlos Bertuzzi**

En la cabina de la Volkswagen viajábamos tres; el resto iba en la parte trasera, entre valijas, cajas y una carpa de rezago militar. Habíamos partido de Villa María a las dos de la mañana con la esperanza de atravesar el desierto de noche pero calculamos tan mal el recorrido que el tramo desde General Acha a 25 de Mayo lo recorrimos en plena siesta de nuestro segundo día de travesía. La combi no superaba los sesenta kilómetros por hora y teníamos que detenernos para que el motor no se recaliente tanto.

El destino final, Trevelin, nos esperaba después de dos mil kilómetros de viaje y, cuando ya no aguantábamos nuestras voces, la radio trataba de hacernos compañía.

Ese tramo, esa siesta, la combi estaba cansada de soportar la misma ondulación y si el viaje no se hacía más monótono era por la onda deformada que de a ratos aparecía y desaparecía por los parlantes. Descargas, estática, ruidos, y hasta el motor transformado en canción, nos envolvían la realidad; el

juego era buscar algo audible a lo largo del dial. Uno de nosotros estaba encargado de girar la perilla plateada y negra, buscando reconocer voces y música (otro miraba el mapa). Los sonidos que descargaba la radio en nada se parecían a eso pero, mirando el horizonte achaparrado, el viento parecía acomodar los ruidos despertando mensajes dormidos por siglos.

-Che, ¡qué fuerte se escuchan las radios chilenas!

-reflexionó uno subiendo un poco la ventanilla.

-Subí, subí que están por dar las noticias -rogó alguien desde atrás.

-“Los dinosaurios”... Ese piano es de “Los dinosaurios”

-adivinó otro más tarde.

-Uopapá uopapá uopapá uopapá Uaaaa... -gritamos a coro cuando creímos reconocer la canción de Los Piojos.

No sé si en ese viaje, la radio encendió el aire; creo que ya estaba encendido de antes.

Mauricio Carlos Bertuzzi nació en 1960 en Venado Tuerto, Santa Fe. Tras recorrer el país, recaló en la ciudad de Neuquén, donde reside hace cuatro años. Es editor de libros y hace *Ladrones de tinta*, un programa sobre libros que se emite por FM 103.7.

## RADIO RETORNO

Por Jonatan S. Berrutti

En mis manos sostengo un retazo arrugado de papel, de un ñejo periódico, que fuera alguna ocasión una solemne noticia nacional, fervorosamente entrelazada en el corazón de sus apasionados lectores.

Hoy, abuelo Emilio cumplirá 99 años. Quizás no sea un obsequio sobremanera plausible para nuestro agasajado. Pero en aquella crónica del tiempo, hay cierto destello de paz.

El abuelo siempre ha sido un hábil narrador. Y siempre evoca las veladas perpetuas del ayer. Así, recuerda aquella frecuencia de sus años de juventud, en el dial inamovible de su radio receptor. Y esa radio arcaica representa un codiciado tesoro de los tiempos que fueron. Pues aún hoy añora cada vals criollo de la madrugada, cuando bailaba junto a la abuela Rut, su leal compañera de antaño, con sus brazos acariciándola suavemente, en compañía de su querida y servicial emisora.

En aquel tiempo de pugilistas heroicos, narrados a través de la sutil transmisión de señales de ondas electromagnéticas, los amigos se abrazaban y aplaudían, tras cada locución y grito de júbilo de la audiencia expectante, en las batallas sempiternas del cuadrilátero. Las radios eran eléctricas o a batería, siempre custodiando que no se gastara el "acumulador" previamente. Y se trabajaba con precisión en la modulación de frecuencia o de amplitud, para la "onda corta", o para la "onda larga", mientras cada uno se acodaba nerviosamente a la mesa, bosquejando en sus mentes las imágenes, los contextos, las emociones y el sentimiento descriptos por los periodistas radiofónicos.

El recorte de diario narra la histórica pelea del "Toro salvaje de las Pampas", el argentino Luis Ángel Firpo, contra el

púgil norteamericano Jack Dempsey, por el título mundial de peso completo, aquel eximio 14 de septiembre de 1923. La cita deportiva fue en el estadio Polo Grounds de Nueva York, ante 80.000 espectadores. Y el abuelo siempre narra los porvenires de aquella emblemática "pelea del siglo". Él tenía diez años y recuerda que todo el barrio se juntó para escuchar la transmisión de radio Sud América, que leía los cables informativos provenientes de Estados Unidos. Así, se reunieron frente a los pizarrones del diario "Crítica", donde oían los desenlaces de la contienda, a través de altavoces. Y más allá que Firpo perdiera el combate, abuelo Emilio jamás olvidó las palabras del locutor: "¡Luis Ángel Firpo, el futuro campeón mundial de todos los pesos, perdió por KO en el segundo round!"

Al entregarle el recorte, entre lágrimas me confesó: "¡Ay, pibe! El Toro le dio un golpe en la barbilla y lo tiró del cuadrilátero. Al yanqui lo tuvieron que ayudar a levantar, porque de lo contrario, no subía más al ring. ¡Histórico!"

Después del relato, nos acodamos a la mesita de su habitación, con los ojos cargados de lágrimas. Así, prendimos la radio y se encendió el aire, para escuchar conmovidos el informativo de las siete.

Jonatan Berrutti nació en 1985 en Mar del Plata, provincia de Buenos Aires. Actualmente vive en Ushuaia, Tierra del Fuego, donde trabaja como estibador.

## SINTONIZANDO RECUERDOS Y AÑORANZAS

Por Zulema María Biolatto

Primero fue el ferrocarril, el tendido de rieles que hilvanó mojones haciendo posible el transporte y la comunicación y luego la radio, que llegando a remotas e incipientes poblaciones permitió que la información, la cultura, el entretenimiento llegara a los hogares, a su gente.

En un ejercicio de recuerdos y añoranzas, recorriendo el pequeño pueblo en el que nació, sus callecitas de tierra, sus veredas de ladrillos, revivo escenas y personajes que quedaron impresos, sin saber por qué, en lo profundo de mi alma y afloran cuando me invade la nostalgia de un tiempo que ya fue.

Ahí están, María y su vecina, en un alto, al barrer la vereda, casi apoyadas en sus escobas comentando:

-Parece que este fin de semana viene Jaime Kloner con “El León de Francia”.

-No me digas, ésa no me la pierdo. ¿Traerá a todos los artistas?

-¡Seguro! Por fin vamos a verles la cara. Yo no me perdí ni un solo día cuando la pasaban por LV2.

-Dicen que su esposa también trabaja, es esa que se llama Ana María Alfaro... ¿será linda? Por la voz parece que sí. También conoceremos a Bernardo de Bustinza, Federico Fábregas y Zulma Laurenz... si vienen todos.

-Recemos para que no llueva, porque si no, no podrán llegar, ¡con los caminos que tenemos!

-¡Ojalá! Bueno... Sigamos con lo nuestro... si me entero de algo más te aviso, y podremos ir a reservar las entradas.

Sigo y entro por la puerta del escritorio de la Casa Mazzola, verdadero shopping de ese tiempo: almacén, tienda, ferretería, zapatería, librería, en fin, ramos generales y me dirijo a

la oficina de Don Pepe, pues a él debía abonarle el importe de las compras que figuraban en mi libreta de tapas negras, y que había realizado en el primer semestre del año en curso.

Lo encuentro muy ocupado en su lugar de trabajo, pasando a mano (como corresponde en esa época), al Libro Mayor el detalle del Libro Diario que le alcanzara la encargada de la caja. Me encantaba ese lugar, parecía una biblioteca, había libros y revistas por todas partes, ordenados en estantes y armarios que denotaban el interés y la afición por la lectura y que se reflejaba en la cultura general que caracterizaba a Don Pepe.

-Buenos días, ¿qué te trae por acá? Pasá, pasá.

-Buenos días, Don Pepe, vengo de parte de mi padre a pagarle nuestra deuda.

-Bien, ya busquemos el detalle...

Y mientras está en este menester, se asoma un empleado por la puerta del costado y le dice:

-Don Pepe, está el señor Bouvier, quien dice querer vender su cosecha, pues escuchó por la radio Cerealista de Rosario que ha aumentado el precio del trigo y le parece conveniente la operación.

-Decile que ya lo atiendo... (y dirigiéndose a mí) ¿Viste? así es mi día, sin un respiro.

-Si quiere vuelvo en otro momento...

-No, te atenderé como te merecés. De paso quería comentarte, a vos que te gusta la música, que anoche transmitieron por radio El Mundo y la Red Azul y Blanca de Emisoras Argentinas, un concierto en vivo desde el Teatro Colón. ¡No te imaginás qué belleza! Con la orquesta sinfónica estable, y como el tiempo estaba despejado se escuchaba con una nitidez impresionante. Realmente lo disfruté muchísimo. Prometieron repetirlo, está atento a la programación que seguro lo anunciarán.

Agradecí la información, acepté el libro en préstamo que me ofreciera y al concluir el trámite de pago, lo saludé y volví a la calle...

No pude cruzar a la otra vereda pues el tanque regador pasaba en ese momento, para aplacar un poco la tierra que se acumulaba en ese otoño poco llovedor...

Al llegar a la esquina me encuentro a Raquel e Irene conversando, más que eso me pareció que Raquel trataba de consolar a su amiga. Me acerco y realmente veo a Irene hecha un mar de lágrimas.

-Hola chicas... ¿qué pasa?

Y Raquel me contesta.

-¿Sabés que esta mañana, por radio Nacional pasaron el sorteo de la clase 1945? A Jorge le tocó el número 122, por lo tanto es posible que “se salve” pero a Roberto el 648 así que ella está desesperada.

-Bueno, Irene, no es tan grave, a lo mejor le toca en un regimiento cercano y no será tan grave la separación.

-Es que si se salvaba teníamos pensado casarnos a fin de año... y ahora no podrá ser, me contesta entre sollozos.

-Paciencia, será un tiempo más de espera y durante el mismo podrás terminar tu ajuar y sobre todo ese mantel que estás bordando en punto cruz que es una belleza. Además son jóvenes, tienen muchísimo tiempo para cumplir ese anhelo.

En ese momento se acerca Roberto y con un tímido abrazo trató de consolar a su novia. Me despedí y continué mi camino.

Llegué a casa y mi abuelo estaba sentado en su sillón debajo de la parra, dormitando mientras desde la cocina se escuchaba por la radio un tango interpretado por Alfredo de Angelis y su orquesta típica. Me acerqué y como si estuviera esperándome me dijo:

-¡Ya me acordé cómo se llamaban los Cinco Grandes del Buen Humor! Juan Carlos Cambón, Jorge Luz, Rafael Carret, Zelmar Gueñol y Guillermo Rico.

Ya no quedan dudas que la radio constituyó un puente de información, cultura y entretenimiento para los habitantes de esas pequeñas e incipientes poblaciones diseminadas por todos los rincones de la patria.

Zulema Biolatto nació en diciembre de 1948, en Altos de Chipión, Córdoba. Es docente jubilada y coordina un taller literario. Vive en Porteña, Córdoba.





**Puerta de entrada**

## RADIOADICTA

Por Dora Bernarda Boggian

Me declaro adicta, nunca psicoanalizada por mi adicción y declaro también que jamás asistí a un grupo de autoayuda, porque en realidad no tengo intenciones de dejar mi adicción, por lo tanto a esta altura de mi vida, me declaro oficialmente “radioadicta”.

¿Y qué esperan de mí? Nací en el año 1959, criada en un pueblo pequeño de la provincia de Entre Ríos, donde desde mi corta edad, el horario del informativo de radio Colonia, de la Banda Oriental, como decía mi abuelo Juan, era horario sacrosanto, toda la familia guardaba silencio de misa, nadie se movía desde el instante que Ariel Delgado decía: “Hay más informaciones para este boletín”. Siempre pensé que mi abuelo lo observaba al locutor, puesto que se sentaba cerca de la radio a válvulas de madera oscura, con una tela roja que cubría el parlante y no le sacaba los ojos de encima mientras duraba el informativo. Recuerdo que se jactaba de que en su radio se podía escuchar la BBC de Londres, no sé para qué, dado que de inglés mi abuelo no sabía ni decir “yes”.

Así empecé a probar de a poquito, como todas las drogas, esta sustancia, que ingresa por el sentido del oído y se propaga por todo el cerebro, haciendo millones de sinapsis neuronales y produciendo infinitas sensaciones, pero lo más importante, me creó la necesidad de estar informada, de escuchar distintas opiniones y de forjarme la propia.

Aún recuerdo, una noche helada de invierno del año 1966, mi madre lloraba en la cocina, sentada en una silla escuchando la radio, estuvo así toda la noche, al otro día le pregunté preocupada –¿Peleaste con papá anoche? –No querida, los militares derrocaron a nuestro presidente Umberto

Ilia –Ah bueno –le contesté, y me fui contenta porque sólo tenía siete años.

El tiempo transcurrió, dado que es una variable continua y no negativa y las dosis aumentaron.

Cuando vine a estudiar a Rosario, mi padre me regaló una Noblex Carina, no tenía frecuencia modulada, sólo amplitud modulada, eran épocas difíciles, año 1977, las noticias, recortadas, pocas y acomodadas; pero nunca me sentí sola.

Hoy puedo decir que ya no quiero curarme, necesito tomar una dosis de radio con el desayuno antes de salir a la calle a enfrentarme con la realidad, esa realidad que mis neuronas ya están preparadas a desafiar, porque antes de salir les prodigué una buena dosis lo suficientemente necesaria para no masificarme.

Dora Bernarda Boggian vive en Rosario, provincia de Santa Fe.

## **CON LOS OJOS DE LA LUNA**

Por Rosalía Bojanich

Una vez a la semana pasaba el tren por el pequeño y lejano pueblo. En el andén el jefe de estación, un auxiliar y Efraín, el sensible poeta del lugar que entre mate y mate esperaban

la llegada del tren. Encargado del vagón de encomiendas, Roque Albrini, intercambiaban palabras, el poeta ayudaba a descargar los bultos y Roque le traía desde la capital diarios de cultura pasados de fecha que para él era una fiesta leer, la actualidad la tenía con la radio, la mejor compañía.

De noche, el romántico de Efraín dejaba la ventana del rancho entreabierta, decía “para mirarle los ojos a la luna” y en un momento fue todo oídos, la radio anunciaba “Concurso Literario, grandes premios, organizado por una importante editorial de la capital”.

A la semana esperó el tren y preguntó a su amigo si sabía algo sobre el concurso literario y si lo ayudaba.

-¡Sí!, respondió Roque, oí por radio, es así: mandás un cuento con seudónimo y tus datos, es buen concurso, primer premio importante suma de dinero, lo organiza una reconocida editorial Hojas ¿Vos te animás?

-¿Por qué?, dijo Efraín.

-Decía... por ahí hay que estar muy preparado.

-Tengo el talento que me dio Dios y lo uso.

-¡No! Yo decía, traé todo y lo llevo, dijo Roque.

-¡Gracias amigo!, exclamó Efraín, ¿qué haríamos en este pueblo si no fuera por vos y la radio?

El poeta dispuso el mejor cuento, *Con los ojos de la Luna*, se inventó un seudónimo, y nuevamente esperó el paso del tren. Roque muy amable dijo:

-Lo más pronto que pueda lo llevo, el próximo viaje te cuento.

-Seguro la radio hablará sobre el desarrollo del concurso, exclamaba Efraín.

Pasó una semana y llegó el tren, el poeta estaba firme en el andén, Roque le dio una palmada mientras explicaba: Entreagué el sobre, todo bien, ahora a esperar.

La vida continuó entre, charlas, mates, radio y espera. Una mañana, la radio daba la peor noticia: se cerraban los ferro-

carriles. Un manto de tristeza cubrió al pueblo, era el único medio, en fin... los hombres, los gobiernos, mucho costó adaptarse a la ausencia del tren.

Efraín y sus amigos seguían reuniéndose en la vieja estación, el andén parecía que los estaba esperando y recordaban los encuentros con Roque Albrini.

Verano en el campo, noche clara, Efraín abrió la ventana, la luz de la luna entraba en la humilde vivienda, prendió la radio y se encendió el aire, la noticia llenó las paredes del rancho, su sensibilidad de poeta lo estremeció, la voz clara del locutor anunciaba:

-Fue estrenada la película *Con los ojos de la Luna*, libro llevado al cine y extraído del cuento que obtuvo el primer premio en el concurso literario de la editorial Hojas, el ganador fue el señor Roque Albrini.

Rosalía Bojanich nació en 1944 en Manuel Ocampo, Buenos Aires, donde reside. Autodidacta, escribe poesías desde niña. Concorre a un taller literario donde incursiona en narrativa. Obtuvo premios de cuento y poesía en varios certámenes. Presentó dos libros, *Azul de agosto* y *Nosotros todos*, y también participó en diversas antologías.

## TRASLACIONES

Por Virginia Capitano

La radio se encendió como casi todas las tardes arriba del banco de trabajo de mi padre, justo a la salida del taller, lugar donde hacía innumerables trabajos de reparaciones, pequeñas construcciones o en definitiva, cualquier actividad que lo mantuviera ocupado y a una distancia prudencial de mi madre, evitando de este modo sus quejas, reclamos, pedidos, etc. etc...

A mis ocho inocentes años yo desperdiciaba el tiempo sin cargo de conciencia, juntando insectos o inventando recetas con las plantas del jardín, sin prestar demasiada atención a las actividades de mi padre ni a los mensajes de su vieja Spica.

Pero ese día sucedió algo distinto. El conductor prometía dar detalles de los secretos descubiertos en la pirámide.

¿Pirámide? La imagen mental que formé en ese momento fue la ilustración del “Billiken”: la Plaza de Mayo con la pirámide en el medio, los carros con caballos y los vendedores ambulantes. ¿Esa pirámide insulsa y aburrida tenía secretos? Esperé el relato con cierta curiosidad.

El locutor comenzó a leer la crónica de una expedición arqueológica. El descubrimiento del túnel de entrada... el penoso avance de los expedicionarios por pasadizos mal iluminados descendiendo, doblando, arrastrándose. Yo estaba confundida.

A mi parecer la pirámide en cuestión era un monumento de escaso tamaño, que dudosamente pudiera dar cabida a un explorador y menos que menos a toda una expedición. A menos que la pirámide continuara hacia abajo. Que la lámina del “Billiken” sólo diera cuenta de la parte exterior, como

si la pirámide fuera la punta de un iceberg y hacia abajo continuase ampliándose y escondiendo secretos.

Entonces, mientras el relator contaba las peripecias de los expedicionarios yo imaginaba extensos túneles que atravesaban la Plaza de Mayo y se extendían hacia vaya a saber dónde y con qué propósitos.

Así seguí construyendo esa traslación espacial hasta que el locutor comenzó a mencionar los hallazgos: momias, sarcófagos, autos sacramentales.

Normalmente no prestaba demasiada atención en la escuela pero estaba segura que si mi maestra hubiera mencionado algunas de esas cosas cuando nos habló de la Plaza de Mayo lo recordaría.

Por tanto esperé pacientemente a que la radio hiciera una tanda comercial y me aventuré a preguntarle a mi papá...

¿Todo eso que dicen no es de la Pirámide de Mayo, no, papá?

Mi papá me miró entre sorprendido y divertido. Pero dejó el trabajo que estaba haciendo y entró en la casa a buscar algunas revistas y un diccionario enciclopédico donde me mostró Egipto y la gran pirámide y me habló largo rato de misterios y descubrimientos asombrosos. Ese día, gracias a la magia de una Spica, las fronteras de mi mundo infantil se corrieron una distancia sideral (varias veces la que separa Egipto de la Plaza de Mayo).

Virginia Capitano nació en Rosario, provincia de Santa Fe, en 1962. Actualmente reside en Neuquén, donde trabaja como farmacéutica en el sistema público de salud. Hace fotografía y cine independiente, y su antecedente literario es haber redactado guiones de cine.

## LOS HÉROES DEL BALDÍO

Por Franco Caruso

No pertenecíamos a ese lugar, estar atravesando esta situación sólo era un caso fortuito. Para mí, en cambio, ese traspié de la historia era una broma del destino, que por diversión se manda estos juegos con los mortales. Vida aburrida la del destino que todo lo sabe, lo único que le queda al pobre es jugar con nuestra ignorancia.

Por uno de esos entretenimientos del destino es que me encontraba sentado en el Monumental, mientras enfrentábamos a Ferro, por el Nacional B. No sé si existen los ángeles ni si alguno de ellos en algún momento se ha caído, pero juro que puedo imaginar el golpe que habría sentido.

Recordé mi infancia de rodillas embarradas y pelota de goma, de tardes eternas en el baldío con sus arcos de cascotes. Recordé que los domingos llevábamos la radio y mientras una voz relataba los partidos, nos convencía de que éramos Francescoli, Bochini o Maradona cada vez que tocábamos la pelota. No necesitábamos llegar hasta la lejana Buenos Aires para conocer sus estadios. La imaginación dibujaba los arcos inabarcables y las gradas trepando hasta las nubes. Veíamos las gambetas más fantásticas que jamás se hayan practicado y los arqueros eran personajes salidos de historietas, centinelas infranqueables que obligaban a sus rivales a requerir ayuda extra terrenal para vencer sus vallas.

Iban treinta minutos del segundo tiempo y seguía viendo cómo Ríver empataba cero a cero en una carrera desesperada por volver a la historia. Un cero a cero aburrido que le mojaba la oreja a cada uno de los que estábamos en el estadio.

Entonces apoyé mi oreja derecha en la radio de bolsillo, la de mi abuelo, la que encendía cada noche al ir a dormir, una

Spica con estuche de cuero marrón. Cerré los ojos y el estadio se transformó. El césped devino pastizal, las personas cambiaron sus ropas y el bullicio cambió de ritmo. Las gradas treparon, de pronto, hasta las nubes y los arcos se volvieron enormes, imponentes. Lo único que seguía intacta era la banda roja cruzando el pecho.

Los jugadores despertaron sus superpoderes y se volvieron invencibles, burlando con cada movimiento las leyes más elementales de la física. La tierra tembló elevando una parte del terreno, que quedó inclinado treinta grados hacia el arco de Ferro. Mientras las luces del estadio se encendían, cegadoras, la Spica detallaba los nombres de los superhéroes que batallaban en el campo. Labruna, Francescoli, Alonso, Pedermera, Di Stéfano, Moreno, Ortega, Fillol, Funes, Carrizo, Mas... los nombres se sucedían entrando y saliendo de los pastizales, practicando las jugadas más fantásticas jamás vistas.

Abrí los ojos cuando el relator anunció el final del encuentro. Apagué la radio, y el estadio, que había recuperado sus formas terrenales, festejaba un tres a cero que ordenaba el día según la lógica.

Después alguien intentó nombrar a los goleadores del encuentro, pero yo sabía que no había nombres propios. Esa tarde la historia se había encargado ella sola de poner las cosas en su lugar.

Franco Caruso nació en julio de 1979 en Nueve de Julio, provincia de Buenos Aires. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires. Es docente de educación media y universitaria. También trabaja como empleado administrativo en la UBA. Vive en Capital Federal. Gestiona el blog [wingporlaizquierda.blogspot.com](http://wingporlaizquierda.blogspot.com)

## ENTRE AUTÓMATAS

Por Samuel Carrasco

Olía a humo y tierra. Y los dedos se le escapaban de las zapatillas. Y los mocos le asomaban. Y me pidió una moneda. Y le di un billete.

Y me fui orgulloso...

Caminé un par de calles y me detuve frente a una juguetería. Los ojos de los muñecos me miraban, pero no eran distintos a los de la gente. Me miraban. Miraban lo que yo hacía.

Un mareo me hizo notar que todo comenzaba a enfriarse, que todo salía de foco, el bullicio de la calle se hizo confuso, todo giraba a mi alrededor, todos se convertían en siluetas, en sombras, en muñecos. Sólo las voces.... Comencé a escuchar voces. Estaban ahí. Rondando. Precios de zapatos. Promociones. Autos nuevos. Inversiones. Marcas. ¡Llame ya...! Lo más frívolo de la sociedad me pegó en la cara.

Me detuve. Respiré por unos segundos. Logré comenzar a compensarme lentamente. Y una voz lejana me trajo a la tierra. Era una voz que informaba. Que estaba en el aire. Que me estaba mostrando la otredad más cercana. La que se alcanza con la mano. La que no vemos. Nuevo asentamiento ilegal. Aumento del trabajo infantil. Beba abandonada en la puerta de una iglesia. Deserción escolar. Desnutrición infantil... El noticiero de la radio atravesaba la ciudad. Pero los autómatas no lo percibían.

Y me quedé pensando. Pensando por qué, unos instantes atrás, yo caminaba tan orgulloso... por qué sonreía, sin motivo para hacerlo...

Volví a buscarla y ya no estaba. Ni su olor, ni sus mocos. Ni sus deditos helados.

Tampoco estaba mi orgullo. En su lugar no había nada.

Y en la vereda de enfrente otro orgulloso buen hombre marchaba constante... Marchaba conforme... Dejando atrás otro olor... Otros mocos y otras zapatillas rotas... ¡Qué poco vale mi orgullo...!

*De dos, de cinco, de veinte... ¿De cuánto era? ¿Con tan poco me conformo? Si me pidió para pan y dudé... Dudé... que se lo gastara en caramelos. O en cigarrillos. O en drogas.*

*¡A quién le importa si salió corriendo a un kiosco! O lo ahorró. O si fue su cena.*

*¡Qué poco vale mi orgullo!*

*¡Qué poco!*

Samuel Carrasco nació en Cinco Saltos, Río Negro, en septiembre de 1976. Actualmente reside en Cipolletti, en la misma provincia. Es técnico químico nacional y cursa el último año de profesorado en Letras en la Universidad Nacional del Comahue. Se desempeña como docente en la ciudad de Neuquén.

## **LOCUTOR DE RADIO**

**Por Vicky Carranza**

Las cuatro menos diez. Corro un poco más rápido. La mochila me rebota en la espalda. Hoy la maestra nos dejó salir

unos minutos antes, lo cual agradecí efusivamente. Esta vez no iba a llegar tarde.

-¿Por qué corrés?

Lucas me alcanza en la esquina.

-Hoy es jueves, digo. Y en diez minutos son las cuatro.

-¡Ah, claro! El programa.

Asiento con la cabeza y sigo corriendo. Dos calles más y estoy en casa. Lucas entra detrás de mí.

-¡Faltan 40 segundos!- me grita.

Entro corriendo y tiro la mochila al piso. En la cocina, la pequeña radio me espera sobre la heladera. Me subo a una silla y la enciendo. No necesito mover el dial, está puesta en el mismo canal de siempre. Lucas ya se sentó en la mesa y espera en silencio. Yo hago lo mismo. El programa está a punto de empezar. Como todos los jueves, mi corazón late muy rápido, expectante, emocionado.

Suena una voz femenina que presenta el programa. Yo me la imagino como una mujer bella, alegre y muy educada. Siempre presentando con una sonrisa, feliz de su trabajo.

La voz de mujer se calla y empieza la música característica del programa. Lucas y yo saltamos de la silla y nos ponemos a bailar al son de ella, tarareándola mientras acompañamos con torpes pasos de baile. Entonces la música se apaga y hace su aparición la voz del conductor. Ninguno de los locutores menciona su nombre, así que para identificarlos, Lucas y yo bautizamos a cada uno de ellos. La mujer que presenta se llama Verónica y el locutor, mi favorito, se llama Walter. Le pusimos los nombres de acuerdo a la voz, y debo decir que encajan a la perfección. Walter parece un hombre corpulento, de unos treinta años y que siempre viste traje. Cuando habla, me lo imagino sentado en la mesa de los micrófonos muy cómodamente y levantando una ceja.

-Buenas tardes, damas y caballeros. Ahí Walter levanta una ceja y sonrío. El programa empieza siempre con ese saludo,

y al escucharlo hablar yo mismo puedo sentir su emoción al empezar el programa. En cada palabra que dice puedo ver los gestos en su rostro, en sus manos. Puedo imaginar cuando se levanta de la silla en el momento del corte y cuando toma un vaso de agua.

Sentarme a escuchar la grandiosa voz de Walter era todo un sueño. Jamás en toda mi vida vi una foto de él pero estaba seguro de que si lo veía caminando por la calle podría reconocerlo fácilmente. La voz lo decía todo. La voz y la radio lo son todo. Cuando crezca, voy a trabajar en la radio. Voy a ser locutor. Voy a trabajar con Walter y después, voy a tener mi propio programa.

-Eso es todo por hoy ¡Hasta la próxima semana! Walter levanta la ceja y luego guiña el ojo antes de salir del aire. Es la señal. Lucas y yo nos bajamos de la silla. Vuelven a poner la música. Damos unos pasos de baile improvisados y la música termina.

-A hacer los deberes -dice mamá. Lucas saca los cuadernos de su mochila y yo acerco mi silla a la heladera.

-Hasta el próximo jueves, Walter.

Y entonces apago la radio.

Vicky Carranza nació en 1995 en Córdoba capital. Estudia diseño gráfico. Publica sus relatos en <http://vickymcfly.blogspot.com.ar/>

## EL REFUGIO

Por Hernando Castillo Díaz

Sábado 23 de febrero de 2013, 10:15

Alfredito querido:

¡Cuánto me han gustado tus fotos! Me gusta tanto recibir tu correo, saber cuánto te hago falta... Eres lo más importante para mí y sabes que aunque mi enfermedad no me deja salir, algún día podré hacerlo y estaremos juntos.

Tengo que contarte algo que me tiene muy apesadumbrada. Estoy preocupada por el fin del mundo. No te rías, es verdad. Amorcito mío, entiéndeme y no te rías por favor, pero es que estoy muy preocupada. Las imágenes del meteorito que cayó en Rusia el otro día, al día siguiente ese cometa que nos pasó tan cerca y ahora la dimisión de nuestra Santidad... ¿no me digas que no es para tener miedo? Ya lo decían los mayas... No me despego de la radio, las noticias de huracanes, de ataques nucleares... Me tienen loca. Acá no estoy segura. Sabes que no salgo de mi casa desde hace algunos meses. No puedo. Ya te lo he explicado varias veces. ¡Tengo un miedo! No te imaginas. Cómo quisiera estar contigo, pero ni ahí creo que estemos seguros... Pero bueno, si vamos a morir, prefiero que estemos juntos. ¿Por qué no te vienes aquí amor mío? Perdóname otra vez por estar tan loquita, pero en la radio no paran de decir cosas malas... Te quiero más que nunca. Escíbeme pronto. Te necesito. Un beso, Natalia.

Lunes 25 de febrero de 2013, 15:15

Alfredo mío:

No puedo más con esta indecisión. Creo que alguien quiere que me vuelva loca, porque las noticias en la radio son cada vez peores. Otro meteorito ha caído muy cerca de aquí, en

tierras caribeñas. Hay miles de muertos. La gente está conmocionada, no sé si quiero seguir viviendo en esta tierra tan linda pero tan peligrosa. Por las calles se dice que puede haber una rebelión que derroque al gobierno... ¿Y si se meten en mi casa? ¿Y si me violan? Eloísa me dijo que veía algo muy negro en mi futuro si sigo aquí... lo vio en las borras del café. Alfredo, tengo mucho miedo. Tu propuesta es hermosa, pero no creo que sea capaz. Soy incapaz de salir de esta casa. Me encanta la idea de ir a tu refugio. ¿Es cierto que es a prueba de todo? Quiero conocer tu tierra tan roja. Tienes razón, estando allí puede que vea las cosas de otro modo. Por favor ven y sálvame. No te llamo porque tengo miedo a que las líneas estén pinchadas, no pienses mal. Te extraño. Natalia.

Martes 26 de febrero de 2013, 04:22

Alfredo:

Casi no he podido pegar ojo. No sé si alguien está haciéndose el gracioso con mi radio o qué estoy escuchando... ¿Qué pasa en este mundo, amor mío? ¡Ven pronto! Te necesito... Intentaré dormir, voy a tomarme unas pastillas. No quiero saber nada de lo que pasa ahí afuera. Te leo por la noche, dime qué tal los pasajes. ¿Cuándo llegas? Besos. Natalia.

Sábado 2 de marzo de 2013, 03:52

Alfredo mío:

No encuentro el teléfono, tenía miedo y lo tiré al oír... Han pasado días y no tengo noticias de ti... en la calle... no quiero ni pensar lo que hay en.

Estoy débil amor mío, ven.

En la radio tenían razón, este es el f... este es... amor mío... yo t esp.

Hernando Castillo Díaz nació en Mendoza en 1976. Es ingeniero mecánico y escritor. Participó en concursos de relatos y colabora en revistas literarias. Obtuvo premios en Pamplona, España. Reside en esta ciudad y en Mendoza.

## ÚLTIMA VEZ

Por Luciano Colfer

Encendió un cigarrillo y se sentó frente al fuego de la chimenea construida con ladrillos naturales de color terracota. El día cayó sobre su pelo gastado, los surcos en su piel formaron caminos gastados para que el sol circulara por su rostro.

Viste un pantalón de jogging, una remera blanca de lino y zapatillas de lona; como si quisiera con su vestimenta no darle más peso a un cuerpo lleno de presiones y responsabilidades cotidianas.

Existe un momento en sus días que se volvió sagrado hace más de diez años, tiempo en el que murió su amada esposa, única compañía que le quedaba en esta vida pasajera y a la vez eternamente insoportable.

Fueron muchos años compartidos con ella, tantos que a veces los días se amontonaron rompiendo el encanto y otros siguieron siendo mágicos como la primera vez que la vio

detrás de un violín haciendo sonar la melodía más hermosa que haya escuchado jamás.

La mejor forma que encontró para sentirse unido a ella fue prender la radio todos los días y escuchar las canciones que ella tanto amó. De esta forma se encendía el aire que alimentaba sus pulmones para seguir adelante y no claudicar ante un destino vacío de sentido.

De pronto el cigarrillo se cayó, con las manos temblando y el corazón agitado, se dirigió hacia la radio, mientras sentía dentro de sí que era un día raro, distinto.

Cuando las ondas sonoras cerraron las puertas del mundo exterior experimentó cómo su cuerpo se quebraba dejando el alma volar, se rompieron cristales en su mente y un sueño pesado lo envolvió para llevarlo al lugar luminoso de los muertos.

Y así como así se encendió el aire del reencuentro en la eternidad mientras la radio se apagó sin saber por qué.

Luciano Colfer nació en marzo de 1975; vive en Quilmes, provincia de Buenos Aires, donde trabaja como empleado. Obtuvo una mención especial en el concurso *Palabras e Imágenes*, organizado por la SADE delegación Quilmes.

## A LAS TRES DE LA MAÑANA

Por Sam Corcobado Moreno

Anoche escuché por la radio a un antropólogo que hablaba sobre quiénes éramos en realidad. “Si alguno quiere descubrir quién es realmente, sólo tiene que hacer una cosa: levantarse a las tres de la mañana y mirarse fijamente en el espejo”.

La noche siguiente puse la alarma del teléfono móvil a las tres en punto de la mañana. Conseguí salir de la cama y no caerme al suelo. Caminé los diez o doce pasos que hay entre la cama y el lavabo y encendí la luz, palpando la pared y dándole al interruptor con la palma de la mano. Noté la luz en el techo, pero mis ojos seguían cerrados y me costó un par de minutos darme cuenta de qué narices estaba haciendo. Estaba apoyado en la pica del lavabo. Abrí los ojos, esperando que se despegasen de los párpados y me encontré con la figura de una cara reflejada en el espejo. Me miré fijamente, tal y como había explicado el antropólogo, y no me reconocí.

Sam Corcobado Moreno nació en 1974. Vive en Mawson Lakes, Australia.

## AL ESCUCHARTE, COMPRENDO

Por Víctor Alberto Cumio

El niño de nueve años, cuando el reloj dio medianoche, fue despertado por una voz que lejos de provocarle miedo, sintió que lo acompañaba. Sin encender el velador, el chico se sentó en la cama con los pies colgando. Acto seguido, palpó la radio que tenía sobre su mesita de luz. Sonrió por haberla recogido del basurero y crearle un lugar en su habitación. Le fascinaba pensar que adentro del aparato, había personas cuyas voces disfrutaba escuchando. “Están todas toditas”, decía, imaginándoselas pequeñas como jugadores de metegol.

Del objeto en cuestión, lo que en realidad permitía concluir que hubo sido una radio, era, por un lado, la carcasa de madera, cuyas paredes interiores sólo conservaban marcas de cables y agujeros dejados por tornillos, por otro lado, uno de los laterales de la parte delantera presentaba un círculo mediano como salida del parlante, cubierto por un género viejísimo de hilos raídos, y, el otro lateral, todavía conservaba perillas de encendido y de búsqueda de emisoras. Finalmente, el tamaño de la “cajita habladora”, tal cual el chico la llamaba, semejava al del block utilizado por albañiles.

Volviendo al niño, en su disfrute, éste apoyó un oído sobre la radio. De súbito, escuchó la voz de una mujer que, sobre música de fondo, salía desde el interior del desvencijado cajoncito, por cuyas ranuras escapaban haces de luz emitidos por lámparas de transistores que se habían encendido. Voces, música y luz transformaron al cuarto en aldea global. Luego, silencio, oscuridad.

Los ojos del niño se agrandaban y su corazón saltaba de alegría sacudiéndole el esternón. Se sintió impulsado a correr a contarles a sus padres lo que ocurría, pero cuando

apenas saltó de la cama para hacerlo, escuchó la voz de la locutora diciéndole: “No te vayas, espera”. Rápidamente el niño giró y pegó una oreja a la radio, cuyas lámparas volvían a encenderse. La locutora prosiguió: “Querido amigo, te invito a escuchar el radioteatro dedicado al mágico niño que llevas contigo”.

Al instante, el aparato emitió un murmullo de chicos que, viniendo de fondo, se detenía en primer plano auditivo, tocándole cerebro y corazón de sus oídos. Seguidamente, un chico le decía “hola, estamos aquí para premiarte”, otro agregaba “¡sí, sí, somos alma de radio!”, y un tercero concluía “te damos gracias porque hiciste que, como el Fénix, tu cajita habladora resurgiera desde residuos”.

El hoy adulto, otrora niño de nueve años, acaba de jubilarse como locutor radiofónico. En el acto de despedida, reconoce: “Pedagógica, la radio enseña que la vida también se encuentra en lo mísero de la poquedad”, y concluye: “Aprendí, en fin, que la radio, como la vida, también está en el resto, no sólo en el cociente de la división”.

Al unísono del acto, una nota de radio está saliendo de una carcasa arrojada al basural. Desde lejos, un niño camina hacia ella.

Víctor Alberto Cumio nació en el paraje Chipauquil, Valcheta, Río Negro. Es agente sanitario y licenciado en enfermería. Actualmente reside en General Roca, también en la provincia de Río Negro. Ha obtenido reconocimientos literarios en poesía en Argentina, España e Italia.

## PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Daniel de Cullá

La verdad es que no escucho mucho la radio, a no ser algo puntual, o cuando un fuerte catarro me deja en cama un par de días. Odio la retransmisión de los partidos de fútbol. Ese grito de Gooooooooooooo!Gooooooooooooo!Golgolgolgol es como un rebuzno de asno en una boda entre un mulo y una jumenta. Y odio el fútbol impuesto como religión a los imbéciles y bobos de baba, a los energúmenos y lisiados del cerebro.

Me da asco que la justicia de Sudáfrica mee donde Pistorius, asesino y caníbal, mea. ¡Mira que dejarle en libertad bajo fianza! La justicia en todas partes del globo está enferma, porque dictan sentencias pensadas con el culo, por el culo y para el culo. Si miramos a las mujeres asesinadas a diario, principalmente en Méjico, si miramos a todas las mujeres violadas y vendidas como carnaza a buitres corruptos en todo el globo, es mejor que el ser humano, el macho, se pegue un hachazo en la cabeza, pues su cerebro es más corto, cruel y asesino que el de una hiena.

La pedofilia y bujarronería de la religión vaticana es el disfraz de los clérigos y papas villanos. ¡El diablo se masturba en gregoriano! Los curas que dicen misa no se han aprendido el misal jamás; tan sólo saben elevar la sotana desde el centro de su bragueta. Ahora, dentro de unos días, como a una beata que por su tejado sale más veces humo que de otras casas, en el Vaticano saldrán humos de cardenales en colada; que pondrá al mundo en sospecha tanto colar, y averiguaremos, como siempre, que de la olla y nalgas cansadas en cónclave de colada, se causarán estos humos. Sobre el

cielo vaticanal aparecerán escritas estas palabras: "De estas coladas se hacen estas papadas".

Y qué decir de la rotura de cadera de un rey, urdiendo la caza del elefante en África, y tramando la lana del adulterio. Un rey que, de todos sus falsos estudios y carreras, tan sólo aprendió a decir a un gobernante venezolano: "¿Por qué no te callas?"; y a un pueblo sumiso, social y religiosamente castrado: "No lo voy a volver a hacer", engañando a la gente para fines de sus amores.

Cambio de canal. Vuelvo a la música. Tan sólo me encandila la canción y la melodía. Me gusta toda clase de música. Ahora, por ejemplo, escucho a Madonna, la Britney, la Gaga y Kathy Perry, quienes son para mí como esa labradora bonita que me pone, y de la que estoy enamorado y a quien, un día volviendo de la villa en fiestas patronales, le dije que le diera un beso a mi burro que llegaría antes que ella.

Daniel de Cullá, de origen castellano aragonés. Poeta, escritor, pintor y fotógrafo, miembro fundador de la revista literaria *Gallo Tricolor*. Es miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España. En la actualidad participa en espectáculos que funden poesía, música y teatro. Dirige la revista de Arte y Cultura *Robespierre*, moviéndose entre Burgos, Madrid y North Hollywood (EEUU). Tiene más de 66 libros publicados.

## CAPULLOS Y MARIPOSAS

Por Ileana Charles

A dentelladas el sol descompone los cuerpos. De a poco van quedando por el campo manos diseminadas que succionan, con hambre inmensa, el algodón. Los capullos calientes besan las manos hasta herirlas, la sangre brota y se seca enseñada, para volver a salir, para volver a secarse, bordando de rojo la piel.

De reojo la cabeza, que parece también separada del cuerpo roto, vigila acechante su propia sombra, esperando un instante, la hora exacta de su desaparición. El momento justo del mediodía.

Hora del descanso. Allí apretujados bajo la sombra mínima y precaria de un árbol y los techos de nylon negro, se empiezan a reconocer y se ofrecen lo que hay para comer.

Mientras tanto alguien abre una caja tapada con una lona. Saca un vieja radio y con su mano herida, arañada de capullo, gira la perilla. Todos los demás esperan en silencio expectante. Con la otra mano roja, casi alada, como en un ritual, busca con paciencia la orientación exacta de la antena, la ata con un pedazo de alambre para que no se mueva. Esperan. Hasta que por fin nace la voz que aguardaban: “FM Golondrina presenta un nuevo capítulo del radioteatro ‘Corazones partidos’...” recién en ese momento mágicamente los cuerpos reúnen sus partes rotas y vuelven a juntarse, a estar enteros un rato, escuchando la historia de amor de otros, pero también de ellos. Después seguiría el trabajo. Pero por un rato las voces revolotean y acarician sus estómagos llenándolos un poquito de tanta carencia. Por un rato cierran los ojos, sueñan, sienten, lloran, rien, se desprenden de los capullos y se convierten en mariposas, y se van por el

aire en vuelo solidario con las voces que salen de la radio.  
Por un rato.

Ileana Charles nació en Tigre, Buenos Aires, y vive en Neuquén desde 2002. Es profesora en Letras por la UNCo. Trabaja como docente y en los ratos libres hace juguetes de madera. Participó como escritora seleccionada en *Identidades. Poemas y relatos breves*, Educo 2011. Recibió mención en el Concurso de relato breve Fraterna, Tribu Salvaje 2012. Seleccionada en el concurso Cuentos del primero de mayo 2012 de la Casa de los Trabajadores de Córdoba.

## **ESBOZO DE UN MINUTO RADIAL**

**Por Sergio Devita**

Agitado día. La madrugada lo encontraba taciturno. Aquel suceso indecoroso simplemente había terminado por darle qué pensar. No se molestó siquiera por encender la luz del living; estaba realmente ofuscado.

Así como al pasar, como una hoja que viaja arremolinada en el viento, la radio vieja de la vecina de abajo lloraba un tango.

Se decidió a dar fuego a su pipa que, concentrado en el dos por cuatro, había simple e inconscientemente predispuesto.

El tabaco húmedo impregnó la habitación. Vio cómo se deshilachaban y ardían uno por uno esos filamentos.

Aquella radio le dio qué pensar: ¿Acaso el minuto radial era un minuto que alcanzaba a tomar por entero a la hora? ¿Era ese minuto tanguero-radial un círculo auditivo?

La melodía, para cuando pudo reparar en ella y volverse sobre sí, había cambiado. Los primeros acordes sonaron con un claro aire ruso: Tchaikovsky o Rachmaninoff... Una nota más fue la que equilibró la balanza por el otrora aprendiz. Fue entonces cuando percibió el rayo de luna que se colaba por la ventana.

Transcurrir de un presente vivo inagotable, infinito. Pensaba ensimismado, para su más profunda voz interior, con la que intentaba algo así como un diálogo. Sentado meditaba; extenuado observaba; repleto escuchaba esa música airosa, mientras saludaba el desfile de ideas que recorrían de cabo a rabo su cerebro. “Aceleración de dedos magnífica, el alma recorre las teclas como una brisa de estío que golpea su rostro en la misma ejecución...”, se decía al escuchar al intérprete de nombre originario de la antigua tierra de los zares. Se sentía extasiado, desbordado por un goce profundo, por un caudaloso río de imágenes y sensaciones que lo atravesaban sin cesar, sin tregua alguna.

Erguidas pestañas y párpados entreabiertos; el fondo se confunde con un primer plano de enfoque, lo que denotaba su mirada perdida. Su cuerpo sí..., ahí estaba, ahí sentado; aunque extra-va-do en las regiones más recónditas del ser. Una escala impecable en el piano lo devuelve a su silla; a su cuerpo, a su tiempo...

¡Entonces, sí, claro! Fue entonces cuando... Pero y así (¿cómo estaba?)...

Su cerebro, escalpelo en mano, cortó la tensión superficial del tiempo y del espacio. Vio de qué manera un tajo (que sangraba minutos y centímetros) cortaba transversalmente

su pensamiento del acontecer. Los (col)gajos de la realidad le nublaron la vista... Sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo y un picor que comenzaba por sus pies, pronto se apoderó de él por completo. Multiplicidad de estímulos son recibidos; el cerebro y su sistema nervioso ya no respondían. Sintió desvanecersssssssssssssss

Sergio Claudio Devita nació en Godoy Cruz, provincia de Mendoza. Licenciado en Filosofía por la UNCo (2012). Actualmente vive en la ciudad de Cipolletti, Río Negro.

## **CANCIÓN A UN VESTIDO ROJO GIRASOL**

Por Myriam Domínguez Seda

-¡Buenas tardes, estamos en directo! Díganos, caballero, ¿qué canción quiere dedicar en nuestro programa vespertino?

-Bueno, me gustaría dedicar “I just called to say I love you” de Stevie Wonder a la chica del vestido amarillo que vi esta mañana en la estación de tren.

Y la solterona daltónica, aquella que escuchaba fielmente las emisiones radiofónicas de las cinco cada miércoles, fue enormemente feliz esa tarde pensando que el hombre de su vida le había dedicado una canción a su vestido de color

rojo, que en su más cromática inocencia, veía de tono girasol.

Myriam Domínguez Seda vive en Sevilla. Es estudiante del bachillerato de Humanidades. Dice que si algo la define “es su profundo amor por las letras”. En el futuro quiere estudiar periodismo en la universidad, “comprometiéndose a trabajar por una sociedad mejor armada de un bolígrafo y un cuaderno de notas”.

## **HERENCIA DE RADIO**

**Por Ariel Luciano Fernández**

El recuerdo no es otra cosa que el sutil intento de la memoria de evitar que el pasado se muera, que el pasado no se convierta en restos intrascendentes en nuestros olvidos más profundos.

Quizás sea por el miedo a olvidar que no dejo de recordar, de sentir la ternura de mis abuelos entre el paisaje que describen los movimientos de esas personas que se presentan en cada rasgo placentero de mi vida.

En estos recuerdos potentes se me hace imposible evitar verme en medio de los preparativos para desayunar algo caliente en las mañanas gélidas, cuando el sonido de la radio se mezcla con el correr del agua y algún que otro relincho

para componer un silencio vivo de donde surge la pasión en estado más puro.

Observo por encima de la improvisada mesada de la cocina a mi abuela Adela, ya levantada, merodeando por su patio a unos metros por encima de mi cabeza. Durante varios minutos reniega con unos pájaros que revolotean entre su huerta, hasta que por fin decide que es necesario trabajar un poco aquella tierra y dejar a los visitantes tranquilos en sus puestos de guardia.

Me llaman la atención sus movimientos lentos y calculados, como si siguieran coordinadamente la música que pasan en la radio. Con un sesgo de tristeza mezclada con satisfacción, descubro que eso no era el paso del tiempo, sino el tiempo pasando. Los pájaros que vuelan desde los árboles con la misma cadencia me dan a entender que tiempo, espacio y radio eran lo mismo, todo, inclusive yo por un instante creí estar entre ellos, en las melodías de esas épocas que hoy se adornan con la nostalgia.

Mis pensamientos se fueron entrelazando, cortándose y continuándose con algo que no tenía relación directa, pero que demarcaba de alguna manera una forma de sentir y vivir cada lugar, cada instante. Me hallé en medio de flujos que respondían a una secuencia que por sí sola se iba reinventando a cada instante pero que no perdía nunca su más primogénita esencia.

En todas esas mañanas, con la radio de fondo, a mi abuelo nunca lo oí acercarse, sólo me percataba de su presencia cuando veía aparecer, sostenido por un brazo huesudo extendido hacia delante, un mate que era tomado por mi abuela en total silencio (silencio que permite una mirada que alojan todos los agradecimientos que una mujer puede tener con su compañero luego de algunos tiempos juntos).

Lo que siguió fueron algunos secretos de mi abuelo hacia mi cara fascinada y sorprendida para poder terminar de expli-

carne la importancia de la radio, no sin ademanes exagerados y ceño fruncido, indicándome que respire y que cierre los ojos para dejarme llevar por esa voz invisible que abre mi imaginación.

Vuelvo a repetir que el esfuerzo por recordar es el intento de mantener las cosas que queremos con vida, por eso vacilo, enciendo con entusiasmo la radio y le transmito a mi hijo la pasión que alguna vez mi abuelo dejó anclada en lo más profundo de mi ser.

Ariel Luciano Fernández nació en Villa Constitución, provincia de Santa Fe. Vive en Neuquén, Argentina. Estudió psicología y análisis institucional. Entre sus publicaciones se encuentran artículos de opinión, poesías y cuentos en las revistas *El Pica Perro*, *Pelota de Trapo* y *Galápagos*, y los libros *Escritos al margen* (2007); *Voces Transitorias* (2009) y *Antes de caer* (2012).

## **DE NOCHE EN LA RUTA**

**Por Guillermo Daniel Fernández**

Ya empieza a oscurecer, voy saliendo de la estación de servicio, pongo la segunda, tercera y cambio la radio, la ruta está tranquila, me voy alejando de la zona urbana, me mantengo en cien a ciento diez. El auto lo siento seguro, más

firme desde que le cambié las cubiertas hace un mes. Algunos camiones, colectivos, y gente sola viajando en sus autos, como yo. Estoy escuchando las últimas noticias de la tarde. Pero espero que termine, y que empiece la música. Manejar y escuchar radio es muy placentero. Ya estoy en zona rural, de a poco se va despejando la ruta, veo campos, árboles, hacienda, y en el medio la ruta, la luna, con algunas estrellas. El cielo está despejado, limpio, inmenso, sereno, ninguna nave ni un pájaro. Disminuyo la velocidad, el cartel me avisa una curva peligrosa. Veo un camión inmenso delante de mí disminuyendo, vamos entrando en la curva, vienen pocos de frente, la curva es larga, está bien pintada la ruta.

Y terminan las noticias, la hora, el estado del tiempo, y comienza la música, la radio es la mejor compañía para estos casos. El conductor habla de jazz, de blues, de música del mundo, y suenan los primeros acordes y ya paso la curva, a lo lejos diviso una pequeña luz, de otro auto supongo, acelero un poco más la ruta está en buenas condiciones, me acerco a los ciento veinte, sin imprevistos llego a eso de las nueve de la mañana, a desayunar en el hotel.

El jazz me fascina, son las veintidós pasadas, y afinó mi oído para percibir cada instrumento, cada acorde, y me imaginé al músico sobre el escenario, moviendo su pierna marcando el compás. El piano, la guitarra, el bajo, la trompeta, el saxo, la batería. Y la gente, los espectadores, en silencio, a oscuras escuchando como yo, que voy manejando y llenándome la cabeza de sonidos, de voces, John Coltrane, Glenn Miller.

Es una bella noche, a lo lejos una luz en el campo, debe ser de alguna casa o un puesto. A veces algunos vehículos de frente, ómnibus, autos, camiones. Trato de mantener constante la velocidad. Somos en la noche, el auto, la radio y yo. Y aunque no quiera, la música me trae recuerdos de mi vida reciente, y pienso en Laura, en el atardecer de hace dos días,

cuando le dije que ya no la quería, que necesitaba otro aire mi corazón. Su carita sería, primero, y triste después, su resignación y un llanto que contuvo. La música me pone melancólico, recuerdo los ojos brillantes de Laura, sus labios finos, su boca pequeña, su silencio. Yo, tratando de explicar que sentía afecto, pero no el de antes, y dándole las gracias por todo lo que pudo darme, en estos dos años y pico.

Muchas estrellas, en el cielo, la luna clara y redonda. Y me resonaban las palabras de Laura, espero que sea un buen recuerdo nuestro amor, me decía.

Y cambian mis pensamientos, y me vuelvo a concentrar en la compañera de esta noche, la radio, la música, compañía incondicional.

Guillermo Daniel Fernández nació en Neuquén, donde reside, en 1966. Es empleado.

## UNA INOLVIDABLE RETRANSMISIÓN

Por José María Fernández Álvarez

Me acuerdo como si fuera ayer de aquel día, dieciocho de mayo del año mil novecientos sesenta. A última hora de aquella tarde lluviosa de primavera cogí mi paraguas, calcé las madreñas y junto a mi hermano pequeño Luis, que por aquel entonces contaba catorce años, dos menos que yo, me dirigí a casa de Don Cándido, el sacerdote de Tameza. Hicimos los casi ocho kilómetros que separan Yernes de Tameza por sinuosos caminos de montaña encharcados a toda velocidad, excitados y nerviosos por un día como aquel.

Llegamos a casa del cura y por la ventana de la sala vimos a un gran grupo de personas, casi todos jóvenes o adultos, pero también algún niño y anciano, del pueblo y de otros pueblos de los alrededores, sentados en sillas o en el suelo. Y es que Don Cándido era el único que tenía radio en toda la parroquia. Era un aparato precioso de madera, enorme, de fabricación alemana, marca Grundig, que le habían regalado en el seminario cuando se había ordenado sacerdote años atrás. Y allí estaba él, a punto de prenderla cuando entramos en su casa. Dándole a uno de los botones que tenía en la parte inferior, se encendía una luz interior que iluminaba la pantalla del dial y el ojo mágico con su color verdoso. Tardaba unos diez segundos en arrancar y entonces Don Cándido subía el volumen e intentaba sintonizar radio Nacional de España. El nerviosismo era palpable entre todos los parroquianos, pero por fin la voz lejana del locutor, Matías Prats, fue reconocida y vitoreada entre aplausos por los congregados. Era la final de la Copa de Europa de Fútbol entre el Real Madrid y el Eintracht de Frankfurt. El partido se jugaba en Glasgow y todo el país se hallaba pendiente. El co-

mentarista cantó la alineación, que estaba formada por Domínguez, Marquitos, Santamaría, Pachín, Vidal, Zárraga, Canario, Del Sol, Di Stéfano, Puskas y Gento. Todos nos arremolinábamos en torno al aparato y la decepción fue general cuando los alemanes se adelantaron en el marcador. Pero enseguida surgió el talento de la saeta rubia y el genial jugador argentino le dio la vuelta al partido. Banderas de España y una del Real Madrid, que traía nuestro vecino Colás, ondeaban por la salita. Las boinas de los aldeanos volaban por el aire con cada tanto. El cura pedía calma, pero cinco goles más entre Puskas y Di Stéfano hicieron una victoria segura ante la algarabía de todos y la voz ya rota del locutor de radio.

El partido terminó siete a tres y como colofón a la retransmisión pusieron el ¡Hala Madrid!, el himno del equipo español que todos cantamos a viva voz. Salimos abrazados de casa del cura y nos fuimos a celebrarlo a la única cantina que había en Tameza, la de Don Marcial, donde el vino y la sidra corrieron a raudales. La excusa no tenía parangón, era la quinta Copa de Europa consecutiva para el Real Madrid.

José María Fernández Álvarez (Oviedo, España). Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Oviedo, es escritor de relatos y microrrelatos. Ha publicado junto a otros autores en las antologías de relatos de humor *El hombre que se ríe de todo* (2011) y en las de microrrelatos de cine *Deseos humanos* (2011) y *Antigüedades* (2012). Ha participado en los libros *Miradas de Navidad 7* (2011) y *Relatos de xadrez* (2012). Ganó el XIV premio internacional de relato Sexto Continente sobre Lisboa y fue finalista del concurso *Cuentos y Sombreros*.

## MORIR EN EL BAÑO

Por María Alejandra Ferrari

Verano fatal en Neuquén. Me agobiaba el calor, pero como todos los días de mi vida estaba pegando cerámicos con impecable precisión preguntándome si finalmente sería ese mi destino.

Años, muchos. Una gran cantidad de horas en esos pequeños espacios (cúbicos-patéticos-cerrados) escuchando la lluvia, presintiendo al sol, habitada mi cabeza de pensamientos, intentando alinearlos correctamente, analizando sus intersticios como si pudiera con ellos algún tipo de pasta. Algunas veces con la radio se me ablandaban un poco las horas en el insoportable ruido de las obras, en el doloroso silencio de los edificios. Horas y horas. Tantas.

Algunas veces, pero hoy no. La radio había quedado quién-sabedónde y me retumbaban mis ecos (mis huecos). Tanto calor. Claro, ¡ayer dijeron 42° en la radio! Mi cuerpo fuego, la presión aplastaba mi cabeza hundiéndome en el ritmo de mis propios latidos. Sobre el blanco brillo del mármol unas gotas de sudor se mezclaban con la sangre y todo giraba provocándome náuseas. No había llegado a desayunar-recordé tardíamente- quedó el pan sobre la mesa porque no podía perder el tren de las seis.

¡Mierda! Morir en un baño, definitivamente no quería morir en un baño. Implacable la parca, pensé ¡mierda-carajomierda! Quería burlarla. Estiré el brazo con esfuerzo para abrir la canilla intentando que el agua fresca me ayudara para ponerme en pie y salir de allí. Ni siquiera me apenaba demasiado el hecho de morir, pero no quería mi muerte en un baño, menos en uno ajeno. Quería salir.

Me mojé, me empapé, tomé agua de la ducha. Entre divertido y temeroso imaginé la situación como quien mira una

foto que no fuera imagen de la propia vida. Pensé en la bañera. Ideal fêretro: limpio, brillante, a medida. Inmediatamente salté (o me desmoroné) y con tanta dificultad como exactitud logré caer en la dirección correcta.

Ya afuera del baño percibí todo teñido de blanco. Observé la luz en la ventana y los reflejos en los vidrios. Me dejé caer sobre unas bolsas rotas de cal y vi la radio sobre una mesa.

Algo extrañamente bueno aún podía suceder. Y en este bochornoso día de calor prendí la radio y se encendió el aire.

María Alejandra Ferrari nació en Buenos Aires. Vivió en el barrio de Florida hasta diciembre de 1984. Desde entonces vive en la ciudad de Neuquén. Es jubilada docente y artista visual.

## **SOMBRAS EN TRELEW**

**Por Mario Figueroa**

El hombre llegó después de la medianoche para ver al sobreviviente, después de la hora en que se cierran las celdas. La oscuridad reinaba en todo el centro de detención. No sólo la oscuridad real, la palpable, la que ciega los ojos. Sino también la otra, la que destila la humedad.

El programa radial de jazz se filtraba desde la única oficina con luz.

El olor a sopa putrefacta, mezclada con el humo de los cigarrillos y el sopor de los baños daba la sensación de estar en el infierno.

-No quiero que levantes sospechas, había advertido el director.

Mientras tanto en las mazmorras del centro clandestino, dueño de la nada, dormitaba el último sobreviviente. Ya no se preguntaba por su destino.

-Los hechos- dijo en voz alta y palpó el dial de la Tonomac para escuchar el programa "La resistencia".

Se incorporó rápidamente, conmovido por el recuerdo de sus compañeros y se acomodó tratando de que la luz difusa del pasillo iluminara las manos mutiladas. Conforme se adentraba en la densidad del relato en la radio, se le afiebraba el cuerpo, se le abalanzaban los acontecimientos y el horror volvía con furia.

-La noche del 22 de agosto nos ordenaron salir y colocarnos de espaldas a las puertas de las celdas. Nos dieron la orden de bajar la vista y poner el mentón sobre el pecho.

Fuera de los muros, el hombre y el director estrecharon manos. Cruzaron en silencio el patio embarrado ante la atenta mirada de los guardiacárceles que los seguían en silencio.

En la celda, el sobreviviente buscó en la monocorde transmisión radial algo que lo sacara de aquellos tormentos. Escuchó con atención la engolada voz y un ruido de rejas a deshoras anticipó algo inminente. El tiempo se había roto en la quietud de la noche y a lo lejos podía escuchar el crujir de puertas y candados.

Mientras caminaba el largo pasillo que lo depositaría frente a su celda, el hombre trató de calmarse.

-Siéntese- habló el sobreviviente bajando el volumen de la Tonomac.

El hombre tomó la silla corroída del rincón y se sentó. La penumbra de la celda y la luz que llegaba desde el pasillo,

recortaron y dejaron a la vista un rostro mutilado, la barba crecida y el cabello desmedidamente largo.

-Finalmente usted es el último, dijo el hombre.

El sobreviviente asintió con la cabeza sin emitir sonido.

-Siempre supe que en algún momento me iban a venir a buscar. Sentenció el sobreviviente. No hubo tiempo para más palabras.

El disparo sonó ahogado por el silenciador. Alcanzaron a cruzar una mirada en el desplomo. La sangre corrió del pecho al abdomen y la muerte sobrevino. Afuera la noche llovía con saña. En el camino hacia la salida, ya no hubo obstáculos. Todas las puertas estaban abiertas y el único rastro de presencia humana era aquel jazz que se filtraba desde una oficina.

Caminó junto al paredón perimetral de la cárcel mientras empezaban a escucharse las sirenas y el alboroto. El hombre, tranquilo, tiró el arma en un charco y se internó en el descampado.

Mario Figueroa nació en Cipolletti donde actualmente reside. Es comunicador social y autor del libro *No te enojés mamá* y de *Cuentos del fútbol chacarero*. Integró la compilación de la CTA en 2009 con el cuento *El jubilado*. Su relato *El último centro* fue seleccionado por la Fundación Mestizoamérica en 2010, mientras que el cuento infantil *Felipe y el viento* fue distinguido por la revista de literatura infantil *El Mangrullo* en 2011.

## ERA DOMINGO DE 1947 Y JUGÁBAMOS...

Por Sonia Figueras

Era domingo. Mi papá no trabajaba en el club por la tarde. Ya había entrenado por la mañana. Si éramos locales íbamos los cinco a la cancha. De visitantes, no. De visitantes, “había que lograr llegar sanitos”. Subí los peldaños de la escalera de dos en dos. Me apuré. Era la hora. “Prendí la radio y se encendió el aire”. Desde el aparato, grande, de color marrón, mezclándose con la voz del locutor se oían silbidos, cornetas, gritos, cánticos. Cada tanto hacía de fondo: “Ríver Plate tu grato nombre... derrotado o vencedor...”

En el comedor ya imperaba una nebulosa quemante. Los cuerpos quietecitos, los corazones fogosos y las ansias locas de ganar. La más chica de mis hermanos se quedó en la vereda saltando a la soga. Mamá planchaba en la cocina y mi hermanito, papá y yo, pegaditas las orejas a la radio. Silencio de tumba, y el ardor inmovilizante. Ya nombraban la formación. Carrizo al arco, Vaghi, Ferreyra y Yácono en la defensa, el gran Néstor Rossi para tapar lo que viniera. Ramos, Reyes, La Saeta, Moreno y en los laterales, Labruna y Loustau. No quería perder un nombre. Si no ¿cómo haría para ubicarlos en las zonas de la cancha? Y mi hermano no terminaba de acomodarse y hacer ruido. Pensé en Carrizo, alto como una casa. Imaginaba su parada. Firme, las manos tocando el travesaño. Su mamá estaría sentada en la platea, en el asiento detrás del mío, como siempre agarrada de la medallita de su cadena. Los backs, el medio campo, estarían listos, los wines en su zona... y percibí el sorteo del arco.

-Papá, ¿el que da al río? -Sí, nena... Sonó el silbato y comenzó la fiesta. El hombre locutor empezó con su verborragia. -Sufro, dijo mi hermano. -Callate, no oigo, le contesté.

-Papi ¿cuánto vamos?, digo. -Dos a cero, contesta.

Repaso el equipo. Carrizo, Vaghi, Ferreyra, Yácono, Rossi, Ramos, Muñoz, La Saeta, Moreno, Labruna y Loustau. Comenzó el segundo tiempo. Le insisto a mi hermanito - ¿Viste? ¡Qué delantera “la máquina”! El relator comentaba y seguíamos pegados a esa radio maravillosa. “...La Saeta...” Mi mamá gritó gol desde la cocina... Dale, dale, Saeta... goooool... ¿y ahora?... terminó el partido... con el triunfo de River Plate...

El aire siguió irrespirable, ardió hasta su fin. Papá apagó la radio. Se oscureció el comedor. Ese fuego asfixiante como tea candente en mi pecho, persistió por mucho tiempo en mi vida. Aún conservo el aire llameante al girar el botón para encenderla.

Hoy no soy la nena que oía el partido con mi viejo. Ya no está. Es miércoles de 2013.

“Prendí la radio y se encendió el aire”. El mismo aire, la misma radio. Vi el partido desde el relator, como cuando chica.

Luego “prendí” el televisor. Otra historia. En una cabina del estadio, detrás de un vidrio esmerilado estaba Román semi sonriente. Yo a la espera de que “El Virrey” lo incluya pronto en mi equipo, mi Boquita -por misterios del amor.

Sonia Figueras nació en Buenos Aires. Es docente de educación física y obstétrica. Ha obtenido menciones en el país y en el extranjero y participado en antologías y revistas: *Nuevos Escritores Nuevas Palabras* (2004); *Homenaje a Pablo Neruda* (2004), 1º Volumen de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora *Memoria, Verdad y Justicia a los 30 años X los Treinta mil* (2006), Primer Certamen *La Mirada Social*, (2006); *Poesía VI Nuestras Voces* (2007); *Mis Escritos* (2010).

## MI PROGRAMA FAVORITO

Por Araminta Solizabet Gálvez García

Prendí la radio y se encendió el aire. ¡Y todo fue una completa locura! Mi hermanito, “el genio”, como se hacía llamar, había cambiado y enloquecido los comandos y los controles de todos los aparatos de la casa y ahora, nos enloquecía a nosotros también. De un tiempo para atrás, era una odisea aventurarse a encender cualquier botón por sencillo que fuera, porque cualquier cosa podía pasar.

El horno tostador se convirtió de la noche a la mañana en despertador y en lugar de sacar un pan tostado como debía de ser, sacabas un cucú embadurnado de hollín. ¿Y qué me dicen del extractor de humo que pasó a ser el timbre, mientras el timbre se convirtió en el control de la televisión? Era una tortura tener que salir a la calle a tocar el timbre “de nuestra propia casa”, cada vez que queríamos encender la televisión o cambiar algún canal. ¡Y lo peor que podía pasarnos, era que justo cuando papá veía su partido favorito, llegara visita, tocaran el timbre y sin querer cambiaran de canal y nos perdiéramos el gol! ¡Allí sí que se armaba la de San Quintín!

Todavía me parto de la risa al recordar a papá empapado en medio de la sala. Mamá activó la aspiradora y el agua salió a borbotones diluviando a papá. La explicación de Danielito fue desfachatada.

-Mamá, tú no te fijas en nada, mira, allí dice ducha- y señalaba un rótulo escondido en el mango de la aspiradora.

Al verle su hermosa carita, todos nos quedábamos sin poder reaccionar. ¡Y entonces nuestra casa se convirtió en una casa minada! Nadie sabía con qué se encontraría.

Danielito nació con las tuercas del cerebro confundidas y transformaba todo lo que tocaba en un desastre. ¡Y hoy yo

estaba desesperada! Mi programa favorito empezaba en diez minutos y no encontraba solución. Mi maravilloso radio a transistores, que ahora era aire acondicionado, impulsaba con fuerza todo lo que encontraba mal puesto ¡Y todo salía volando! Las páginas de la novela que estaba escribiendo andaban por el aire con periódicos, cartas, billetes, pañuelos de seda y hasta mis pantuflas que se sintieron platillos voladores. ¡Esto parecía un ciclón!

Desesperada grité con todas mis fuerzas la frase más común en nuestra casa en esos días.

-¡Daniel, vení para acá! ¡Pero ya!

Y allí estaba Danielito con su carita de yo no fui, pero esta vez no me engañó, mi rabia era tanta que sin permitir una disculpa le grité.

-¡Daniel, en este momento me arreglas mi radio y si no lo haces, te juro que nunca más permitiré que escuches tu programa favorito!

Daniel se desencajó y sin pensarlo dos veces agarró mi radio y el aire acondicionado, los abrió, hizo algunos cambios en su sistema y como si allí no hubiera pasado nada, pude escuchar la maravillosa voz detrás de esa caja que se había convertido casi en el aire que respiro.

Araminta Solizabet Gálvez García nació en San Martín Jilotepeque, Chimaltenango, Guatemala. Es periodista y comunicadora social. Vive en Sacatepéquez, Guatemala. Tiene dos novelas inéditas y escribe relato, cuento, poesía, novela. Ha obtenido varios premios de poesía y relato en Radio Nederland, Holanda.

## ESA MELODÍA CON OLOR A RECUERDOS

Por Mariló Gallardo Arias

Prendí la radio y se encendió el aire al son de esa voz. Esa voz suave, tierna y a la vez grave, que me apartó por unos instantes de todo el sufrimiento que llevaba albergando en las últimas semanas. Me dejé llevar. Mi cuerpo se vuelve autónomo, independiente, se sienta en el sofá, como si hubiera entendido que es nuestro momento de relax. El locutor introduce una canción, una melodía que me retrotrae a tiempos lejanos, comienzos ilusionantes que me recuerdan el empuje de la juventud, el olor a ilusión, a entusiasmo y la sensación de una vida entera por descubrir, un largo viaje con una mochila repleta de sueños y aspiraciones.

Yesterday, sí, ayer; ayer en canción y ayer en pasado, y cerrando los ojos me dejo caer en el cheslong para revivir esos momentos, saborearlos... Mis inicios en la radio hace ya cerca de veinte años, esos comienzos en los que la magia de la ondas me transportaban por unas horas a un universo paralelo y el encenderse de la luz roja, estamos en el aire, significaba que en cada programa comenzaba a escribirse una nueva historia.

Mariló Gallardo Arias es periodista, tiene 34 años y vive en Salteras, un pueblo de Sevilla, España. Trabaja en comercio, dice ser "amante de las letras".

## Y DE LOS BOSQUES Y ROCAS...

Por Carmen Gamíño

El mundo es una inmensa radio que nunca para. Sólo es posible abstraerse de sus sonidos a través del sueño. A él acudía yo, como hacen quienes no cuentan con un aparato como el mío. Claro que aprecio mucho de lo que oigo. Sería un necio si no lograra identificar lo bello. Lo que no soporto es lo ruidoso, aquello ligado principalmente con las creaciones del hombre y con el hombre. Respondiendo a su pregunta, bueno, podría dar infinidad de ejemplos. Me gusta abrir los ojos en las madrugadas y escuchar a doña Juana barrer las hojas que cayeron en su patio, el maullido de la gata llamando a sus crías, el golpeteo en el suelo de los zapatos de alguien que se va. Mire, en realidad yo no sé cómo es que usted dio conmigo, supongo que de la misma manera en que se enteraron los otros que ya vinieron buscando historias excepcionales y que por supuesto no han vuelto. No es culpa mía, sabe, que no hayan sabido escuchar. Sí, entiendo lo que me dice y seré paciente con usted. Ya habrá tiempo de sacar conclusiones y como ha venido a... se la mostraré. ¿No es hermosa? Es una radio muy antigua, puede verse. Ignoro el tipo de madera del cual está hecha, así como su mecanismo. He intentado con mis pocos conocimientos averiguarlo, aunque la más pequeña posibilidad de descomponerla me hace parar. Me moriría de pena si ello ocurriese. ¿Quiere que la encienda ahora? Ahí lo tiene. ¿No es maravilloso? Suelo prenderla cuando estoy abrumado de tanta palabra estridente y sin sentido, del barullo de la calle. Y mire que amo la palabra, su significado y posibilidades. Hablo poco, sí. Bueno, suelo ser buen conversador pero no siempre ni con todos. ¿Escucha esta delicia? A veces cuando la hago funcionar, mi sobrina se acerca, detiene a ratos su juego y

vuelta toda oídos se queda quietecita sonriendo o con el rostro en paz. Algunos animalitos también se arriman. Ellos como yo, son amantes del silencio en todas sus acepciones y orígenes. Ya ve, ya se acercan algunos perros y aquellas avecitas. Seguro también hay insectos alistando sus antenas para apreciar el silencio del aire que corre sobre el mar, ese silencio enorme que lo va invadiendo todo. ¿Puede notarlo? Si cambio la frecuencia, quizás apreciaríamos el silencio de la ceiba o el del zopilote en pleno vuelo circular. No siempre sé lo que va a sonar, si es que puede aplicarse este término. ¿Imagina la inmensidad de posibilidades? Mire, lamento mucho que la maravilla de este aparato no logre tocarlo. Está usted invitado a volver cuando guste. Nosotros seguiremos viviendo en esta parte del mundo, apaciguados por esta radio que lo ha dejado mudo. Aprecio profundamente que no esté gritando o injuriando. Eso me hace ver que usted es un hombre distinto. Quizá vuelva. Si no, es seguro que uno de estos días logre sintonizar en mi radio lo callado que se ha puesto; el silencio hermoso de sus ojos. Ojos conmovidos, llenos de lo que el aire no dice y que intentan, con todas sus fuerzas, percibir lo que digo.

Carmen Gamiño nació en la ciudad de México. Es egresada en Biología de la Facultad de Ciencias de la UNAM. En Morelos se publicaron sus primeros cuentos cortos. Fue becaria del FOECA en Jóvenes Creadores en 2001-2002 y en la de Creadores en 2004, ambas en cuento. En 2002 obtuvo el primer lugar en el Premio Colección Amate para obra inédita con *Historias que se miran de reojo* y en 2008 obtuvo el premio de poesía otorgado por el Instituto Sonorense de Cultura. Imparte talleres en arte popular, creación literaria y fomento a la lectura y a la escritura.

## NOCHE MÁGICA

Por Klara Laius

Prendí la radio y se encendió el aire con la melodía de la bola de nieve que mi abuela me regaló cuando era pequeña. Aquella en la que los copos caían lentamente sobre unas casas suizas de alegres colores y poblaban de ensueños mi imaginación de niña mediterránea. Sí, durante horas me afanaba curiosa en vigilar sus puertas y ventanas en la espera inútil de que algún ser chiquito y fantástico apareciera saltando por allí y me saludara.

Sin darme cuenta, dentro del coche que conducía, las ondas de la radio encendieron también la tenue luz de la lamparita azul que iluminó todas las noches de mi infancia. Un olor a sábanas limpias perfumó el aire. Sentí de nuevo la mano suave y amorosa de mi madre acariciándome el cabello. El murmullo de su voz, cálido y reconfortante, comenzó a arrullarme con los ecos de los cuentos que antes de irme a dormir me relataba.

Como brotando de una lámpara maravillosa, más cosas sucedieron a la vez que las agudas notas del piano redondeaban el estrecho espacio en que me encontraba. En el asiento de atrás se instalaron el Patito Feo con carita de sueño y la Bella con su Bestia estirándose. Llevaban los cinturones de seguridad bien abrochados. En el de delante, Pinocho con su peto amarillo y su nariz se hacían sitio a empujones entre el impaciente Simbad el Marino y el Lobo Feroz silbando.

La respiración se me paró y tuve que aparcas para recuperarla. Los ojos de mis personajes preferidos se clavaron asombrados en los míos, que mudos por la emoción lloraban.

-¿Nos llamaste, no?, dijeron todos al unisono.

Aquella oscura noche yo vagaba a la deriva, triste y sin coraje para enfrentarme al final de un día difícil y complicado. Asentí con timidez, moviendo torpe y levemente la cabeza.

-¡Te acompañamos a casa, no te preocupes!

Hacia un rato que en la emisora sonaban otras canciones, pero yo ya no las escuchaba. Era imposible porque todos hablaban al mismo tiempo, se atropellaban con sus palabras de consuelo y ánimo.

-Nos ha encantado verte de nuevo. Estás muy guapa, me comentó Simbad con un travieso guiño.

Sonreí por su descaro y bajé del coche.

Tiritando por el frío, entraron uno tras otro en el carruaje de la Reina de las Nieves, que arrastraba enganchado al guardabarros. Juntitos se alejaron por el camino, dejando un difuminado rastro que se perdía en las blancas montañas de mi bola y su cajita de música.

El hechizo se rompió y se hizo un silencio nuevo. No podía moverme y había algo que empujaba el suelo. Una semillita de esperanza crecía a mis pies tan rápida como aquellas habichuelas mágicas. Seguro que en ella encontraría las fuerzas que necesitaba para levantarme mañana.

Mientras el ascensor me subía, pensé que mi insólita vivencia comenzó cuando prendí la radio y aquella exquisita “musiquina” encendió el aire con la nostalgia de un hermoso recuerdo de mi infancia. No había podido oír cuando el locutor dijo cómo se llamaba, pero no era algo que en ese preciso instante me importara.

Klara Laius es el nombre literario de María Concepción Gaudó, quien nació en Zaragoza (España). Es asesora de empresas. Tiene una primera novela publicada en Amazon, *El sueño ajeno*, protagonizada por una joven medio argentina.







**Puerta de silencio**

## PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Yolanda Yanira González Gómez

Encontrar una estación de radio con la que podamos sentirnos “como en casa” es complicado; primero, la música que manejan debe ser de nuestro agrado, obviamente; segundo, la programación no debe resultar aburrida, al contrario, tiene que hacernos casi adictos a no querer dejar de escucharla; un plus es encontrar nuestro programa favorito y ya si entre todo vienen los locutores con los que encajemos entonces seremos fieles radioescuchas.

Historias y programas que han pasado por nuestra vida hay muchos seguramente. Y que nos han marcado, también.

La primera bocanada de aire la tomé cuando tenía once años, me preparaba para ir a un colegio nuevo, estaba parada en la puerta de casa, sin atreverme a salir; cuando el locutor dijo: “Esta es una canción perfecta para iniciar la semana, los lunes son de los valientes, son una nueva oportunidad, no la desaproveches”; acto seguido, escucho por primera vez a The Beatles con atención, cantando “She loves you”.

A partir de entonces, los lunes no son tan desagradables, son una oportunidad.

Pasaron los años, terminé trabajando en España, lejos de la familia, amigos y todo el mundo que conocía y tenía hasta entonces. Fue muy duro, no podía refugiarme en la música ya que lo poco de latino que había en la radio de Valencia era bachata, música de Bolivia y Ecuador.

Hasta que escuché por internet la radio de mi país nuevamente. Fue literal, encender el ordenador en ese octavo piso y escuchar las bromas de los locutores, las palabras con las que crecí y se encendió el aire; se detuvo el tiempo, la distancia se acortó sin saber de fronteras ni mares.

Lloré al cerrar los ojos y dejar que la música me llevara a la habitación de mi madre, casi podía palpar los recuerdos, sentí un abrazo intangible (sí, así de ilógica es la magia que nos transmite la radio) que me confortó y dio aliento para seguir adelante.

No importan las siete horas de diferencia, llevo casi diez años viviendo fuera; es duro para los que emigramos estar sin la familia, amigos, echando de menos el hogar, la comida, los lugares, nuestra tierra. En este tiempo agradezco que nos ayuden a desconectar de la realidad conectándonos a los recuerdos con las estaciones de radio que podemos escuchar por internet sin importar distancias, ya que hacen más llevadera la situación que uno vive.

Por el aire que nos da ese respiro cuando más lo necesitamos y nos saca ese suspiro cuando menos lo esperamos, gracias, por su trabajo, esfuerzo y dedicación.

Atentamente, una radioescucha fiel.

Yolanda Yanira González Gómez nació en México D.F. De profesión masajista, vive en Valencia, España. Ha sido finalista en el concurso Yo, deportista, en Andalucía, España.

## ESCUCHÉ QUE...

Por María Victoria Grillo

Cuando vivía en Barcelona escuchaba una radio barrial muy entretenida cuyos anunciantes eran un grupo de comerciantes vecinos. Sabih, el dueño de la pescadería, Lola, la panadera, Isabel, que vendía artículos de limpieza, y otros minoristas barriales, mantenían con sus anuncios “Puntos de Vista”, un programa que se emitía todas las mañanas entre las diez y las doce.

Recuerdo que la primera vez que encendí la radio y lo escuché, Jaime, el locutor, recibió una llamada de un señor quien dijo llamarse Agustí Prats. El hombre manifestó haber enviado un cuento a un concurso cuya convocatoria giraba en torno a “Depende del punto de vista”.

–Si le interesa lo leo para sus oyentes. En realidad mi trabajo no fue seleccionado, pero se lleva de maravillas con el título de su audición –comentó el señor Agustí Prats.

El locutor le pidió al autor que leyera su cuento, al tiempo que una tos nerviosa invadió el éter que precedió a la lectura de Agustí Prats:

“Juan, apoyado en el tronco de un árbol frondoso para protegerse del sol, observó una mañana como cargaban un camión con bolsas de trigo. Al momento murmuró: ¡Qué buena la cosecha! ¡El dueño de la finca ganará mucho dinero! ¡Y yo que estoy en el paro y no tengo ni para un boleto! Los hombres que transportaban las pesadas bolsas hasta el vehículo, agobiados por el calor y con sus espaldas dobladas, llevaban en sus cinturas una faja negra para aliviar el dolor que ocasionaba tamaña carga. Todos los fañosos observaban a Juan. Uno de ellos dijo en voz baja: ¡Suerte la de ese tipo, que fuma y descansa, seguro que vive de rentas!”

Finalizada la lectura, el locutor recibió cientos de llamadas; eran los vecinos que opinaban sobre el paro, la caída de las nóminas, la situación de los trabajadores del campo, etcétera. El fenómeno de la comunicación se había puesto en marcha. El cuento no premiado de Agustí Prats fue el incentivo.

María Victoria Grillo vive en Buenos Aires, Argentina. Es doctora en Historia por la Universidad de Valencia, España, y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es autora de publicaciones y artículos relativos a temas históricos. Jubilada.

## **A FLOR DE PIEL**

**Por Graciela Groba**

Los cinco ubicados en diferentes lugares de la pequeña cocina con techo de chapa acanalada y paredes sin revocar. Nosotras, las tres hijas, acostumbradas al olor a maderitas y papel de diario; el humo que emana la llamada cocina económica, metiéndose en lo más profundo de nuestro olfato.

A través de la ventana, un pedacito de cielo se recorta entre la enredadera de campanillas azules que tapizan el techo del patio y lo impregnan de un perfume dulzón.

La luna llena, enorme, muestra un extraño halo naranja a su alrededor y sirve para iluminar un poco más el interior de la cocina.

-Ya está la comida, indica mamá.

Todos alrededor de una mesa sencilla, donde sólo un mantel bordado en las orillas le da un aire de importancia a la comida de cada noche.

Se llenan los vasos; mi padre mira el reloj que cuelga en una de las paredes y mientras se levanta para encender la radio, dice:

-Ya es la hora. Escuchen con atención, chicas.

El ruido de los tenedores se hace imperceptible; las voces se ahogan para dar paso al silencio.

La voz grave del actor sale por el parlante de la radio; por momentos me invade la emoción, en otros, la nostalgia. Los diálogos parecen rozar mi piel casi adolescente.

Mi madre, absorta, de vez en vez deja escapar alguna lagrimita, cuando se introduce demasiado en la trama y se identifica con el personaje de esa novela de amor.

Yo percibo hasta el olor del parque después de la lluvia; puedo escuchar el sonido del agua que cae sobre los techos y produce un ruido ensordecedor; imagino el chasquido de la escoba y el rumor de los insectos en los árboles...

El timbre de voz del actor es tan suave y melodioso que, por momentos, parece suprimir emociones propias para entregárnosla a nosotros.

Logro oler su piel con olor a limpio, que se mezclaba con su perfume de sándalo, mientras besa a la amada.

Mi padre, como es habitual, comenta historias y diálogos de la novela, mientras nosotras en círculo, oímos atentas. Son historias de pasión, pasión que emana desde la radio y nos atrapa.

Cuando una toma el hilo de una historia y tira de él, irrumpen otros recuerdos, de manera que, ya sea con risas o con

lágrimas, saltamos de una historia a la otra y nos convertimos en parte de ella.

Con la imaginación a flor de piel, río hasta llorar y lloro hasta reír.

Antes, los años sobraban, luego con el paso del tiempo...  
¡Hasta los minutos cuentan!

Mi papá y mi mamá han pasado ya los noventa años. Ella se despierta en las noches, abre los ojos y no sabe si su entorno es real o sigue soñando. Él llena los vasos sin recordar por qué brinda. Ambos luchan para no olvidar los días, los nombres, para no olvidarse de sí mismos.

Trato de no mirar atrás; no quiero.

Echo de menos esas cenas, los diálogos que han desaparecido para dar paso a otra forma de comunicarnos; echo de menos las risas y las lágrimas, cuando la radio nos unía como familia, con lazos de amor, con una vida de colores.

Esas noches fueron las más deliciosas de todas las noches, durante mis primeros once años de vida.

Noches mudas, como una capa de silencio tendida una sobre otra, y otra más. Como una torta de mil hojas.

Trato de percibir esos olores del parque después de la lluvia, del ruido del agua, del chasquido de la escoba que me daba la radio.

Sólo oigo mi propia voz, deshaciéndose en el silencio...

Graciela Susana Groba vive en Ramos Mejía, Buenos Aires. Es licenciada en Psicología. Confiesa que desde su adolescencia fue adicta a la lectura. Concurrió a diferentes talleres literarios. Obtuvo varios premios nacionales e internacionales. En el año 2011 publicó su primer libro: *Un giro en la vida*.

## MÚSICA DE FONDO

Por Tamara Grosso

Volvía del hospital una noche de noviembre, divagando sobre decisiones postergadas, cuando la radio se obsesionó conmigo y decidió no dejarme tranquila hasta que le hiciera caso. El primer mensaje fue sutil. “Vos que estás dudando, no esperes hasta mañana”. Trillado mensaje que en ese instante pasaba desapercibido para los oídos de los demás oyentes, que esperaban el fin de la tanda publicitaria, pero que para mí podía ser una respuesta del cosmos a la pregunta que deambulaba por mi cabeza. De todas formas dejé pasar lo que en ese momento me pareció una casualidad. Seguramente esa indiferencia fue la que provocó la ira de la radio. No la ira del aparato, ni la ira de esa emisora. La ira de la radio como ente mágico que ese día estaba leyéndome la mente.

El siguiente mensaje fue más directo, aunque aún podía disfrazarse de coincidencia. Al llegar a casa y encender la radio desde la computadora, pesqué por la mitad un relato leído con entusiasmo por el locutor. “Dejá de mentir. Dejá de mentirte. Dejá de mentirle a quien lo único que quiere es perdonarte”. No sólo era raro sentir que desde el éter seguían adivinando mis pensamientos, sino que me sentí tan tocada que me angustié como si el tono imperativo e irónico fuera dirigido a mí. Cambié la emisora. Música, música para distraerme, eso necesitaba. Ahí fue cuando comencé a notar el ensañamiento. Por más que recorriera el dial de punta a punta, cada una de las emisoras musicales se empeñaba en recordarme con frases puntiagudas que me estaba equivocando, que estaba mintiendo y que era una cobarde. “Mírame a la cara y atrévete a contarme”, fue la puñalada en la conciencia que colmó mi paciencia y me hizo tomar la deci-

sión de irme a dormir y dejar de fondo sólo algo de música instrumental.

Incluso la melodía seguía ensañada conmigo, volviéndose cada vez más sombría, llegando a un extremo asfixiante que me hizo dormir mal y tener pesadillas. El consultarlo con la almohada en esas condiciones hizo que esta vez no tomara la decisión de seguir postergando, como todos los días. Tenía algo que decir y algo que resolver, y me tenía que apurar. Todavía tenía un nudo de culpa en el estómago, mitad por haberme dormido con la melodía tétrica, mitad porque sabía que, aunque ese día me animara, ya había hecho mucho mal esperando tanto tiempo. Saqué el café del microondas mientras escuchaba las noticias. No solía escucharlas a la mañana, pero la radio había quedado prendida en la emisora lúgubre desde la noche anterior. Una locutora leía sin ganas. “La bolsa de Nueva York abrió en caída esta mañana”. “Un tigre se escapó del zoológico y dejó tres heridos en Filadelfia”. “Grave accidente en Lomas de Zamora. Una combi arrolló a un hombre que salía de su casa entre las calles Córdoba y Chivilcoy”. Algo se me retorció en el estómago. Vi la luz de notificación del celular encendida. Ocho mensajes. Catorce llamadas perdidas. La locutora estaba dejando de leer y de fondo comenzaba a escucharse la primera canción de la tanda musical. “Ahora es demasiado tarde, princesa...”

Tamara Grosso nació y vive en Buenos Aires. Es estudiante de Ciencias de la Comunicación.

## EL GOL QUE NO CANTÓ LA RADIO

Por Raúl Guadián Delgado

La rueca que mueve los hilos de la memoria de Antonio es la misma que gira el dial del aparato de radio que, indefectiblemente, acompaña su sin vivir diario desde hace más de cuarenta meses, que ya va para cinco almanaques de su encierro en el hogar familiar. Cinco veranos sin ver los campos en primavera por miedo a encontrarse con quien le traiga recuerdos de su hijo.

Situemos el momento para comprender la historia en el minuto ochenta y siete del combate pactado a dos asaltos de cuarenta y cinco minutos más descuento. Nos encontramos en el ring que conforma el campo de fútbol situado a las afueras del pueblo, junto al camino que conduce a la ermita y separa los dos municipios que hoy se enfrentan con la final de Copa.

Afilando memoria, la imagen del árbitro enraizado junto al punto de penalti resulta nítida. Empate a cero y la sensación de que es el momento para la historia de un pueblo que jamás ha ganado nada. Demasiados años arrastrando el carro de la derrota por las lindes de la felicidad son la señal que Berto, el hijo de Antonio, lleva esperando toda su vida. Y solamente él sabe qué le empujó a lanzar la pena máxima a lo Panenka.

Cada giro en el dial de la radio sirve para sintonizar los recuerdos de Antonio aquel día. Empate a cero y todo el pueblo animando para derrotar a los vecinos de cosecha, compañeros de faena y enemigos íntimos en el campo de batalla que constituye la liga regional de aficionados. Lo que sucedió aquella tarde de calores amarillos ya es historia muda de un pueblo que no olvida, pese al caer de las hojas del calendario, aquel 22 de junio de mil novecientos tristeza. Y dicen

que no hay fiesta que honre al patrón que no les acuchille con el recuerdo del penalti del hijo de Antonio el panadero. Del muchacho que lleva casi cinco veranos sin pisar las calles de su pueblo.

Un nuevo giro del dial y, apretando la radio al pecho, retrocede varios años en el carro de la vida para escuchar, con la nitidez que proporcionan los recuerdos buenos la narración del gol con el que Diego Armando Maradona cuajó faena de maestro con la naturalidad del que se toma un té.

Situemos los acontecimientos en junio de 1986 a eso de las doce, cuando aguja sobre aguja y con un coso repleto de sonidos de mariachi, el Pelusa dribló a seis ingleses seis - como no podía ser de otro modo- antes de dar la estocada final al gol de todos los tiempos. Al único. Un gol de diez que no se volverá a marcar jamás, pero que Antonio soñó que algún día repetiría su hijo Berto mientras las radios del mundo entero gritaban a los cuatro vientos la gesta.

Nada sucedió así. Es lunes y nuestro amigo Antonio se duerme en el sofá de su casa con el corazón prieto y la radio encendida. Como todas las tardes desde hace cinco otoños. Esperando que las ondas, transfiguradas en su única ventana al mundo exterior, traigan por fin noticias de su hijo. El mismo que soñó con salir a hombros de la gloria gracias a un penalti a lo Panenka.

Raúl Guadián Delgado nació en Palencia, donde reside. De profesión funcionario, junta letras en sus ratos libres habiendo ganado algún que otro concurso de relato corto en España.

## LAS SECRETAS INTUICIONES DE LOS OÍDOS INTERNOS

Por Miguel Ángel Guerrero Ramos

Esta mañana él ha decidido prender la radio para sintonizar esa emisora que desde hace unos cuantos días ha contado, ha verbalizado, ha comentado y dramatizado todos los detalles de su vida en una radionovela. Una radionovela, en la cual, él, que se llama Marcos Amaya, y que vive en la incoada geometría de un apartamento 406 bastante lleno de anhelos, aunque carente de sonrisas verdaderamente cálidas, escuchó, hace apenas unos cuantos días, la siguiente transmisión radial:

*Hoy, aquel hombre que se llama Marcos Amaya, y que vive en la incoada geometría de un apartamento 406 bastante lleno de anhelos, aunque carente de sonrisas verdaderamente cálidas, se sentirá repentinamente instado por una radionovela a salir de su casa. A salir de su casa hacia una bohemia taberna en donde la música suspirante que, de cuando en cuando, ponemos en esta emisora, escarcha, sublima y enciende el alma de todos los clientes. Una vez allí, Marcos conocerá al amor de su vida y sabrá qué tan desnuda puede llegar a estar el alma en la voz de una persona.*

Marcos no lo pensó dos veces. La voz en la radio lo había convencido. Mil deseos fogosos y apremiantes, por tanto, cabalgaban en las olas de sus mares más íntima y secretamente sumergidos. No, él no lo pensó dos veces porque él quería conocer al amor de su vida. Por eso él se dirigió a aquel bar, a aquel bar dulcemente amenizado por la música de una emisora que parecía entender los requerimientos de los oídos más internos. Y fue ahí, en ese lugar, cuando él la vio a ella, y ella a él, y de repente, mientras ellos se obser-

vaban, un súbito adelanto de aquella famosa radionovela mencionada líneas atrás, murmuró:

*Y fue entonces... fue entonces cuando ellos supieron que debían acercarse el uno al otro y besarse.*

Luego de haber escuchado aquello, la singladura de la vida se tornó amorosa. Sí, luego de ello siguió el amor. El amor y el cabello de ella enroscándose en los sueños de él. Las abrumadoras manos de él haciéndola vibrar a ella. La enfebrecida pasión risueña de ella iluminando el alma de él.

No, él no ha llamado aún a la emisora a contar sus impresiones. A dar un breve registro de todas las pasiones que se encuentran en el fondo de toda hondura sublime. No ha llamado para decir que ha descubierto que la voz puede llegar a dar un número infinito de posibilidades para que la mente invente las imágenes o el futuro. A decir que ha descubierto qué tan desnuda puede estar el alma en la voz de una persona, de un locutor cuya voz guía las secretas intuiciones de los oídos internos.

No, él no ha llamado porque esta mañana él sólo desea prender la radio, a la espera de que aquella radionovela que sabe su vida, le anuncie un nuevo encuentro con ella, con el amor de su vida. Aunque, antes de ello, piensa él, hay que sintonizar adecuadamente la emisora, no sea que esta noche, cuando él se encuentre con ella, las enternecidas caricias de ella le resulten cálidas pero un tanto borrosas.

Miguel Ángel Guerrero Ramos nació en Bogotá, donde vive actualmente. Es sociólogo por la Universidad de Colombia. Ha sido finalista en varios concursos con sus textos. Publicó microrrelatos, poemas, ensayos y artículos.

## DEL OTRO LADO DEL MUNDO

Por Elba Huanque

Estar lejos de casa suele ser motivo para pasar días de nostalgia, los recuerdos comienzan a transportarte a aquellos años en los que todo tenía otro sentido, momentos en los cuales todo parecía ser más sencillo.

Hacia ya cinco años que vivía del otro lado del mundo. Nueva Zelanda era un pequeño país que necesitaba su tiempo para ser descubierto, en cada rincón había algo sorprendente que valía la pena encontrar.

Un sueño me había llevado lejos de casa y era feliz en mi nuevo hogar, pero había momentos en los que deseaba recibir una invitación a comer tortas fritas con unos buenos mates. Ya me había desacostumbrado a tomarlos por la tarde y todo debido a que vivía tomando té, que era lo máximo que podía compartir con los colegas de mi trabajo. Para ellos cebarles un mate era mortal, sorber algo extraño que otra persona, antes, había tocado con su boca y se le agregaba que el sabor les parecía muy fuerte, fuera amargo o dulce. Así, en soledad fui perdiendo la costumbre.

Era una tarde silenciosa, de esas en las que se ve a lo lejos un amenazante nubarrón y se siente en el aire el típico olorcito a lluvia que baja de las montañas. Cuando está a punto de llover todos se resguardan en sus casas, en Hokitika el clima se caracteriza por ser húmedo. La gente está cansada y ya no le parece simpático. En cambio para mí, que había vivido por veintiún años en una zona muy ventosa y seca, caminar bajo la lluvia era glorioso. Sin embargo, esa tarde decidí quedarme en casa.

Para pasar el tiempo, tomé mis lápices y comencé a dibujar, pero me faltaba algo. Estaba muy silencioso y decidí encen-

der la radio, pero no logré sintonizar ninguna emisora. Solían dejar de transmitir cuando se aproximaba una tormenta, para evitar que se quemaran los equipos.

Entonces, decidí encender la computadora. Allí seguro podría encontrar algo. Busqué y busqué, hasta que finalmente encontré una estación que me pareció familiar. Me quedé escuchando y descubrí que era de mi país. Acostumbraba escuchar los programas y me gustaba mucho la música que transmitían. Me hizo sentir acompañada.

Desde mi ventana podía ver las altas montañas y parte de la ciudad. De fondo escuchaba una bella melodía que me trasladaba lentamente a mi niñez. Solía imaginarme en un país extraño, hablando otro idioma, que generalmente inventaba. Me gustaba pensar que causaba curiosidad de dónde era.

El tiempo fue pasando y logré alcanzar mi sueño de viajar. Y siempre la gente me preguntaba sobre Argentina, para mí era muy divertido explicarles nuestras costumbres.

Mientras deslizaba el lápiz al son de la música, sonreía recordando. De repente esa sensación de triste soledad se fue disipando, el día afuera estaba gris pero en mi hogar era de todos colores, lleno de música y de risas que yo misma producía. Haber logrado encontrar una buena amiga, llamada radio, hizo que estuviera con mi familia, mis amigos y con maravillosos momentos vividos.

Elba Guillermina Huanque nació en 1991 en Zapala, Neuquén, donde reside. Fue seleccionada en cuento y poesía 2012, selección de las provincias, por *Entre bosques y lagos*, editorial Dunken.

## DÍAS DE AMOR Y RADIO

Por Julia Edith de la Iglesia

Cecilia apuraba el último sorbo de té antes de ir a su clase de Educación Física. La perspectiva de caminar catorce cuadras hasta el colegio secundario en donde cursaba sus clases en realidad le parecía sumamente deprimente. Cuando se tienen dieciséis años algunos hechos de la existencia constituyen banalidades en las que resulta intolerable perder el tiempo.

Además, en esos momentos el locutor de “Esa vieja música de locos”, por radio Mitre, ya había anunciado, confundiendo su voz con los primeros acordes de la canción, “Melodía desencadenada”, en la versión de Righteous Brothers.

El inglés de Cecilia era bastante precario porque no había accedido a los beneficios de una temprana educación en esta lengua, por lo cual amaba una canción cuyo significado comprendía a medias. Pero no era eso lo que más le preocupaba. Existía en su experiencia de escucha algo de sublime que no acertaba a explicarse cabalmente.

Sentada en una silla, en la soledad de la cocina de su casa, sólo eran ella, la radio y la música. A la hora de la siesta nadie interrumpía y por lo mismo todos los habitantes de la casa se asemejaban a espectros anónimos de los que no se sentía muy inclinada a hablar.

El aparato de radio le pertenecía en exclusividad. Dado que sólo su interés había logrado preservarlo, una vez que la muerte de su anterior dueña, la abuela Eloísa, derivó en el natural desguace de sus pertenencias.

Por eso cada tarde ella tenía su tiempo perfecto. Nada interfería, amaba su silencio y los sonidos que le llegaban por su propio designio. No debía comprender ni enfrentarse a las perspectivas del futuro incierto y su capacidad de construir

futuros en su imaginación febril era ilimitada. Las fronteras se diluían y la música que salía de esa caja mágica se reproducía y prolongaba en la musicalidad que adquirirían tantos sueños y promesas...

Años después, una tarde día se encontró tomando un café en la misma cocina de su casa. Con la misma certeza de que nadie iba a interrumpir su soledad. Sólo que por diferentes motivos. Estaba sola porque el tiempo regaba sus muertos y a ella le había arrojado los suyos.

La radio de la abuela Eloísa ya no estaba. No recordaba cómo y cuándo había ocurrido su final. Pero Cecilia necesitaba aquellos viejos sonidos y la omnipotencia de la creencia en lo posible.

Hubiera querido reconstruir la secuencia de lo ocurrido para recordar por qué hacía tantos años que había perdido el contacto con su caja mágica. En cambio, prefirió una vez más adjudicarle al paso del tiempo la sensación de pérdida y desolación.

Advirtió, pese a tantas mudanzas que existía algo perenne. Cuando volvían a ella los ecos de “Melodía desencadenada” su memoria emotiva tenía un encuentro triunfal con la profundidad de sentimientos e imágenes que aún la habitaban, y la conectaban con esas dimensiones de lo trascendente que hacen al amor sublime, por estar omnipresente sin que se objetive en ningún rostro en particular.

Julia Edith de la Iglesia es del '74. Nació y vive en Arrecifes, provincia de Buenos Aires. Es profesora y licenciada en Historia, con posgrado en Ciencia Política y Sociología. Cursa la Maestría en Relaciones Internacionales. Ha publicado en antologías y en forma individual. Algunas de esas obras son *La saga del caracol y otros relatos* (2009) y *Sombras que amo* (2012), ambas por editorial Dunken.

## PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Jana Iglesias

La culpa fue de las ondas que lo embrollaron todo y consiguieron hacer de las noches ratos de livianas presencias. Nunca le faltó la compañía y aprendió palabras que hubiese dado por imposibles. Nunca dio por muerto el sonido y los oídos se le acostumbraron a las voces, a cada cual más familiar.

Sus padres les pusieron cada noche la radio porque en su casa decidieron que no entraría televisión alguna y eso fue verdad. De día sintonizó la música y las palabras que la estimularon. Encontró las historias exactas y la frecuencia de la vida y creció como quien no sabe estar sola.

Paseó las maletas por el mundo pero visitar un local con la radio encendida fue siempre como entrar en casa. Pasaron los años y la cotidianidad se reveló como la más gris de las realidades y no pudo hacer más que agradecer cómo la escucha mantuvo siempre viva su imaginación, cómo alzó muros que la hicieron leer en resguardo de todo lo demás.

Prendió la radio y, efectivamente, se encendió el aire como venía haciéndose desde la antesala de los tiempos, de los tiempos que parecen no respetar el hecho de callar cuando alguien habla desde lejos.

Jana Iglesias nació en Mollet del Vallès (Barcelona). Es arqueóloga de formación actualmente en paro. Tiene antecedentes literarios resumidos en algunos premios literarios de carácter local y escolares. No ha publicado hasta el momento.

## AEMEEFEEME

Por Nicolás Lértora

Recorren, volantes, el aire, luego de dar el salto, las voces, que me despiertan, crujendo en mis oídos, mínimos, los huesos que descifran la turbidez del sonido, que encienden de a poco la caverna fantástica, luminiscente, de la música que dibuja, loca, la fantasía, equívoca, bestial, onírica, fugaz, dulce y genial de las palabras que me recorren voladas, por el aire, luego de dar el salto en las voces que despiertan crujendo en mis oídos, mínimos los huesos que descifran la turbidez del sonido que incendia la cueva fantástica, alegórica y luminiscente, de la música que dibuja loca la fantasía: equívoca y bestial y onírica y fugaz de las palabras dulces que luego de dar el salto en las voces que me despiertan crujendo se esfuman libres. En mis oídos mínimos los huesos. ¿Qué descifra la turbidez del sonido que enciende de a poco la caverna fantástica? Luminiscente, la música, dibuja loca la fantasía equívoca y bestial, onírica y fugaz. Dulce genial de las palabras que recorren, volantes, el tiempo y el aire. Luego, dar el salto. Las voces que me despiertan, crujendo, se esfuman. Libres, en mis oídos, los huesos mínimos descifran. La turbidez del sonido, de a poco, incendia la caverna de fantasmal luminiscencia. La música dibuja la fantasía loca de que lo equívoco es bestial y lo onírico es fugaz. Qué dulce, las palabras recorren el aire, y yo, volante.

Nicolás Lértora nació en Neuquén. Es Psicólogo.

## HOSPICIO

Por Víctor Hugo Lincon

“Nada por hacer esta noche ya se acaba...”, me dice la radio y de pronto, la angustia y el recuerdo del hospicio y me llevan a la reseña del hombre que he sido, para confundirme en las madrugadas desiertas de mis sombras. Miro hacia el espejo, y hay un hombre que me mira desde el hombre que lo había mirado y se había mirado y comprendo que es tarde, demasiado tarde para regresar a los senderos de las palabras y las memorias. Entonces, prendo un cigarrillo y me dejo llevar, hacia los sonidos de la radio y a los rumores del otoño que me acompañan desde el crepitar de los robles, devenidos en hojas amarillentas, que se pliegan hacia mí, como una imperturbable mortaja de hojas y polvo, ante el frío que avanza.

“...Suenan los violines en el bar...” otra vez la voz que me lleva al tumulto y a los parques, rescatándome de mis propias tinieblas, que me sumergen en oscuros laberintos, para confundir mis escasos momentos de claridad, y no pueda hilvanar alguna idea que me ayude a develar el rostro de las palabras. Voz que me lleva a largas vigiliadas de patio, sentado y absorto, hasta que la noche me provee una recorrida mortal por la intrascendencia del mundo y la imponentia del espacio abierto... abierto de antorchas y de irreverencias.

Entonces, mientras intento regresar a los bosquejos que he sido de mí y que he delineado en el espejo que no me refleja, se abrió la puerta...

-Hey, tenés visita -gritó un guardia desde el fondo del pasillo. Afeitate y cambiate las pilchas que hoy es domingo...

-¿Quién va a venir?

-Que sé yo, pero tenés que estar preparado.

-Está bien...

Era el mismo tipo de los domingos, con los mismos anteojos, con la mirada de Freud y con el aire a Edipo bien resuelto. Era el único capaz de indagar mi angustia, proveniente de una familia inexistente y del sabor a herrumbres de pasillos, a tardes largas y a profundos silencios de muerte.

Mientras, el cielo gris se asoma con ternura detrás de las ventanas estrechas de la sala, el hombre dejó un portafolio al costado, se sacó el gabán, prendió un cigarrillo, me invitó uno y se sentó frente a mí.

Observamos la ventana y nos absorbieron las curiosas y plásticas figuras que formaban las nubes blancas sobre el gris de la tarde. Por un momento, eran puños solitarios hacia el cielo rompiendo cadenas y grilletes... luego se difuminaban en multitudinarias marchas peregrinas... luego era el hombre de la cruz, de largos cabellos desordenados y sin rumbo... luego, alguien abría un jarrón y salía una serpiente. Cuando el cúmulo de nubes se deshizo en un tumulto de garras, de humo y de fronteras, el hombre giró sobre su tronco, apoyó las codos sobre los respaldos del sillón, cruzó los dedos de las manos y apoyó el mentón, y me miró... y el sonido regresó "...la cansada radio entona, fábulas de amor..." qué raro, este tema no lo esperaba del Metrónomo. Aspiro y el sabor del tabaco alivia la angustia que me atravesaba. Miro el deshacer del humo celeste y me hieren las rejas, los candados y los viejos pasillos olvidados.

Giro y el hombre no está... tal vez nunca vino. Sigo solo con mi vieja radio emitiendo suaves sonidos nocturnos, que me dicen que alguna vez saldré y que me recuerdan que es demasiado frío el hospicio.

Enciendo, y en el humo celeste reconstruyo tu rostro, y entonces sí, sí, vuelvo a percibir el caer del rocío sobre mi rostro y a entender que las flores de primavera alguna vez teji-

ron aromas en el jardín de mi memoria. “...Es la oportunidad de irme de aquí...”

Víctor Hugo Lincon nació en Río Gallegos, Santa Cruz. Es empleado.

## **MI MAMÁ NO ME MIMA**

**Por Sebastián López**

Prendí la radio y se encendió el aire, ése que había dejado de soplar hace ya bastante tiempo. Ese aire de hogar que creía se había extinto dentro de mí para siempre.

“...Y si llama él no le digas nunca que estoy, di que me he ido...”

La voz de Mercedes Sosa sonando en la radio me invade, me transporta, me lastima. Vuelve a abrir heridas que creía ya se habían sanado.

Recuerdo su rostro cantando esa misma canción casi todas las mañanas. Recuerdo aquel CD que partí por la mitad para no escucharlo nunca más. Recuerdo mi mano golpeando la puerta del baño ese mal día, el tema sonando a todo volumen como única respuesta, la patada con la que derribé la puerta, y sobre todo recuerdo su cuerpo desnudo en la bañera, con el agua teñida en sangre. Me acuerdo de sus ojos

azules sin vida mirándome, y que ésa fue la última vez que le dije mamá en voz alta, mientras las lágrimas se abrían paso entre mis ojos.

Sé que la extraño, aunque intente convencerme de lo contrario. Estoy seguro de que no fue la mejor madre, pero yo tampoco fui el mejor hijo. Por las noches cuando cierro los ojos y me quedo dormido, todavía sueño con nuestra última conversación:

-Te quiero mucho hijo, me dijo esa noche mamá mientras me abrazaba. Yo me había quedado callado, supongo que me correspondía contestarle algo, pero no supe qué decir.

Es natural que todos crean tener a la mejor mamá del mundo, yo no. Antes sí lo pensaba, pero ahora ya no. Con los años las verdades se asoman, al crecer uno descubre que la realidad no siempre es buena, que la vida suele ser injusta.

La familia no se elige, donde se cae se cae, y yo caí en ésta. Una familia medio rota, una familia de dos, una madre con su hijo y ahí se termina. Una mamá que no me supo dar un papá, pero que para remediarlo intentaba darme uno diferente cada dos o tres meses. De la mayoría de sus novios ni siquiera me acuerdo los nombres.

Calculo que fui hecho sin amor, en cinco minutos, un polvo, un forro pinchado de los que usó mamá cuando apenas tenía dieciséis, en alguno de esos campamentos hippies que hacía con sus amigos. Probablemente, ni siquiera ella sepa de quién fue el espermatozoide que le infló la panza. Imagino que seguramente, también soy el aborto que mamá se hubiese hecho, de haberse animado, soy el imprevisto que arruinó su adolescencia, que le dio fin a sus fiestas, su hijo bastardo.

Con el tiempo dijo que aprendió a quererme, a aceptarme.

Nunca me hizo falta nada, cariño tal vez, más atención, que me quieran en serio, pero no creo que esas cosas representaran para mamá necesidades básicas; la comida, la ropa, una casa, ir a la escuela, ésas sí.

Sueño con Mariana soltándome de su abrazo, dándome un beso en la frente, y de cómo se quedó mirándome esperando a que dijera algo. Recuerdo que le sonreí como hago siempre, y que mirándola a los ojos le mentí. Yo también.

Sebastián López nació en Buenos Aires. Vive en Barracas. Estudiante de Artes Audiovisuales (IUNA)

## **DIAL DE UN VIAJE**

**Por Nuntxi López Unanua**

Carrasqueaba como una tos de madrugada cada vez que atravesábamos una pendiente o cuando los neumáticos nos zarandeaban en una curva cerrada. Cuatro amigas que no paramos un solo momento de charlar, reír, tatarrear canciones y darle a la *ruedilla* para sintonizar nuevas emisoras. Viajábamos en un pequeño coche de segundo mano que un vendedor sin escrúpulos nos endosó con verborrea chispeante y mucha sinvergonzonería. Yo llamé al vehículo “nuestra pequeña tartana mágica” porque no había límites en nuestros sueños y el mundo era pequeño.

Este planeta ha resultado ser más esquivo de lo esperado pero la ilusión sigue intacta. Cuando hay temporadas que las cosas no van bien y la tristeza me embarga, entonces pongo

en marcha el *plan de choque*: cierro los ojos, elimino lo que haya en ese momento en mi mente y me concentro en escuchar las melodías de aquel viaje. Es un eco feliz aunque nunca sea la misma canción. El sonido de mi felicidad es, precisamente, *ese* peculiar murmullo de la radio en la pequeña tartana. Está dentro de mí.

Nuntxi López Unanua nació y reside en San Sebastián, Guipúzcoa, España. Es comunicadora. Fue finalista en 2011 y 2012 en el Concurso Relatos Mujeres Viajeras convocado por el portal MujeresViajeras.com

## **INTRIGA**

**Por Alejandro G. Lucastegui**

Es la quietud del espacio, infinito y vasto,  
apenas  
sutilmente  
rasgada  
por  
la onda portadora.

Una y otra vez leo y vuelvo a leer cada página del expediente, resta un lapso de tiempo muy limitado para que se inicie una nueva jornada. En acotadas unidades de tiempo otro ser habrá sido juzgado por el crimen que se le imputa.

Durante eones mis predecesores cumplieron con la responsabilidad que hoy me honra y he de velar por el continuum perpetuum.

¿Quién puede pretender alterar el orden establecido sin salir indemne de dicho atrevimiento?

Dirijo mis pasos a la habitación donde mi pequeño retoño descansa, lo cobija la gracia y protección de la estabilidad lograda por nuestros ancestros. Observo la placidez del reposo, intento intuir sus sueños.

Unos pasos más me llevan al lugar donde la mujer que me fue concedida duerme dulcemente, mi pecho se inunda de orgullo al saber que luego del amanecer habré contribuido una vez más para que la dicha sea eterna.

Pienso en abrazarla, besar su espalda y dirigir mis manos a sus hermosos senos para luego bajar mis caricias hacia ese lugar que tanto placer me regala.

De repente el encanto se ve perturbado.

Al comprobar inconscientemente que nadie puede observarme, busco entre las pruebas que se acumularon contra del traficante de información. Luego de apartar una cantidad casi interminable de papeles encuentro el peligroso receptor de radio.

En forma casi silenciosa lo activo y tras un tenso instante de vacío las palabras vuelven a escucharse.

Alejandro G. Lucastegui nació en Bahía Blanca, Buenos Aires. Vive en Paraje China Muerta, Neuquén. Trabaja como Técnico Electrónico en la PIAP. Participó en las publicaciones independientes *Póstuma* y *Antilogia*.

## LA CAJA SONORA

Por Agustina Laura Maini

Como todos los santos días de su vida, el despertador cumplía fielmente con su propósito sonando a las cinco y cuatro a.m., ni un segundo antes ni uno después. Aníbal tenía un serio problema con las supersticiones, especialmente con los números impares. Atribuía su mala suerte evocando todo tipo de relación entre sus desgracias y estos números, al extremo de personificarlos como “seres despreciables”.

Era un hombre que a sus ochenta y tantos, se había apegado a su rutina como si ésta fuera su mayor reliquia, por lo que cada mañana se levantaba a preparar su jugo de naranja con dos tostadas cubiertas de mermelada de arándano prendiendo esa caja que llenaba su alma, casi instintivamente.

No leía mucho los diarios, sostenía que cada editorial “*usaba la tinta que quería, para dar un color diferente a una misma noticia*”. Prefería la radio sin lugar a dudas.

Desde pequeño, en su familia era una tradición reunirse a escuchar partidos, música, noticias y hasta historias relatadas oralmente, lo cual significaba todo un ritual de preparación: las mujeres eran las encargadas del agasajo y de vigilar a los críos que iban y venían jugando en plena inocencia, mientras que los hombres tomaban cerveza jugando al truco, en espera de que todo esté listo para dar comienzo a la gran reunión.

Aníbal nunca podrá olvidarse de aquella vez en que sus padres habían ido a visitar a una tía abuela que vivía en un pueblo cercano de Colonia Marina, su lugar natal. -Sólo tardaremos un par de horas- fue la frase clave para cometer el crimen perfecto: prender la radio sin que sus padres estuviesen allí.

Una vez que escuchó a los caballos andar, comprobó que no había cabos que pudieran atestiguar su travesura e inmediatamente se dirigió hacia la repisa sagrada que se encontraba en el medio del comedor. De lo que no se percató fue de la altura que lo separaba; tenía sólo nueve años y la estantería le parecía inalcanzable.

Buscó en el “galpón del rejunte” un viejo banquito azul y con mucho esfuerzo lo llevó hacia el área del delito. Se subió a ese pedazo de madera con un poco de miedo, pero sin embargo fue mucha la delicadeza con la que procuró bajar la radio colocándola en una pequeña mesa de cristal que se encontraba en la sala de estar.

Escuchó Schubert y Chopin toda la tarde hasta que en un momento, justo cuando había decidido limpiar los rastros del crimen poniendo todo en su lugar, la transmisión se cortó de repente.

Aníbal jamás podrá olvidarse del escalofrío que corrió por su cuerpo cuando los padres llegaron a su casa y de los coscorriones que se ligó culpa de esa inocencia infantil por el afán de hacer una chiquilinada.

Desde entonces aprendió a no desafiar los recaudos de sus padres y hasta el día de hoy, se sienta todas las tardes en sus tiempos libres a escuchar la melodía que sale de esa caja marrón con dos botones en su delantera, que sincroniza la transmisión hasta que la batería se acaba.

Agustina Laura Maini nació en San Francisco, Córdoba, el 6 de febrero de 1996: tiene dieciséis años. Es la primera vez que participa de un concurso literario.

## LA RADIO EN MI MUNDO

Por Elena Beatriz Maggi

Recuerdo las ardientes siestas en verano y las escapadas a la casa de mi abuela, mientras mis padres cabeceaban un sueño. Debía cruzar un descampado poblado de mariposas, talitas (árbol autóctono por la zona de Bell Ville, al sureste de Córdoba) y matas de poleo. ¡Qué corrida! La tierra se volvía arena calcinada por un sol que no daba tregua en el mes de enero.

La casa de mi abuela Etelvina era humilde, creo que asentada en barro, y... ¡era un vergel!, con enredaderas de campanitas y madre selvas sobre el alambrado que daba hacia la vereda de tierra, donde una enorme palmera coqueteaba con las glicinas lilas y blancas. Yo sabía que a esa hora la iba a encontrar lavando y blanqueando la ropa al sol mientras silbaba y canturreaba junto al cantor de la radio, algún tango que, seguramente le traía la nostalgia de sus años de juventud, cuando solía cantar en el parque de diversiones propiedad de sus hermanos. La radio era alimentada con batería, porque en la casa de mi abuela no había electricidad, usaba un acumulador con forma de caja de zapatos grandes y negra, que cuando se descargaba la llevaba a cargar nuevamente. No sé qué duración tendrían esos acumuladores de energía, porque recuerdo que en su patio había muchos de ellos con todo tipo de plantas. Eran los tiempos donde a todo se le daba algún uso.

En los inviernos la radio estaba en la cocina donde mi abuela seguía silbando y canturreando junto al cantor de la radio, pero no blanqueando la ropa al sol sino haciendo tortas fritas. De ahí seguro nació mi amor incondicional, un romance para siempre hacia la radio y la música.

Con el correr de los años quiso la ventura que la radio de mi abuela llegara a mis manos, ocupando un lugar muy especial en mi casa y en mi mundo.

Elena Beatriz Maggi nació en Bell Ville, provincia de Córdoba. Es cantante. En Buenos Aires estudia canto. En los '80 cursó cancionística en SADAIC, curso desarrollado por Homero y Virgilio Expósito. Obtuvo el segundo premio en el III Certamen Internacional de Poesía Atiniense 2012, organizado por Atina Argentina.

## **PAS COMME D'HABITUDE**

**Por Elena Marqués Núñez**

Magdalena Rangel, tras el último entierro, no conoce la prisa. Fuera, la ciudad se sacude los restos de la noche. Un murmullo creciente le recuerda que aún hay gente que vive y se desvive; que, empujada por la inercia o la irreflexión, se empeña en seguir con sus cartas, sus dados y sus laberintos. (Hacia donde conduzcan acaso es lo de menos). Un bar abre las puertas y el camión que descarga atora la salida de una calle.

-¿Va para largo, buen hombre?

-Enseguida me aparto.

La mujer se desliza hacia el espejo y el azogue le devuelve un rostro derretido por la ausencia.

Entonces, con un gesto, se borra las señales de las lágrimas, se detiene en la ducha y acude a la cocina, donde un café la espera. Y mientras revuelve en la despensa por ver si hay algo que echarse a la boca prende la radio y la siente.

*«And now, the end is near,  
and so I face the final curtain».*

No es lo que necesita escuchar, un maleficio preciso y cortante como el cuchillo con que desmenuza las tostadas.

Pero la melodía se extiende por los azulejos y el enlozado igual que si la orquesta se apostara entre la fresquera y el lavadero y la sacudiera del delantal. La canción le recuerda a Fernando, a su Fernando muerto, recién enterrado y presto a disolverse entre los pliegues acuciantes del olvido, y la voz de Sinatra le alegra los gestos y piensa que aún hay tiempo de estrecharlo en las mañanas, aunque sea en la voluble forma del recuerdo, antes que el telón caiga sobre la escena y ella se arroje de nuevo entre las sábanas y ya no haya camiones de descarga más allá de la noche y la fría amanecida.

«Cántala otra vez, Frank».

Nunca imaginó que la consciencia de la vida la hiciera tan feliz como en aquel instante; que, al prender la radio, se encendería el aire y aún, entre los ecos de *My way* y el susurro de las zapatillas, se le encajarían unos crecientes deseos de sonreír.

Elena Marqués Núñez (Sevilla, España, 1968) es correctora de textos. Además de haber obtenido varios premios literarios y publicado en diversas antologías, es autora de la novela *El último discurso del general Santibáñez* (ediciones Oblicuas, Barcelona, 2012).

## **CAMIÓN DE LIMPIEZA**

Por Omar Marticorena

El Tano maneja, yo acompaño. Es el jefe y se hace respetar. Calza la 45 en la cintura. El trabajo es simple. Enlazamos de noche perros vagabundos.

Vamos al bar antes de laburar.

Ocupamos una mesa frente a la ventana. Me levanto para ir al baño. Paso junto a la silla de un gordo, cruza la pierna y dice “no seguís sin arrodillarte y besarme las pelotas”. Fue decir, taquearme y doblarme en dos. Quedé entre sus gambas, humillado. Miro al Tano, hace señas de morder, se levanta y acerca. Pongo mi mano entre las piernas del obeso, aprieto con los dientes su sexo, hundo mi cabeza en el estómago. Se retuerce. No llega a caer. Con un gancho en la mandíbula el jefe lo endereza. Un aullido profundo, de perro violado, crepita por el salón.

Sus compañeros amagan intervenir. El Tano coloca la 45 en la boca del gordo quejoso. Reina silencio. El dueño del bar reza.

“Déjense de joder si quieren seguir viviendo“, escupió el capo, mientras guarda la pistola, ayuda a levantarme y salimos.

Emprolijamos los cuerpos, cambiamos miradas cómplices, subimos al camión y comenzamos la rutina. Sintonizamos una FM. El locutor de voz engolada dice: “Escuchá el aullido del perro solitario y nocturno que te acompaña”.

El informativo de las dos dio cuenta del suceso. “Jóvenes al parecer drogados causaron destrozos en un bar de Colón al mil. El dueño fue golpeado. Todo comenzó cuando dos basureros patotearon a un motoquero“.

No hicimos comentarios. Cumplimos el trabajo. A las seis rumbeamos hacia el depósito, bajamos los perros. El Tano saca la pistola, dispara. Los animales van cayendo. Sus aullidos semejan a los de la radio.

“A esos hijos de puta motoqueros habría que tratarlos igual”, dice el jefe. Me alcanza el arma, apunto, tiro y bajo varios cuzcos.

Rumbo a casa, el locutor invita, “escuchá el llanto del perro solitario, ladrá conmigo”.

De mañana leo el diario. El dueño del bar nos responsabiliza de todo salvando al gordo y compinches. “El viejo cagón nos echa el fardo”, dice el jefe.

Cambiamos lugar de encuentro evitando posibles sanciones laborales.

Una noche, siguiendo perros enormes, encontramos al Gordo tratando de arrancar la moto. El Tano lo encandila desde el camión. El hombre nos reconoce, trata de huir. Mi cumpa, ducho con la soga, lo enlaza y obliga a subir a la caja junto a los mastines. Seguimos viaje escuchando los gritos del obeso saboreado por animales hambrientos.

En la FM el animador dice: “Gordo, esta canción te la dedican canes que aúllan por vos en la noche del perro solitario”.

El chofer encamina el Ford hacia la quema. Para junto a una montaña de basura, bajamos al hediondo. Saco mi 45, vació el cargador. El jefe, sonriendo cómplice, dice: “Vamos pibe éste no jode más”.

La radio nos alienta: “El ladrido del perro solitario en tu sintonía y hora preferida te acompaña”.

El boletín de las tres da cuenta de una moto abandonada. El de las cinco comenta sobre “unos tiros escuchados cerca de la quema, luego ampliaremos”.

Omar Marticorena nació en Huanguelén, provincia de Buenos Aires, en 1942. Es periodista y profesor de teatro. Vive en Neuquén.

## **DIALES DE ESPERANZA**

**Por José Luis Martínez Azpilicueta**

Se llamaba “Filis” y simplemente era la reina de la cocina. Aupada en su estante labrado por el ebanista, ofendía al santo que desde su peana la observaba escandalizado por sus estridencias, sobre todo cuando el generalito se dirigía a la nación desollada.

Pero en cuanto finalizaba la arenga, nos dejaba girar el botón hasta topar en una esquina del dial con la emisora

proscrita. Hasta que un día nos pilló mi padre y con voz trémula advirtió que si se enteraba el cabo de la guardia civil, que todo lo sabía, porque todo se lo contaban, nos metería a todos en la cárcel, ella incluida.

Así que despavoridos nos íbamos a jugar mientras mi madre se dejaba mecer por la suave brisa de la sintonía de Doña Elena Francis. Para colmo nos dábamos de bruces con todas las fuerzas vivas del pueblo ocupando sin remisión la calzada: el alcalde con su vara de fresno presta a sacudir a capricho en alguna nalga; el cabo de bigote embetunado oteando a diestro y siniestro; el médico dando ejemplo siempre con su farias al morro, y Don Sebastián con su sotana de treinta y tres lentejas enlutadas, alguna a punto de desertar a causa de la enorme tripa entonada en bautizos, comuniones y demás eventos.

Más vale que para escapar del cerco establecido y desahogarnos un rato, nos íbamos a casa de Don Demetrio, el arreglador de radios, chavales, decía, quietos todos, que aquí se juega la vida el artista, y allí estaba toda la mesa repleta de lámparas, carcasas, transformadores, voltímetros, rollos de estaño y el estañador echando humo, y cuando ya nos tenía a todos serenos nos miraba fijamente y exclamaba con una voz que no parecía la de él: “Y en ese cuarto, encerrados hasta la noche, están todos los personajes que oís por la radio, a las doce en punto los voy metiendo en cada aparato”, y de nuevo nos quedábamos pasmados, otra vez a correr para llegar a tiempo al rosario radiado, todos de rodillas, el Padre Venancio, pero qué santo, qué gloria de hombre...

Menos mal que también teníamos nuestros programas. Sentados en el suelo con el pescuezo retorcido mirándola sin pestañear, esperábamos que en cualquier momento saliera Supermán volando escapando de la criptonita y del malvado hombrecillo de la quinta dimensión que se reía con carcajadas estruendosas cuando el hombre de acero llamaba a su

novia: “Luisa, Luisaaa...”, y los jueves con las aventuras de “Jim Foscao”, siempre en los desfiladeros tendiendo emboscadas a los indios, el héroe de la pradera, así que luego queríamos leche con “foscao” a todas horas, y por fin llegaba la hora de irse a la cama y yo soñaba que entraba al cuarto del señor Demetrio, y allí estaba el Matías Prats, “Hola, majo, pasa que te enseñe”. Y otra vez el caudillo, que me dijo el Matías que parecía que tenía cuerda: “Mira con lo que yo hablo, pues al lado de él, un ‘cortao’ ”.

Estaba Doña Elena en su consultorio pintadito de rosa, el padre Venancio roncando como un bendito, la “Saeta Rubia” chutándole balones con efecto a Ramallets, también estaban los que hacían llorar a mi madre en la novela de la tarde, y en eso que me despierto por culpa de un ruido que venía de la cocina y a oscuras por el pasillo reptando como los indios en el serial, asomo mi cabeza por la puerta entreabierta y veo a mi padre en calzoncillos con la oreja pegada a ella, y cuando comenzaba a recular escuché pasmado la voz del locutor maldito: “Aquí radio Pirenaica”.

José Luis Martínez Azpilicueta nació en Villanueva de Aézkoa, Navarra, España, el uno de noviembre de 1947. Está actualmente jubilado y vive en Pamplona. Fue finalista del IV Concurso Relatos (R.N.E. y La Caixa) para mayores con el texto *Programa: Juntos paso a paso*, y finalista en el I Certamen Internacional de Microrrelatos *Los Alephs*.

## RECUERDOS DE AM Y FM

Por Romina Mazzaferri

Mientras me preparaba para ir a la escuela, escuchaba las noticias y el clima del día por AM. Al tiempo, vi a los locutores por televisión ¡pero no eran como los imaginaba! Al escucharlos me imaginaba sus rostros y, al verlos, casi nunca coincidieron con mi imagen mental.

Más tarde, en la adolescencia, cambié de frecuencia y la radio cambió conmigo. Comencé a buscar “mi” radio entre las de FM.

Dejaba el casete listo para grabar mi canción favorita y si no estaba en el ranking, llamaba para pedirla. ¡Ah, qué momento el del llamado! Siempre daba ocupado. Pero ¡cómo latía el corazón cuando del otro lado sonaba el teléfono! La primera vez, de los nervios, corté.

Entonces me anoté qué decir y, con el papel en mano, llamé nuevamente. Insistí, insistí. ¡Por fin! Leí mi escrito simulando naturalidad y, después, esperé paciente que pasaran mi mensaje. De repente ¡estaba saliendo en radio!

El casete grabó mi mensaje y la canción por la mitad (los locutores siempre hablaban sobre la canción). Pero no importaba. Yo había salido en la radio.

¡Mi voz estuvo en el aire!

Romina Mazzaferri nació el 8 de noviembre de 1978 en Buenos Aires, donde vive. Es licenciada en Comunicación y periodista independiente, y como tal publicó artículos de actualidad en revistas de Buenos Aires, medios de internet y publicaciones internacionales. Planea dedicarse a la docencia en Comunicación.

## UN GESTO

Por Carina Rita Medina

Desde pequeña fui incapaz de un mínimo gesto de ternura a la mañana. Como si hubiese nacido sabiendo que iría siempre a la escuela temprano, que elegiría un trabajo de primera hora.

He vivido siempre la salida del sol del verano como una afrenta; el sonido del despertador, cuando aún es noche en el cielo y es de día en el mundo, como una condición de tortura. Por lo que sea, soy incapaz de un gesto de ternura a la mañana.

Mi madre me reprendía en histéricos despertares. Mi papá decidía no hablarme y seguirme la corriente, dejar que se me pase. Mi hermano menor solía dejar la mitad de su mate cocido en la mesa, para que yo tomara algo, porque el desayuno tampoco me era aceptable.

Tuve un marido que me obligaba a salir afuera para que me despertase el aire fresco o me ofrecía baños helados y amargas infusiones.

Incapaz de un gesto de ternura, sin verdaderas razones, ni condiciones evidentemente traumáticas. Dijo la psicóloga: No le gusta la mañana.

Mi hijo, a los nueve años, entendió. Me miró, muchas veces, como nadie.

Y, un día, antes de saludarme, antes de todos los antes, fue a la cocina. Mientras yo ponía mecánicamente la pava, él se subió a una silla grande y trepó hasta alcanzar el aparato y prendió la radio, la que yo escuchaba contenta todas las noches.

Aquel simple acto se volvió ritual diario.

La radio se enciende antes de que mamá abra del todo los ojos... y, de a poco, se va incorporando al mundo, frente al mate.

A veces, salgo abrazando al jovencito en que se ha convertido mi hijo, de costado, que ya no necesita silla alta. Y hasta cruzamos alguna palabra sobre el micro gremial que nos convoca a salir a la calle.

Carina Rita Medina nació el 14 de septiembre de 1979 en la ciudad de Córdoba. Es docente, profesora en Letras, profesión y oficio que, como dice la autora, “a mi madre no le terminará por agradar nunca”. Pero agrega: “Un día gané un concurso de poesía”. Actualmente vive en Neuquén capital.

## **DEL POR QUÉ ESPERO LA MEDIANOCHE DE LOS SÁBADOS**

**Por Leonardo León Melo Reyes**

Aún recuerdo cuando tuve mi primera radio propia. Para entonces tenía nueve años. Corría el año de 1985 y recién mi mamá compraba un televisor. Recuerdo su llegada porque me dio posibilidades de entretenimiento para las tardes después de la escuela. Digo esto, no porque tuviera prohibido ver televisión en otros horarios o porque no hubiera nada

interesante que ver. No. De hecho ésa era una buena época para la televisión. La cosa es que yo prefería la radio. Por aquellos años en mi país aún se escuchaban radionovelas. Yo llegaba de la escuela a las 12:30 y escuchaba “La ley contra el hampa” que era la serie dedicada al género policial. Luego venía “Solución a su problema”, que no era otra cosa que la dramatización de casos que una doctora Corazón ayudaba a resolver. Luego la novela de temporada y se cerraba el ciclo con “Kaliman, el hombre increíble”. Mientras yo hacía mis deberes del colegio escuchaba la radio, mientras jugaba escuchaba radio, mientras hacía travesuras escuchaba radio, mientras me castigaban escuchaba radio.

Por eso creo que pueden inventarse televisores en tercera y en cuarta dimensión si quieren, pueden tener pantallas planas o esféricas, pueden ser de plasma o con hologramas si quieren, pero la magia de imaginar las escenas de una buena radionovela no la cambio por nada. Bueno, sí. En verdad creo que podría cambiar eso por un poco de libertad. Pero, por ahora es lo que tengo: un radio de transistores para intentar escuchar en medio de la selva los saludos que me envía mi familia desde Bogotá. Todos los sábados a la medianoche sintonizo la señal a veces a escondidas de la guardia. Gracias a ello puedo escuchar a mis hijos quienes añoran mi regreso, a mi esposa quien no pudiendo soportar la soledad seguramente rehízo su vida aunque no me lo diga, a mi madre quien cada tanto me dice llorando que me extraña. En los días de más calor, en las noches más heladas, en medio de la niebla y la lluvia mi radio me acompaña siempre como un amigo fiel. Es que para nosotros, los secuestrados en Colombia, la radio se convirtió en un sinónimo de la esperanza.

Leonardo León Melo Reyes nació el 17 de febrero de 1976 en Bogotá, Colombia. Es artista escénico y consultor. Participó en certámenes

literarios y artísticos y trabaja en la creación de nuevos usos para la narración tales como el “coaching óptico” y la recuperación de la memoria colectiva. Sus textos han sido publicados en varias antologías y revistas literarias y sus espectáculos se han presenciado en Colombia, Argentina, Paraguay y Perú.

## **HAY ANIMALES SUELTOS EN EL KILÓMETRO 202**

**Por Verónica Meo Laos**

Toda mi vida escuché la radio. Quizá por eso, cuando me senté por primera vez frente a un micrófono, fue como haber abierto una puerta no a un estudio sino un poco a mi propia casa.

Para mí la palabra es sentada, si no es frente a un micrófono, es frente a la pantalla de una computadora. Así en esa posición me he puesto a escribir y a recordar una vez más el entrañable vínculo que me une con las palabras dimanadas por el éter. Sí, ya sé, el de éter es un concepto que ha sido superado, pero lo prefiero al mero fenómeno físico de las ondas electromagnéticas.

Fui conductora de radio y musicalizadora de mi propio espacio durante doce años. Mi voz se asoció -en aquel entonces a mi pesar- de manera indisoluble a una expresión que con el tiempo pasó a ser una marca registrada de la frecuen-

cia modulada de la Autovía 2: “Hay animales sueltos en el kilómetro tal. Circule con precaución”.

-Sí, la voz de los animales sueltos, soy yo. Pero juro que tengo más cosas para decir, argumentaba a quien me reconocía por la voz en los lugares más disímiles que uno pueda imaginarse.

A decir verdad, no sé por qué, pero durante mucho tiempo creí que mi trabajo en la radio no era más que una letanía aburridísima que no le servía a nadie. El devenir de lo cotidiano me enseñó lo contrario. Por casualidad aprendí que la radio es como una botella al mar y que, cuando uno la arroja no tiene idea quién recibirá el mensaje ni de qué manera se apropiará de él, aunque más no sea para sentirse un poco menos solo.

A fines de la década de 1990, mi padre estaba internado en la terapia intensiva del Hospital de Agudos San Juan de Dios de La Plata, a 200 kilómetros de Dolores. Había sido operado de cáncer de pulmón y, tras la anestesia, la gravedad de su estado y la terapia intensiva que mantiene a los pacientes iluminados de manera permanente como gallinas ponedoras, deliraba o por lo menos, lo hacía los quince minutos que duraba mi visita.

Confieso que tras cumplir con las rutinas que debía seguir de higiene de manos, estrictos quince minutos de visita y esperas ansiosas de los partes médicos, ingresaba a la sala de terapia con miedo, como si la persona que me iba a encontrar allí fuera un poco menos mi padre. Así, entre pasos vacilantes y ganas de salir corriendo, cuando ya estaba por terminar el tiempo permitido para las visitas, escucho en el office del enfermero un sonido familiar. Le pregunto:

-¿Estás escuchando la radio, no? ¿Qué radio es?

-Ah, la de la ruta.

-¿...? Titubeante casi balbuceé: ¡Pero en eeeesa radio trabajo yo!

-¿En serio? Yo se las pongo todos los días, porque pasa linda música y a ellos les gusta mucho la música, les hace bien.

A partir de aquel momento hablar frente al micrófono nunca volvió a ser lo mismo. Después de aquel día comprendí que siempre hay alguien escuchándonos, aun cuando de este lado del estudio estemos como locos hablando solos, mirando a la pared, sentados frente a un micrófono dentro de un estudio cubierto de ácaros y rodeados de goma espuma para reducir los sonidos ambiente. No vemos las caras de nuestros oyentes pero lejos estamos de no ser escuchados.

Por eso el valor de una voz amiga. Por eso es que todavía hoy tengo tantos afectos que no conozco pero que ellos sí a mí, porque recuerdan que yo era la chica de los animales sueltos. Y ahora, después de tantos años, me sonrió al recordarlo.

Verónica Meo Laos (Buenos Aires, 1968). Docente y periodista, licenciada en Ciencias Sociales y Humanidades. Entre 1996 y 2008 trabajó como locutora y operadora de radio. Es autora de *Vanguardia y renovación estética*, Asociación Amigos del Arte (1924-1942), CICCUS, 2007, y junto a Gabriela Urrutibehety y Juan Carlos Pirali, de *Tras las huellas de Gironde. De muertos y revivos yoes*, (Beca Grupal en Letras FNA 2009).

## PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Julia Mabel Meso Ramírez

Hacia cinco años que era viuda, se llamaba Estela, y esa noche, como tantas otras noches, cuando el silencio se apoderaba de la casa, ella se preparaba a disfrutar ese momento que como ritual, antes de irse a dormir era sólo para ella y para su mayor atracción, la radio, sí aunque cueste creerlo, en plena época de tecnología, para ella prender la radio, era encender el aire, el aire de sus fantasías, de sus sueños. Habían transcurrido como veinticinco años de la primera vez que buscando en el dial sintonizó una emisora, que la deslumbró, la atrapó, era la FM 103.7. Un día muy especial, de una gran tormenta, diluviaba, ella sola, buscando el resguardo de una voz amiga, mientras el cielo resplandecía por las luces de los relámpagos, ¡qué tormenta!

Frente a un humeante té, que perfumaba el ambiente, también sobre la mesa, el cenicero y los cigarros y en el suelo, Tomás, un cocker color champán, que también pintaba canas. Para ella escuchar radio a esa hora tenía un encanto especial, esa noche, como tantas infinitas noches, prendió la radio y se encendió el aire, pero algo especial sucedió, un locutor nuevo de voz cautivante, segura, atrapante, le hizo recordar los radioteatros de su niñez. Le pareció fascinante, contaban cosas insólitas, la gente se sentía tan feliz, tan llena de dicha.

Al otro día, mientras desayunaba con sus hijos, trató de contarles lo fascinada que había quedado con el nuevo programa de radio, pero como siempre fue en vano. Sus hijos, dos adolescentes casi, ni la escucharon. Ellos tenían su propio mundo.

Así transcurrió el día, entre trabajo, trámites, los quehaceres domésticos, como otros tantos días largos aburridos y tedio-

sos. Después de cenar y como todas las noches, Estela se dispuso a disfrutar de su momento, pero esta vez sentía como mariposas en la panza, estaba ansiosa esperando encontrar la misma voz seductora de la noche anterior. Así fue como prendió la radio y se encendió el aire, todo se iluminó a su alrededor, ahí estaba él.

-Vení, animáte a entrar a este mundo de felicidad y fantasía-decía el locutor...

Absorta, como poseída, se quedó unos instantes, luego se levantó y caminó hasta la radio y finalmente, como siempre había querido, caminar descalza sobre el hielo, cambiar el color del arco iris, hacer que las mariposas sean eternas, organizar un desfile de moda en Marte, como se sentía agobiada por estar sola, quería ser feliz...

Estela, decidida, apoyó las manos sobre la radio; un gran fogonazo encendió el aire, iluminando la cocina. Tomás dormía, y sobresaltado empezó a ladrar. Así estuvo un buen rato. Todo este berrinche de la mascota hizo que los hijos de Estela, dormidos y protestando, fueran a la cocina. Sólo encontraron media taza de té frío, un pucho apoyado en el cenicero, y a Tomás aullando frente a la radio que, prendida, hacía un ruido molesto, de mal sintonizada.

Julia Mabel Meso Ramírez nació el 18 de febrero de 1961 en General Roca, Río Negro. Es estudiante de dibujo y de pintura artística. Actualmente vive en Centenario, Neuquén.

## RECUERDOS DE ARGEL

Por Liliana Montes Le Fort

Es mediodía, dejamos atrás la rue Didouche Mourad, nos dirigimos a nuestro departamento, en la Cité Des Annasser. El embotellamiento de vehículos fue mayor que lo habitual. Nos espera Granhia con el almuerzo listo, es día de cous-cous. Traemos un atraso importante. La necesidad de ganar tiempo nos hizo buscar un atajo.

Tartamudeando con mis recuerdos entre el aquí y el allá. He recordado muchas veces ese día sin proponérmelo, como suele pasar con los recuerdos. Hoy como tantas veces en una acción deliberada y consciente, los traigo al presente. Fantaseo con desgastarlos poco a poco, con que sus restos emigren al cielo y se conviertan en nubes. Por fin el viento me liberará definitivamente de ellos.

Vuelvo al sendero entre bardas. Mimetizada con el paisaje de tierra, hay una construcción precaria de barro. Es una panadería. Cruzo la puerta apresuradamente, entro en una semi penumbra. Percibo cajones, latas y una canasta con pan sobre el piso de tierra. Golpeo las manos. Aparece un hombre mayor. Nos saludamos. Es alto, moreno. Su túnica y turbante blanco lo completan. Una canción argelina suena en la radio. De pronto allí en ese lugar no mío, de ése mi día como cualquier otro, una voz retumba en las paredes de barro, en los cajones, en el hombre y en mí, la voz de la Tana Rinaldi cantando “Naranja en flor”. La voz me tomó por asalto. Me desmorono. La emoción me enturbió la vista. Saludo con esfuerzo, gesticulo, indico uno con el dedo mostrando el canasto. La figura del hombre se distorsiona. Lo veo venir hacia mí nadando en mis lágrimas. Me entrega el

pan, y me dice ¿chilienne? ¿argentine? Ante una pregunta tan simple no respondo, no puedo. La canción había entreabierto la puerta del pasado.

Busco en mi bolso un dinar para pagar, me cuesta encontrarlo entre juguetes y lápices de los niños. Se lo doy. Me extiende la mano. Me mira y dice en francés: “Nosotros también lo sufrimos”. Borró con esta frase la resistencia que me quedaba, le contesto el apretón de mano sin palabras. Salgo. Subo al coche, con esfuerzo disimulo la emoción para evitar que los niños se preocupen. Mi compañero me mira sorprendido, no hace preguntas. Por respuesta le digo: “Flaco, está cantando la Tana en la radio, ponela”.

Pasaron 37 años. Estoy en mi casa en las bardas, en mis bardas. Tengo la misma túnica de aquel día, que conserva aún sus adornos y arabescos, a pesar de viajes y lavadas. Camino hacia la radio como parte de mi rutina mañanera, me agacho para prenderla, itinerario que cumplo día a día antes de preparar el desayuno. No sale sonido alguno. Subo el volumen. Nada. Le doy unos golpecitos como de costumbre, nada, acomodo contra la pared lo que queda de la antena. De golpe sale una voz, me cachetea, inunda la casa. La Tana Rinaldi canta a voz en cuello. “Naranja en flor”. No hay dolor, ya no estoy partida en dos. Estoy en paz.

Liliana Montes Le Fort nació en septiembre de 1934 en Santiago de Chile. Es artista plástica y reside en Neuquén. Publicó *Patrimonio Arquitectónico de la Ciudad de Neuquén*, investigación, Municipalidad de Neuquén, 1998; *Ciudad del Viento*, Neuquén, UNCo; investigación compartida con Enrique Mases, 1997 (ambos declarados de interés provincial y con mención del Colegio de Arquitectos de Neuquén); *Nómades de sal*, textos poéticos, 4 autoras, Neuquén, 2008; Mención concurso Fundación Tribu Salvaje, 2012.





**Buenos Aires 1400, al fondo**

## SI CIERRO LOS OJOS

Por Stephania Mora Galarza

La soledad que me hace compañía guiará a mis sentidos, los pocos que aún me quedan, escribirán las palabras que mi boca no se atreve a discutir porque me he acostumbrado a su radio, a esos cambios bruscos de sintonía, entre líneas, el espacio de su incomodidad parece sólo una pena.

A él es más fácil despreciarlo que amarlo.

Él, infalible e inmaduro. Yo, ¿en qué estaba pensando?

A veces sonreír levanta las defensas.

Pero a él, mi sistema de defensa lo ignora, carece de sentido. Estoy en esa delgada línea cuando veo más defectos que virtudes, cuando mis instintos socavan a la cursilería.

Pero él no sabe, él jamás se da por enterado.

Y es como un niño. No importa si la música cambia y mis dedos se siguen moviendo sobre el teclado, él mimetiza las circunstancias y finge que está feliz con lo que la vida le ha otorgado.

Pero me he acostumbrado a escuchar canciones tuyas en la madrugada, ésas que la radio ha decidido regalarme como si fuera un pecado, de incógnito y sin que alguien más se dé por enterado. Es su voz que se transforma en las demás, se mezcla y parece el golpeteo incesante de la lluvia.

Es tan absurdo que la rutina de mi vida se ríe a carcajadas.

Supongo que lo nuestro son dos clases de amor totalmente indiferentes. Yo, con mi amor unilateral e incomprendido. Tan básico, cliché y aburrido. Él, con su amor tan profundo y determinado.

He querido cerrar mi puño y estrellarlo en su cara tantas veces que ya he dejado de contarlas. Sus pasos se asemejan a los de un niño complacido. Atrás del motor de sus afectos, su amor es solamente un escalofrío, lo sigue como si fuera

un animal arrastrado por la manada, tan ciegamente que puede ser mortal si no abre bien los ojos.

Mi puñal receloso y repleto de resentimiento le llegará algún día, aunque ni yo esté segura.

Quizá debería escribir una historia, donde yo sea protagonista, donde todo sea fantasía.

Es mi culpa que los rasgos de mis facciones hayan cambiado, que el estrés haya dejado al tiempo hacer su trabajo, que el espacio de mi habitación parezca más grande cada día. La vela que iluminaba mi ingenuidad se ha apagado.

Tal vez pueda darle la razón al hombre que lo acompaña. Quizá podamos sentarnos a hablar de aquellos defectos que son más que virtudes en el protagonista de mis pesadillas. Porque él me ha robado las sonrisas para entregárselas a aquel que le ha sonsacado las emociones.

Pero si cierro los ojos un segundo, a nadie más importa.

Porque nadie conoce de ese cernidor de ideas opacas que ya no funciona como debería, le he entregado mis sonrisas a las mentiras, a cambio de un poco de alevosía.

Y si cierro los puños una vez más, los planes no se ven tan frustrados como deberían, la música que me acompaña agrieta las ideas, y esa radio vieja que suena en una esquina sólo alienta al ego escondido que casi se ha transformado en valentía.

Stephania Mora Galarza nació el 18 de noviembre de 1989 en Guayaquil, Ecuador, donde actualmente reside. Es estudiante universitaria.

## JUNTADA EN LO DE JULIO

Por Juan Napal Rojo

Esa noche se cumplían dos semanas después de que el turro del gerente me despidiera. Intentó de mil modos que renunciara. Pero no pudo, me tuvo que fletar con un argumento que no se lo creyó ni su abuela; se deshizo de mí, pero también de la confianza del personal, o sea mis compañeros. En fin, mi relación con ese tipo no es el caso.

Durante esos catorce días recorrí la ciudad como nunca antes; conocí personas, lugares y sensaciones que no hubiera imaginado. Los primeros días fue difícil y vergonzoso andar por ahí, sin rumbo, con hambre y sin un centavo. Hasta que encontré a un amigo trabajando en la cocina de un bar. Le conté mi situación y acordamos que él me guardaría las sobras de comida y yo, a determinada hora, las pasaría a buscar. ¡Qué ayuda deliciosa! Ahora faltaba el refugio, para ya no desesperar. Y lo encontré. Una noche, muerto de frío, me largué a seguir a un linyera que caminaba ligero. Pensé que tendría un lugar donde ir. En una mano llevaba un cajón de verdulería con cáscaras de eucalipto y diarios; en la otra, un palo, semejante a un cetro, que le daba la pinta de un rey callejero. Lo seguían dos perros, así que, por las dudas, le di ventaja. En un momento se le cayó, sin que se diera cuenta, gran cantidad del diario que llevaba. “¡Bingo –me dije-, ya tengo media entrada para su fogoncito!” Después de tres cuadras, vi que se metió en un nicho de gas con capacidad para cuatro medidores –entonces ausentes- y sonreí.

El hallazgo ameritaba una buena comida de la cocina de Chicho. Faltaban quince minutos para buscar la cena, el tiempo justo que tardaría en ir. Fui sin vacilar, Chicho me estaba esperando con pizza, empanada y un poco de merlot, “¡Oh, san Chicho, bendito tú eres entre todos los mortales!

venga un abrazo, ¿tenés planes para esta noche?”, le dije revolucionado. Dijo que no, que le propusiera nomás. Entonces, bajo trato de sorpresa, fuimos hacia lo del linyera.

Cuando llegamos, antes de preguntarle si podíamos entrar, le mostré el montón de diario que se le había caído. “Uh, gracias, los estaba buscando”, dijo. No tuvo problema con que nos quedáramos y sin demora le presentamos la comida y el vino... ¡uh, cuál de los tres tenía los ojos y la sonrisa más chispeantes! Julio, el linyera, ahí nomás prendió un regio fuego, miró la hora y dijo “estamos bien, en diez minutos empieza”, “qué”, le preguntamos, “sorpresa”, respondió.

En diez minutos tuvimos todo listo, nada podía estar mejor... pero sí, Julio sacó de su campera una radio, la colocó cerca del fuego para que no se congelara y la encendió. “Sonidos para la fuga”, remató y una orquesta de jazz comenzó a desplegarse en el aire como un encantador de serpientes enamorado. Nos contó que era un programa que no se perdía ni una noche porque le traía dulces sueños. ¡Ah, qué maravilla! el fuego, la comida, el vino y una nueva amistad: Julio y su programa de radio que infundía en el aire el mejor jazz de todos los tiempos. ¡Salud!

Juan Napal Rojo nació el 3 de febrero de 1990 en Neuquén capital, donde vive. Actualmente estudia Psicología. Como antecedentes literarios se puede mencionar la publicación de poemas en la revista literaria *La trama*, editada en la ciudad de Cipolletti, Río Negro.

## DIOPTRÍAS

Por Rafael Negrete Portillo

Ya no.

No habrá más jugueteos del viento con las ondas revoltosas de viejos programas radiofónicos. Danzas de micrófonos olvidados con el paso diario de la rutina.

Ya no.

Apenas una sonrisa en labios del céfiro sibilante sería suficiente para mecer los columpios vacíos del parque. Para virar el dial como si de una aguja que marca el sendero de los años se tratase. Ahora no, ahora el giro de la rueda minúscula es el latido de un pulsador estertóreo que me aleja de la búsqueda en primera persona. Ahora la aguja son números, cifras que parpadean en océanos de cristal líquido.

Ya no.

Ni siquiera los agudos toques bitonales de aviso prematuro para antiaéreos. Para bombardeos. Para cortinas de humo y cenizas que transforman los pequeños callejones del casco antiguo en distancias kilométricas.

Ya no.

¿Dónde están esas voces de galena?

Prendí la radio, pero esta vez se encendió el aire. Mudo, sentime solo frente a un aparato sordo. Sentime muerto ante un aparato inerte: vivo.

Ya no.

Los cajones de arena continúan repletos de castillos mágicos que nunca nacerán. Noticiarios. Los bancos sin sombras de achaques octogenarios y sonrisas desdentadas en respuesta a las monerías de los nietos. Tertulias. Árboles cuyo ramaje excede lo imaginable a los límites de lo que hubiera sido capaz de exonerar la jungla urbana. Meteorología. Bosques de madera que nadie trepa. Avisos. Carcajadas ahogadas en

recuerdos con plétora de dioptrías. Los locos de la azotea.  
Borrosos.

Ya no.

Tan sólo queda una vela... una vela y una cerilla predispuesta a extinguirse antes de ser encendida: pólvora nueva sobre pólvora quemada.

Una radio rota con las entrañas abiertas le sirve de mesa. No hay corriente. Pero algo se oye más allá de la pletina vibrante del altavoz que siempre me acompañó. Alguien se acerca. Uno o varios, imposible de calcular. Demasiada indiferencia y revestimiento preventivo de dolor. Demasiado odio para ver con claridad a quién pertenecen esos pasos.

Él.

Ella.

Ellos... Yo.

Levanto el fósforo en un último intento.

Una chispa.

Un segundo.

Una mecha.

Cera.

Cinco pitidos cortos y un largo.

Señales horarias.

Un nuevo comienzo.

Rafael Negrete Portillo nació en Madrid, España, en octubre de 1979. Es actor, director y dramaturgo. Dirigió, tradujo y adaptó obras de Harold Pinter y es coautor de la investigación *La Barraca. Teatro y Universidad: Ayer y hoy de una utopía teatral*. Obtuvo el premio Bibliotecas de Madrid con su relato breve  $4(50+4X+M)/22 = -100-9M+8X/2$ . Su última obra dramática publicada es *Último sujeto*. En la actualidad, se centra en el teatro psicológico y en las nuevas tendencias dramáticas del siglo XXI.

## LA RADIO

Por Mirtha Alicia Negretti

Allá, en Paso de Indios, perdido en la meseta patagónica, se distingue la figura de Pedro Hilario. Va y viene con su pesar a cuestras, espera, sigue esperando.

Es un hombre de pocas palabras, dulce y fuerte a la vez. Trabaja como puestero de una estancia. De su casa al poblado hace el trayecto a caballo, lo acompañan un perro y una radio; ésa es la que debe darle la noticia, la que debe sacarlo de su angustia. Se siente sin fe, por momentos tiene rabia y deseos de venganza; cree haber olvidado el rostro de su Florencia, lo que sí tiene presente es cómo lo miran en el boliche, los ojos hablan.

Duda que ella regrese, lucha consigo, se odia por no querer ver la realidad.

Por las tardes, camino al pueblo, escucha la radio. Espera una noticia que le dé sentido a su vida.

No olvida cuando Florencia le dijo:

-Pedro, vivimos muy pobres, tu patrón promete y promete pero nunca nos da mejoras. Voy a dejar este lugar, me iré a una ciudad grande, trabajaré y regresaré con unos cuantos pesos, no te voy a abandonar. Esa tía que tengo en Bahía Blanca me conseguirá trabajo, ya vas a ver. A mi regreso tendremos un hijo.

Y así fue nomás, al día siguiente salió de su casa dispuesta a partir.

Pedro la acompañó hasta la plaza del pueblo, se abrazaron. Desde el colectivo Florencia gritó:

-¡En unos meses regreso!

Él no quiso ver más, pegó la vuelta y bajó la cabeza.

Dos años han pasado desde la partida. En esos parajes donde el viento y el polvo parecen sepultar ilusiones, Pedro tacha

los días en el almanaque y escucha los mensajes de campo que anuncia la radio:

“Asunción Pintos, comunica que el sábado regresa”.

“Estancia El Peñón, informa que va en camino el semental”.

“Queda sin efecto la compra de cien hectáreas. Firma O.P.”

Los avisos pasan, ninguno habla de “ella”.

Anochece, regresa Pedro a su puesto. Borracho, abatido, cae del caballo, un agua nieve cubre su cuerpo. Por la mañana unos paisanos que aciertan pasar por el lugar, lo llevan hasta el hospital.

Durante varios días lucha con la muerte.

Poco a poco se recupera. Con las manos desentumecidas prende la radio, el volumen está bajo, pero logra escuchar:

-Para Pedro Hilario, de parte de Florencia: “Regreso el lunes, llevo unos cuantos pesos y un gurisito que no es tuyo, espero me perdonen”.

Una mueca desencaja la boca de Pedro, llora acongojado. La angustia y la rebelión lo sobrepasan y en un arrebato de ira, arroja con fuerza su radio contra el suelo.

Mirtha Alicia Negretti nació en la ciudad de Santa Fe, donde actualmente reside, el 4 de julio de 1941. Es maestra normal nacional y profesora de dibujo. Escribe desde hace algunos años y ha recibido menciones y premios en certámenes convocados en Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba y La Rioja. También fue seleccionada por editoriales para integrar libros con otros autores.

## EL ÁNGEL GRIS

Por Federico Nieto

La verdad es que estaba deshecho, deshecho y perdido. Era el vehículo del desasosiego que sigue a la ausencia de eso que nos daba seguridad y por qué no, una razón para vivir. Ella ya no estaba a mi lado.

No sé bien por qué, pero por ese tiempo también empecé a escuchar más la radio, a pesar de que en la recepción de la hostería en que trabajaba por las noches tenía a disposición una computadora con la que podía distraerme de las más diversas formas. Había algo en la voz de los locutores de trasnoche, que sintonizaba luego de acomodar el fichero y revisar la lista de pasajeros, que me transportaba a un lugar cálido, como de secreta compañía, que en ocasiones devenía en la voz de un viejo amigo, que hace mucho que no vemos, pero cuyo solo recuerdo nos trae la sensación de que no estamos solos, a pesar de todo.

Una noche, cuando el sueño estaba a punto de ganarme y me debatía entre cortar por lo sano o una lenta agonía, apareció como un último gesto de la misericordia de los dioses, el ángel gris. Su voz cavernosa parecía surgir de un viejo cafetín de billares lustrosos y cristales ahumados.

Sentí que alguien me susurró al oído: “Gil, escuchá, no te duermas.” A partir de ese momento, creí sinceramente que el ángel se estaba dirigiendo a mí, y que yo era su único oyente. Empezó el segmento diciendo: “Se puede vivir la tristeza con dignidad. Se puede transformar la tristeza en algo que te mejore a vos”. Después de oír esas palabras inmediatamente me incorporé y subí levemente el volumen para no despertar a los pasajeros. Luego habló de Goethe y de una novela que éste había escrito, llamada “Las desventuras del joven Werther”. En la misma el protagonista se mata

a causa de un amor no correspondido. El ángel, con gran sabiduría, comentó que la novela se hizo muy popular en China y que ante la misma situación vivida por Werther las personas se mataban, por lo que se inició una cadena de suicidios impulsados por la lectura de esta notable obra. Pero resulta que Goethe se enteró de lo que estaba pasando en aquel lejano país a causa del libro y se indignó, puesto que -supuso el alado-, probablemente Goethe había sido abandonado por una mujer que amaba mucho, pero antes de acometer contra su vida decidió convertir el sufrimiento en una obra maestra, por lo que lo desencajó el hecho de enterarse de aquellos que agregaban más sufrimiento al sufrimiento.

El ángel gris agregó oportunamente: “No es que uno vaya a escribir ‘El joven Werther’, pero quizá alguna milonguita, o unos lindos versos, y hasta se puede aprender a caminar mejor, porque a veces las minas te dejan por causas que a uno le parecen banales, pero que ellas no pueden soportar”. Para terminar con una frase que me pareció memorable: “A mí, gracias a mujeres que me han dejado, he aprendido algunas destrezas”.

No sé si este relato habrá cumplido su cometido, pero a este Dolina, sí que le cabe el mote de “El ángel gris”.

Federico Miguel Nieto nació en San Salvador de Jujuy el 5 de octubre de 1981. Es profesor en Ciencias Políticas; fue ganador del concurso de ensayos *25 años de la democracia* (2008), organizado por el Comité Jujuy de la Unión Cívica Radical; obtuvo mención especial en el concurso provincial de ensayos *Bicentenario del Éxodo Jujeño* (2012); ganó, en representación de Jujuy, el Concurso Literario Regional del noroeste en la categoría cuento histórico (2012).

## DISCUSIÓN ONÍRICA

Por Pedro Niño

Javier se dormía con el radio encendido. Era su única forma de atrapar fácilmente el sueño y de sentirse acompañado en la soledad y silencio de la noche.

Ya adormilado, en la cama y en medio de la oscuridad, sintonizaba sin equivocación las diferentes emisoras y graduaba el volumen con precisión matemática.

Aquella noche durmió relativamente bien, salvo que un minuto antes de despertarse se movía agitado, manoteaba y vociferaba:

-¡Usted está equivocado, locutor! ¡Nunca antes conocí a alguien tan empeinado en sus ideas! ¡No sea tan radical! ¡Entiendo que éste es un programa de opinión y no una pugna callejera!

-¡Aquí nadie está en plan de pelea, señores!, se oyó en la radio. Las opiniones ajenas siempre son bienvenidas y aportan mucho a nuestro programa. Por hoy, amigos, “La Polémica Matutina” ha terminado, los esperamos mañana a la misma hora y por la misma emisora. Gracias por su sintonía.

Pedro Nel Niño Mogollón nació en Pamplona, Colombia, el 24 de octubre de 1950. Es docente universitario de lenguas, en la Universidad de Pamplona. Fue ganador y finalista en concursos nacionales e internacionales de cuento y poesía breves.

## UNA CAJA MÁGICA ALLÁ POR LOS 60's

Por Cristina Occhipinti

Cuando nos mudamos a Concordia, Mara, la nena que vivía enfrente de mi casa, se cruzó a prestarme su libro *Mujercitas*. Y la nostalgia por mis abuelos que quedaron lejos se aquietó con la magia del momento.

La magia siguió cuando papá trajo aquella caja marrón con dos perillas en el frente. La encendió y un remolino de voces nos abrazó en un rincón de la cocina. Con Mara nos agarramos de las manos como haríamos después ante cada situación desconocida. Las canciones planeaban como pandorgas en el viento. Desde Salto, del otro lado del río, los "Curtidores de hongos" nos pintaron con brillantina y el candombe nos zarandó las caderas. Años más tarde, Alfredo Zitarrosa también visitaría nuestra cocina. Y su voz quedaría para siempre entre los pliegues de mi memoria, mezclada con el olor de la comida casera.

Cuando descubrimos en la radio de Concordia los "miércoles de terror", nos tapamos las orejas con los dedos abiertos para que los oídos siguieran atentos. No hubo escalofríos en la espalda pero los pájaros del patio volaron despavoridos.

En las noches de verano los padres de Mara se cruzaban a tomar una copita de licor de mandarina en la vereda. Luego los hombres pasaban a la cocina a escuchar el "Glostora Tango Club". Mi amiga también lo escuchaba a pesar de mis burlas. Era la única adolescente a la que le gustaba "esa música", mientras el resto enloquecíamos con "Love me do" de aquellos muchachos de Liverpool que empezaban a sonar.

Nuestras madres en algún momento del día habían llorado a moco tendido con "El calvario de una madre" o soñado sin pudor con "El León de Francia".

Bailamos zamba, rock, twist. Y nos enamoramos de todos los cantantes. La magia del éter, como decía aquel locutor, se empañó con las noticias dolorosas en algunos años malditos. Y desde el Uruguay oímos las noticias que en Argentina no se podían oír. Con la caja mágica desterramos soledades, perseguimos horizontes, nos inventamos el futuro. Y fabricamos historias con aquellos mensajes que de los pueblos cercanos mandaban a la radio:

"Para Alcira de Puerto Yerúa: Llego el martes 15 alrededor de las cinco, dejame el bayo en la tranquera de Doña Matilde. Que la abuela espere, le llevo los remedios lo más rápido que puedo. Tu hijo el Quito".

"Para la familia Monzón de Ayuí: La Marta ya está internada, tiene dolores fuertes pero me dicen que todavía falta. Apenas el gurí asome la cabeza llamo a la radio. Besos del Mario".

"Beatriz de Chajarí: Llueve mucho en Feliciano pero te voy a buscar, no me importa lo que diga tu padre, me voy a casar con vos. Si me deja hacemos la fiesta ahí, llevo gallinas y un chanco, si no, nos volvemos para acá. Ismael".

Casi nunca nos enterábamos si el Quito había llegado a tiempo con los remedios de la abuela, si Marta y Mario habían tenido gurí o gurisa o si el padre de Beatriz lo había aceptado al Ismael. Igual no importaba. Mi amiga y yo les inventábamos finales a esas historias. Y juntas hoy aún seguimos recordándolas.

Cristina Occhipinti nació en Buenos Aires en 1950. Sus cuentos fueron premiados en el concurso *Relatos de inmigrantes* (2010) y en la antología *Coma*. En 2012 su texto *Un buzón a la hora de la siesta* obtuvo el tercer premio en el concurso organizado por la Reunión de Escritores Independientes y el Instituto de Letras de Avellaneda.

## DOBLEMENTE ATORMENTADO

Por Guillermo Ondarts

Comenzaba a oscurecer y llovía torrencialmente. Ir a un balneario fuera de temporada –que, por lo tanto, estaría desierto-, con mal clima y sin saber a ciencia cierta si alguien te espera, no es exactamente un programa ganador. Carlos se sumergió en una espiral de pensamientos negativos. Que no tenía una opción mejor fue la única justificación que se le ocurrió, idea que lo hundió en una nueva ola de desaliento. Cuando la tormenta arreciaba, dificultando la visión, redujo la velocidad, mientras trataba de aclarar su mente. Estuvo a un tris de pegar la vuelta.

Entonces, en una amplia curva, el cono de los focos alcanzó el costado del camino, mostrando por un momento alambrados de corralones y una manga para cargar animales. Se vio a sí mismo como una vaca en el andarivel. A pesar de los nexos funestos de la imagen, la idea le inspiró una justificación que lo conformó. Se había puesto en un callejón sin salida. Era el mecanismo que usaba para obligarse a enfrentar una situación y encontrar las agallas de que carecía. Ya no podría dar vueltas ni patear la pelota afuera, como había hecho hasta ahora. Tendría que jugarse.

La onda de jazz que escuchaba se había perdido. Lloviznaba intermitentemente. Pasó prolijamente el dial de AM y los dos de FM con poca suerte. Finalmente, pudo sintonizar un programa de éxitos musicales añejos. Aunque la estructura era previsible y el locutor exageradamente anticuado, pronto captó su atención, alejándolo de sus amargas maquinaciones. Eran los temas de su adolescencia y juventud, que lo colmaron de nostalgia y buen humor. Necesitaba esos guiños cómplices. Inesperadamente, se encontró cantando, sobreponiendo su voz desafinada a las de las grabaciones, hits

de varias décadas atrás, que ni sabía que recordaba y que muchos años antes había bailado en esa misma playa.

Eran casi las once y faltaban pocos minutos para llegar. La Griega parecía ser el cabo al que debía agarrarse para salir de la ciénaga que era su vida. Ni siquiera estaba seguro de que ella estuviera: había dicho que iría y él, enigmáticamente, contestó -o tal vez sólo lo había pensado, ya no se acordaba- “puede ser que vaya”, sin una confirmación definitiva. Conservaba un teléfono de ella de otra época, al cual jamás la había llamado. Lo usó por primera vez y... ¡ella atendió! En un rato se encontrarían para cenar. Alivio. ¡Había ido a la costa! El viaje tenía un propósito. Subió el volumen y apretó el acelerador. Ahora sí que quería llegar.

Guillermo Ondarts nació en Morón, Buenos Aires, en 1946. Es licenciado en Economía Política y carece de antecedentes literarios en cuanto a ficción y poesía. En cambio ha publicado libros de su especialidad, entre ellos *Las empresas conjuntas latinoamericanas*; *Exenciones arancelarias e integración* y *Exportadores exitosos*. Fue columnista en “La Nación” y en “Ámbito”, y miembro del Comité Editorial de la Revista Integración Latinoamericana; de 2008 a 2012 dirigió la revista INNOVA.

## IDUS

Por Nara Osés

Voy a contarle lo que pasó porque quiero descansar. Usted lleva visitándome más de cuatro días y siempre con la misma pregunta, ¿qué pasó el quince de marzo, a la noche? Voy a hablar pero usted no puede anotar ni grabar ni nada.

Empiezo por Lucio. El caballero es nuevo en la casa, y al llegar eligió mi mesa para compartir las comidas. Habla poco, lee literatura actual, su hija le trae novelas latinoamericanas. Lee citas y pregunta mi opinión. Se ríe de mis ocurrencias. Me mira con serenidad, con aceptación. Y una mañana hasta me dijo que mi presencia era un regalo de la vida. Nunca me habían dicho semejante halago. Es cierto que logró que yo lo empezara a escuchar y a interesarme por su propio mundo. Me costó, hay que armar un lugar dentro de una para que otra mirada se recline a descansar o a curiosear.

Esa mañana, la del quince de marzo, me preparé desde temprano para invitarlo al recital del “Teatro Español”, el de mi programa de jazz favorito, “Sonidos en Fuga”. Repetí muchas veces la frase y me convencí de que era prudente. Cuando nos sentamos a desayunar, y antes que llegaran los otros compañeros de mesa, le pregunté si quería acompañarme al recital. Él se sonrojó un poco y en voz baja me dijo que sí, siempre que viniese Isabel. Pregunté si Isabel, la enfermera vieja, y él dijo que la jefa de enfermeras, que viejos éramos nosotros, enseguida se corrigió y dijo que viejo era él. Pero yo entendí bien. Le dije que de ninguna manera. Seguí desayunando. Adentro de mi cabeza trataba de recordar si el caballero e Isabel eran amigos, si se trataban de manera especial, me aparecían imágenes superpuestas, sonrisas, y hasta algún piropo. Eso pasaba adentro de mi cabeza

porque afuera, de la boca para afuera, comenté mi lectura de la noche y hablé pavadas. El día siguió triste en mi pieza, no quise almorzar. Llamé a mi sobrina para que me trajera mi vestido de salir, el negro de seda, también le pedí que me comprara la entrada para el recital, y ella vino a la tarde. No se dio cuenta de nada.

Cerca de las veinte y treinta me acerqué a la recepción y pedí que llamaran un taxi, el muchacho de la entrada me preguntó adónde iba, le expliqué y preguntó si iba sola, le dije que sí, y levantó el teléfono, y nombró a Isabel, le preguntó algo, y le dijo bueno Isabel, cortó. Entonces me dijo que no podía salir y que cualquier cuestión la llamara a Isabel. Por segunda vez en el día dije, de ninguna manera. Me di vuelta con bronca y saqué mis puchos de la carterita, ¡que los vean!, pensé. Ya en mi pieza, me golpeé la cabeza contra la pared, sin hacer mucho ruido y me mordí para no gritar. No encontraba un sentido a ese día, tanta fatalidad, toda junta.

Puse la radio, en la ciento tres punto siete y escuché un mensaje que comprendí muy bien, decía: “Prendí la radio y se encendió el aire”. Ahí estaba lo que debía pasar. Y bueno, lo encendí, me encendí.

No le voy a contar nada más. Usted lea en ese papel que está a los pies, ahí todos los que vienen y curan escriben algo que llaman historia.

Nara Osés nació en Neuquén, donde actualmente vive, el 18 de noviembre de 1960. Trabaja como defensora de derechos de niños y adolescentes. Escribe poesía y narrativa.

## DE ALLÁ Y DE ACÁ

Por Mariana Eva Otero

De allá y de acá. Tomo mi café y te salpico, vas a la tanda y me llega tu suspiro de descanso. Casi puedo masajearte la espalda cuando casi aceptás las disculpas por la salpicada.

-¿Bizcochitos? Te gustan, los hago yo a las 17 horas en punto para sentarme a las 18 horas a oírte.

Me duplico porque me hacés hablar para adentro. De tu anécdota sale otra mía, de tu chiste mi balbuceo sonriente, de tu entrevista mis nuevos saberes.

Radio que une el centro del círculo con la circunferencia, porque va de mi núcleo a mi periferia.

Radio que es contigua al hueso cúbito, porque desde allí construye abrazos.

Radio que es el máximo alcance de un agente o instrumento porque llega tan lejos como le es posible, sazonzando almas.

Radioterapia que me cura las enfermedades sin diagnóstico y a puro dial.

Radioactiva porque propaga energía espontáneamente.

-Está más quemadito éste ¿te gusta igual?

Con razón, para escuchar, las vibraciones pasan por esos laberintos propios de la anatomía del oído. Es que la dulce confusión de perderse entre caminos se la debo a tu tono envolvente, tu timbre áspero, tu modulación pausada y tu intensidad al tope, que por suerte no me traen de regreso, hasta que la realidad te apaga para tocarme el hombro.

Entonces, resignada...

-¿Guardo el paquetito para mañana? Si quedan. Si no, hago más. Qué menos.

De allá y de acá. Paso de resignada a expectante. Siempre viene mañana y nunca se toma más de 24 horas.

Mariana Eva Otero nació el 25 de mayo de 1968 en la provincia de Buenos Aires. Actualmente vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, es Psicóloga y carece de antecedentes literarios.

## **PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE**

**Por Fredesvinda Páez**

Creo que todos... siendo niños o no, nos hemos sentido asombrados por la tecnología...

A mi septuagenidad, evoco esa época en que escuchar la radio era la única posible fascinación... después de los juegos.

Un aparato admirado, venerado, cuidado... era nuestra RCA Víctor.

Se encontraba en la mesita circular, sobre la carpeta celeste que bordó la mami.

Con su frente ancha y sus dos perillas muy redondas que abrían el horizonte a la ensoñación... una movía el dial, la otra, el volumen.

¡Qué inteligencia la del inventor!

Volvíamos de la escuela, cubriendo las doce cuadras que nos separaban de la casa, para llegar a escuchar nuestro programa favorito, “Tarzán, rey de la selva”.

Seguro que en la sencillez de la mesa, la mami nos esperaba con la leche con Toddy y el pan con manteca.

Por el camino comentábamos con las otras chicas el episodio anterior, y lo que suponíamos iba a pasar con Tarzán, Juana, Chita, el profesor Filander...

En soledad y mirando el aparato de radio, pensaba para mis adentros: ¿Cómo hacen esas personas para hacerse tan chiquitas y circular por el cable, metiéndose luego en la caja sonora para representar aquellas escenas que me maravillaban?

Nunca me atreví a preguntar a los adultos cómo sucedía eso. No quisiera romper la magia que construí en mi pensamiento.

Sigo soñando que locutores, actores y animadores se vuelven pequeños y al penetrar en mis oídos se agrandan y encienden el aire con sus voces.

Fredesvinda Rosa Páez nació en San Rafael, Mendoza, el uno de febrero de 1940. Actualmente está jubilada como docente y reside en Neuquén capital desde 1990. Integró grupos de lectura y el taller literario coordinado por Lilí Muñoz y Marita Molfese. Es artista plástica.

## LOS DÍAS EN QUE TUVE QUE CALLAR AL PERUANO PARLANCHÍN

Por Silvia Pailhé

El viejo Nicolás era un renegado, pero me convenía ayudarlo un rato en la época de esquila para no tener que quedarme en el casco de la estancia, haciendo los deberes.

Llegaba antes que él, así podía sintonizar la radio tranquilo para cuando el Negro empezara a leer la novela que me tenía enganchado. Acomodaba la radio cerca del portón, moviendo la perilla hasta encontrar el dial mientras la orientaba, porque no era fácil pescar las emisoras de la capital.

Hacía lo imposible para escuchar al Negro Marthineitz. Me deleitaba el sentimiento contradictorio que me producía su risa generosa, una mezcla de felicidad y nervios al pensar que se podía quedar sin aire entre risa y risa. ¿Y si se muriera ahí mismo? Por fin lo sentía hablar nuevamente y el alma me venía al cuerpo.

Nicolás relojeaba el sol por el rabillo del ojo y cuando le parecía que se venían las noticias del pueblo, como quien no quiere la cosa, cambiaba de dial con un pase mágico. Llevaba casi un mes haciéndome la misma jugarreta.

Hasta entonces, nunca había querido escuchar las noticias locales porque parece que de más joven su madre lo mandaba llamar: “Se necesita con urgencia a Nicolás... que se encuentra trabajando en el establecimiento tal... que se presente en su domicilio por cuestiones familiares”.

El tema es que cada vez que salía de raje, la urgencia de la doña era que se había quedado sin plata. Y se ve que le pasaba seguido, porque ya llevaba perdidas varias changas por ese asunto.

Pero esta vez era distinto; insistía tanto en escuchar *las locales* que por esos días la curiosidad me hizo dejar al Negro.

Hasta que una tarde la respuesta salió al aire: “Un robusto varoncito ha nacido en el nosocomio local. Tanto él como su madre se encuentran en perfecto estado de salud”. Se le humedecieron los ojos y sin largar el brazo mecánico con los peines funcionando y todo, se los secó a manga de camisa.

A buena hora que le nació el hijo a Nicolás. A partir de ese día, le cambió el carácter para siempre.

Cuando terminó la esquila, se puso de punta en blanco, cargó el mono en el caballo y se fue feliz al pueblo con la promesa de asentarle como Hugo Tomás Tiburcio Adelman, en devolución por el sacrilegio que tuve que cometer al callar al mismísimo Peruano Parlanchín, a quien no me cansé de pedirle disculpas cuando estuvimos a solas, mi radio y yo.

Silvia Pailhé nació en Tres Arroyos, Buenos Aires, el 18 de abril de 1969. Es bioquímica y docente y publicó trabajos en el diario “La voz del pueblo”, de Tres Arroyos, y poemas en el *Anuario de Poesía IV, Poetas argentinos contemporáneos* (1990). Obtuvo el tercer premio en el concurso de cuento breve convocado por la Biblioteca Sarmiento en 2010.

## LO PASARON EN LA RADIO...

Por Alcides David Paponi

Cada mañana, cuando se encendía el despertador con el noticiero, ella saltaba de la cama, daba unos saltitos rapiditos y se detenía. Giraba su cabeza para mirarme un instante con su expresión de gata ofendida. El siguiente gesto me seducía: levantaba levemente su manito derecha y la sacudía agitando el aire.

No le gustaba la monotonía sonora de las noticias. La música la despertaba de buen humor.

Esa mañana el noticiero anunciaba más frío. Tal vez, nieve. No sabía cómo hacer para que entendiera que era muy importante escuchar noticias. Sólo esos quince minutos. Después cambiaba a FM para que ella escuchara música.

Luego del pronóstico del clima, la radio anunció que los rebeldes habían quebrado el primer cerco defensivo de la capital.

Ella volvió a sacudir su manito. Bebió la leche de su tazón hasta el final. Se limpió la boquita, miró enojada la radio unos segundos. De repente, giró su mirada de ojitos sensualmente adormilados hasta clavarlos en los míos. Quise complacer su pedido. Pero en ese preciso instante el locutor anunciaba que entraban en cadena nacional para transmitir un comunicado de la ONU.

Me levanté de la cama y fui derecho a reavivar el fuego de la salamandra; la llené de leña. Ella siguió mis movimientos. Esta vez frunció el ceño dejando notar su enojo. Era hermosa, muy hermosa. Sensual. Sacudió su manito nuevamente y comenzó a caminar en círculos. Al final de cada vuelta, obsesivamente, repetía el gesto. “Espera, no seas ansiosa”, le decía yo, “esa noticia es muy importante”. Cargué la pava de agua para ponerla al fuego así me tomaba unos mates.

Cuando era pibe, mi viejo me contaba que los rebeldes se escondían en las montañas de la parte más pobre del país. De adolescente, fuimos escuchando juntos en la radio cómo tomaban los pueblos de aquella región y se declaraban independientes. Ya de grande, festejaba al enterarme de las noticias cada vez que integraban nuevos territorios, y los domingos de asado en casa de mi viejo, elucubrábamos las próximas movidas que realizaría el comandante. Ahora que es el momento, la victoria, la paz, la libertad, nuestra hora. Ocurre algo nuevo, la ONU entra al conflicto. Debo escuchar. Necesito esa noticia.

Fue hasta el aparato de radio y lo empezó a mover con la misma manito que sacudía. La reté y se sentó enojada.

Las posibilidades del ejército nacional eran casi nulas. Si bien no había salido en la radio, era de opinión pública que al romperse el primer cerco, la defensa de los otros dos serviría solamente para que el gobierno, los empresarios y sus séquitos alcanzaran a tomar el avión para volar a otro país. Pero con la entrada de la ONU en el conflicto la cosa cambiaría totalmente. Yo no entendía si la intención era invadir y devolverle el poder al régimen, o si colaboraría con los rebeldes para negociar un “nuevo régimen democrático”.

Tenía que escuchar esa noticia. Necesitaba aclarar esa duda. De un salto llegó al aparato. Con tanta mala suerte que resbaló y lo tiró al piso rompiéndose en mil pedazos.

Alcides Paponi es docente jubilado, nació el 13 de enero de 1970 en la ciudad de Buenos Aires y reside en Centenario, provincia de Neuquén. Editó *Metamorfosis de placer* (poesía) y tiene sin editar *24 poemas de irrespetuoso amor* (incluye dibujos y pinturas); *El subcomandante segundo Francisco Leyes* (narrativa) y *Uno más...* (teatro).

## PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE

Por Fabio Parceró

¡Click! Sintonía entre dos, sólo vos y yo. Cuando quiero y donde quiero, siempre a mi alcance. Equilibrio. Voces redondas. Abrigo. Búsqueda. Punto de encuentro. Paz. Vértigo. Temor. ¡Aprendí a soñar! Sensaciones. Enseñanza. Arte. Compañía. Silencio. Amor. Alegría. Un sonido, mil imágenes. Siempre me dejo llevar. Rebeldía. Música. Ambiente. Pertenencia. Noticias. Mi viejita amasando. Éxtasis. Reflexión. Emociones. Rabias. Recuerdos. Hoy. Carreteras vacías. Un atardecer en el invierno. Actualidad. Un mundo aparte. Complicidad. Risas. Llanto. Mi viejo, el TC y yo. ¡Por fin soy libre! Pura bohemia. Comunicación. Mañanitas de otoño. Sociedad. Inspiración. Cambio de estado. Imaginación. Opiniones. Mañana. Noches de verano. Jingles. Diversidad. Te llevo. ¿Me llevás? ¡Gooooool! Instantes. Excelentes momentos y no tanto. Mil cuatrocientos cuarenta minutos. Finalmente podía volar... madura el knock out... adoquín, barro y asfalto. Arena y nieve. Llanura, álamo y ripio. Sol y lluvia. Vendaval y calma. Noche de desvelos. Mañanas angustiadas. Miro el parlante como siguiendo tus ojos. Huelo sin oler, siento sin tocar, leo sin leer y veo sin mirar.

Fabio Alejandro Parceró nació en Buenos Aires, el 28 de febrero de 1964. Es proyectista mecánico y actualmente vive en Cipolletti, Río Negro. Desde hace dos años, escribe una serie de cuentos cortos relacionando historias ficticias con personas reales del barrio porteño de Boedo.

## LOS PERROS

Por Benito Pastoriza Iyodo

Morir conmigo misma, abandonada y sola  
en la más densa roca de una isla desierta.

*Julia de Burgos (1914-1953)*

Hubiese querido conocerla mejor. Saber la canción de cuna que de niña la arrullaba para dormirse junto al río. ¿Por qué escribía versos? ¿Por qué la soledad? ¿Dónde habitaba su ego desparramado? Sí, conocer algo sobre la verdad sencilla. La sin mutación de su vida. Los ojos parecían transparentados por una inocencia indescifrable. La gente había construido un mito sobre su vida. Mucha invención y poca verdad. Escuchaba al locutor y no lograba reconocerla. Estática y paralizada en el tiempo, la imagen lanzaba un grito de auxilio por las ondas radiales para hacerse entender. Había leído su poesía y sentía un enlace extraño. Cuando el locutor elaboró sobre su evanescencia en el programa radial matutino sintió un sabor extraño en la boca. La poeta ha desaparecido en el mayor anonimato después de haber pasado enormes vicisitudes y penalidades. Nos ha dejado su poesía y no sabemos nada de su paradero. Se quedó pensativo por un momento y luego apagó la radio porque los perros parecían exaltados. Los tenía acostumbrados a correr por la isla cuando bajaba la marea y el sol daba señales de atardecer. La más pequeña y traviesa de los tres le recordaba que era hora de paseo. Al llegar a la playa corrían como locos en una alegría desesperada que no podían contener en sus diminutos cuerpos. El viejo macho grifón se puso a olfatear los peces muertos con un rostro de asco y descontento. Los dachshunds se perdieron por los matorrales. No pasaron cinco minutos cuando de repente escuchó a los tres canes

ladrando y aullando como locos. Llegó hasta ellos para ver cuál era el hallazgo. Los tres en un perturbado ladrido intentaban desenterrar un cuerpo. Divisó una mano alargada depositada sobre la arena. Los perros habían logrado escarbar parte del cuerpo. Ante sus ojos se develaba un rostro, un rostro conocido. Un rostro de la verdad sencilla. Un rostro bañado en poesía como aquel que había escuchado en el programa radial matutino.

Benito Pastoriza Iyodo nació en Puerto Rico en 1954. Ha publicado *Cuestión de hombres* (relatos), *Cartas a la sombra de tu piel* (poesía), *El agua del paraíso* (novela), *Nena, nena de mi corazón* (relatos), *Elegías de septiembre* (poesía) y *Prostíbulo de la palabra* (poesía). Su obra ha sido traducida al inglés en dos libros: *A Matter of men* y *September Elegies*, y publicada en antologías y revistas literarias en Australia, Estados Unidos, España, Chile, Puerto Rico, Argentina y México.

## **APAGAR LA RADIO**

Por Luciana Pechacek

Let's hope you never leave old friend  
(de la canción "Radio Ga Ga" de Queen)

El día que murió mi abuelo me prohibieron prender la radio. En realidad creo que más bien me la hicieron apagar ni bien la prendí. Supongo que en ese entonces no tenía demasiada

idea de los usos y costumbres, del protocolo a respetar en caso de duelo. Supongo que yo era demasiado chica y que había puesto el volumen de la radio demasiado fuerte. Supongo que no tenía idea de las implicancias de una muerte/de la muerte, si es que acaso ahora la tengo.

La cuestión es que tuve que apagar la radio. La apagué. Qué aburrimiento.

Guardo algunos recuerdos de los días precedentes y posteriores a la muerte de mi abuelo: la familia entera esperando en el sanatorio mientras lo operaban y el silencio en los pasillos, las primeras coronas que llegaron a la casa funeraria y el olor a gladiolo; y alguien diciéndome que apagara la radio.

Y recuerdo con mucha nitidez que estaba escuchando la radio la noche anterior a que operaran a mi abuelo o, mejor dicho, a que lo intentaran operar. La canción que estaba sonando se me grabó y la repetí, la oí en mi cabeza esa madrugada y se repetía en mi mente los días subsiguientes: cuando llegaron las coronas, cuando Gerardo se acercó a darme el pésame, cuando lo vi a mi papá llevando la urna en las manos, cuando la ex esposa de Willy, un amigo de mi papá, se me acercó y me dijo: "Que tengas paz". Incluso sé que tuve esa melodía en la cabeza cuando me hicieron apagar la radio.

Será que hay cosas que siempre nos acompañan. Será que hay gente que siempre nos acompaña. Será que hay cosas y gente que no se pueden apagar.

Luciana Pechacek nació en San Isidro, Buenos Aires el 16 de julio de 1979. Es profesora de Inglés.

## HOMENAJE

Por Graciela Pedro

La tarde se consumía en aquel día gris. Era en vano el canturreo con que acunaba a mi bebé así que, finalmente, acepté su desvelo y prendí la radio... y se encendió el aire: en ese instante vislumbré, como Borges, todos los lugares del orbe, todos los puntos del universo. Descubrí el “aleph”, que mágicamente me trasladó a la dimensión donde yo era una parte del cosmos, de la creación.

Sí, fue la radio que escuché en un frío atardecer de julio del sesenta y nueve la que me reveló que allá lejos, donde jamás lo hubiera creído posible, la tenacidad y la audacia de un hombre superaba, con un pequeño paso, los límites de la más inconcebible fantasía.

Acerqué la Spica a la pequeña cuna, porque quise apresar ese instante en un recuerdo, sabiendo que sería el regalo más importante que podía hacerle a mi niño, un recuerdo que quedara en él para que orgulloso pudiera decir a sus hijos y a los hijos de sus hijos: Yo estuve allí, fui testigo junto a mi madre, del momento en que el astronauta dijo.

“Un pequeño paso para un hombre; un gran salto para la humanidad”. Hoy, escuchando otra vez la radio, supe que Neil Armstrong había partido, quizá en busca de otras estrellas, y mis ojos se empañaron. Lloré por su ausencia y lloré por mí, porque ya no estaría para mostrarme el “aleph” una vez más; pero quizá lloré más por ellos, los hijos de mis hijos, que poseedores de tantas imágenes de mundos fantásticos, acaso no podrán sorprenderse ante la nimiedad de un paso en la luna.

Graciela Pedro nació el 6 de julio de 1949. Vive en Tandil, provincia de Buenos Aires.

## AMABLES OYENTES

Por Gerardo Leonardo Pennini

Son exactamente las siete de la mañana, conectamos el tocadiscos y Marcelo Berbel sale con nuestra presentación desde la tierra donde los pehuenes llegan al cielo sin moverse de su sitio. Hoy no tenemos mate. Mientras lo preparábamos la calabaza se cayó y nos quedamos sin mate.

A los diez minutos teníamos dos mates en el estudio, que es una manera de decir porque era la leñera del edificio, dos cuartuchos convertidos en la EFEEME. Y por la tarde los pastelitos de hojaldre o los panqueques que nos traía Violeta, esas tardes de invierno, cuando a las seis ya es de noche. Violeta, que nunca tendría que haber ido a Quillén ese verano...

A los amables oyentes, fórmula trillada, sólo darles las gracias, porque cuando me parece que la vida es una empanada sin relleno, me encuentro con Karina en una radio de Cipolletti que dice al aire: Este señor tiene la culpa de que yo esté frente al micrófono. O me encuentro con Sergio en una radio de Roca y nos acordamos de tantas cosas. Como cuando leímos algunas notas sobre la salud mental de Pinochet y un puestero chileno que bajaba al pueblo una o dos veces al mes, pasó por el estudio y dejó un paquete de papel de estraza con tortitas al rescoldo, sólo eso y se fue en silencio.

Darles las gracias a todos los vecinos que en esa semana santa incomprensible se reunieron alrededor del transmisor que sacamos a la plaza para mandar al aire lo que llegaba por radio Nacional Zapala, y que festejaron con nosotros que “la casa está en orden”. A las chicas de la secundaria, que cuando empezamos el programa “Candelabros, café y coñac” de puro aburridos de ver nevar pegados a la sala-

mandra, nos traían poemas para leer con la condición de no decir sus nombres.

Hoy debe causar gracia escuchar que el pueblo juntó peso por peso lo que se necesitaba para cambiar el transmisor, o que la antena estaba sobre un caño tubing que se arqueaba con el viento, o que la música llegaba en discos de vinilo en el colectivo, hasta que juntamos para una casetera. Debe sonar raro que desde radio Nacional San Rafael nos mandaban casetes de jazz y que un hotelero pidió expresamente auspiciar el micro que hicimos porque sí, porque confiamos en nuestros amables oyentes, esos mismos que nos traían discos valiosos –así conocimos a Naná Vasconcelos– o que nos pedían que repitiéramos completa la Novena de Beethoven o La Biblia de Vox Dei.

Gracias amables oyentes, esos no tan anónimos que jamás menospreciamos, gracias porque entre todos encendíamos el aire sin tecnología, con pura leña de sauce y fuego de ilusiones.

Gerardo Leonardo Pennini, nacido en Capital Federal el 15 de noviembre de 1948, vive actualmente en Centenario, provincia del Neuquén. Es docente y director de teatro, dramaturgo con obra publicada y estrenada. Varios cuentos suyos fueron publicados en Argentina y el exterior. Fue jurado de cuento de la revista “Artesanías Literarias” y jurado de teatro.

## LA CAJITA SONORA

Por María Sol Pérez Daszkal

Aún puedo vernos a todos allí, sentados, en torno a la pequeña mesa francesa del comedor, capricho de mi madre como regalo para los 25 años de casados. Las pequeñas banquetas de madera, completamente dispares a la decoración del lugar, traídas del galpón al no alcanzar las sillas. La eterna discusión de mi abuelo con el vecino por el mejor lugar para sentarse a escuchar el partido.

Así se hacía antes. Nos reuníamos todos a deleitarnos con los curiosos sonidos que surgían de aquella radio Hitachi marrón, desgastada por el uso. Escuchando las radionovelas, los partidos, las noticias. Todo pasaba a través de aquella cajita sonora. Me sorprende notar el paso del tiempo, de los ánimos. Cómo aquel sentimiento familiar, aquellas ganas de reunirse a escuchar, han desaparecido. Al igual que mi querida radio Hitachi, desgastada por el paso de los años y por los ocasionales malos tratos.

Mentiría si diría que no añoro aquellos años. Lejanos y dichosos. Aún los domingos espero que me llegue el olor a los raviolos de mi mamá viajando acompañado por una brisa, o espero escuchar el típico grito de mi abuelo: “Ya empezó el partido”. Pero todo eso ha desaparecido, en un viejo remolino de recuerdos. Ahora sólo tengo una vaga memoria, que no me deja precisar en qué momento todo se transformó tanto. Cuándo el paso del tiempo venció a las viejas costumbres y me dejó a un lado del curso normal de la vida. Con una sola y cotidiana compañía: mi radio.

Marca Philips, no tan buena como mi vieja y querida Hitachi, pero igualmente eficaz. Ella llena mis momentos de soledad, con sus conocidos murmullos y sus oportunas pausas.

Dicen que como viene, se va. Y así es. Se ha ido la costumbre de saber escuchar. Pero yo no la he olvidado, la sigo practicando y mejorando todos los días. Aprendiendo a escuchar a mi querida radio, y a sus susurros que son mi eterna compañía.

María Sol Pérez Daszkal nació el 19 de diciembre de 1996, en Villa Luzuriaga, Buenos Aires. Actualmente estudia en la escuela secundaria y es “muy devota de la literatura”. No posee antecedentes literarios pero tiene “una larga lista de relatos escritos y obras para la escuela”.

## **EL VIEJO FIEL APARATO**

**Por Jorge Pérez Jordán**

Al volver a casa, de repente, se apagaron las luces de la calle. Era luna llena y les dio tiempo a llegar sin más contratiempos. No obstante, tuvieron una sensación extraña, intuyeron algo raro, inquietante, en el ambiente. Tras subir, esperaron que la luz volviera pero, a la media hora de hacerlo, buscaron la vieja radio a pilas que tenía él, aquella con la que oía las emisoras del otro lado de la frontera en los viejos tiempos. Fueron al cajón de las pilas nuevas y las sustituyeron. Si no tenían la carga a tope era imposible recibir medianamente bien la señal. Mientras una enfocaba con la lin-

terna, el otro hizo el trabajo. Encendieron y probaron suerte. Les costó, pero por fin consiguieron señal decente de una de las emisoras. Entonces agradecieron no haber tirado al reciclaje el viejo aparato. Sonaba música pero enseguida llegaron las noticias.

Cuando escucharon los titulares, se quedaron mirando unos instantes con gesto de incredulidad pero no dijeron nada. Se sentaron, y conforme se desarrollaba el informativo pegaron más la oreja al aparato, acercándose progresivamente y haciendo sus manos en busca de seguridad.

En un momento dado, él dejó de escuchar y se atrevió a decirle todo lo que debería haberle dicho más claro durante estos felices años: que estaba allí gracias a ella que, si no, jamás podría haber llegado hasta esa fase de su vida; que aunque ninguno de los dos creyera en el amor de una vida, si había existido para él sólo podía ser ella y que la primera vez que la vio sintió que su vida tenía sentido. Nada original, pero sincero.

Después, no les hizo falta hablar para saber que debían hacer algo. Se dieron un beso e intercambiaron esos colgantes personales que les hizo un amigo para que, al menos, siempre tuvieran un pedacito del otro con ellos. Cuando apagaron la radio antes de salir, volvieron a notar ese ambiente inquietante que les alertó e impulsó a buscar el viejo aparato, ése que nunca les había fallado.

Jorge Pérez Jordán, nacido en Zaragoza (Aragón, España), el 30 de enero de 1968, estudió Ciencias Económicas pero ha ejercido su labor profesional en los ámbitos educativo, periodístico y deportivo. En el literario, ha publicado un par de poemas y un relato corto. También tiene varios artículos de carácter técnico y un libro sobre dirección de grupos.

## LA CIUDAD DORMIDA

Por Marcelo Perroni

Nunca supe qué sucedió aquella noche. En esos tiempos padecía de insomnio y las madrugadas me encontraban oyendo la AM en mi vieja radio a pila. Solía deambular por el dial entre pastores que exorcizaban, programas rurales y noches continuadas de música. Un martes de no recuerdo qué año, no podía dejar de girar alrededor de mis problemas. Me serví un whisky en un vaso circular con dos piedras de hielo, y opté por sentarme en la terraza. Era verano y la calle estaba desierta. Una brisa acariciaba mis cabellos y el cielo estaba agonizante. El aparato yacía sobre una silla de plástico verde, forrado en cuero, con su antena plegada, durmiendo pero con un ojo abierto, como invitándome a que lo encendiese. Y eso fue lo que hice. Nunca había escuchado esa frecuencia, por eso me extrañaba que el aparato estuviera sintonizado en ella. Un hombre de voz tenue se refería con parsimonia al cuento que leería a continuación. Les decía a los escuchas que se tomaran un tiempo antes de interpretarlo y sacar sus conclusiones. Que oyeran la intensidad de los sonidos, la música de las palabras, que escucharan al cuento tal y como entraba por sus oídos, antes de asociarlo con alguna vivencia o pensamiento recurrente. Lo tomé como un desafío, así que intenté seguir su sugerencia. Al principio me costó, pues no podía dejar de imaginarme cómo sería el conductor. Se me presentaba calvo, barbispeso, de unos sesenta años, solitario, fumador de tabaco, amante de la literatura, la música y el cine. Luego, mi mente fue cediendo en su intención de llevarme a otro sitio, entonces, casi sin darme cuenta, me fui a vivir al relato narrado por la radio. Yo era el conductor de un programa radial, en un estudio amplio y luminoso, acompañado por el operador en los contro-

les. Me gustaba sorprender a la audiencia y hacerla viajar conmigo a través de la música. También mediante palabras, excusas que me acercaban al mundo desconocido de los oyentes, quienes sin decir que estaban ahí me acompañaban. El humor era otra pieza fundamental del espacio. La parodia, el absurdo, eso de poner algo en un lugar en que no debiera ir; todo para dibujar sonrisas que no vería, aunque sabía que estaban ahí. Sin embargo, si tuviera que asegurar cuál era el secreto del programa, por qué tenía tanto éxito, no vacilaría en decir que por el silencio. Cada vez que inhalaba y exhalaba de forma sutil, cada vez que hacía una pausa entre las oraciones, en ese pequeño espacio entre el pensamiento y la palabra, todo estaba comprendido allí. Nunca supe de dónde venía la magia, no obstante, sé que no era mía. Quizás, los oyentes que contemplaban conmigo a la ciudad dormida, me dictaban en el tiempo y lugar que los unía. Me dormí con la radio prendida. Al despertar, me acordaba con exactitud de todo lo sucedido. Encendí el aparato en el mismo dial, pero la emisora era diferente. Todo indicaba que el programa no había existido para nadie, salvo para mí aquella noche.

Marcelo Perroni nació en San José de Mayo, Uruguay, donde actualmente reside, el 4 de mayo de 1984. Es escritor, periodista, y licenciado en Ciencias de la Comunicación.

## TRES AÑOS DE PRIMAVERA

Por Raúl Piatti

Llegó el día tan esperado no sólo por la izquierda que venía de sufrir dos derrotas presidenciales consecutivas sino también por la derecha que no podía negar que su rival esta vez sí tenía posibilidades de conquistar el poder al aglutinarse toda la franja progresista desde el centro con los radicales hasta la ultra del MIR pasando por los moderados, el PC, el PS y la suma del MAPU, una escisión del oficialismo.

La Constitución estipulaba un acuerdo mediante el cual quien obtuviera mayor cantidad de votos, recibiría en la Asamblea Legislativa el apoyo de la otra fuerza y de esa forma imponerse, en este caso a la derecha. La campaña se había tornado cada vez más agresiva y la DC se fue desmembrando para ambos lados y ya pocos permanecían de su ala progresista, el recuento de votos aseguraba un empate virtual entre la izquierda y la derecha. Escapándose el día las radios AM, que en su mayoría pertenecían a la derecha, no dejaban de asegurar que el triunfo era virtualmente de ellos mientras del otro lado, las escasas dos emisoras que acompañaban a la UP afirmaban lo contrario. Entonces ocurrió lo que todos los compañeros pendientes del resultado de los comicios esperábamos oír, un dirigente de la Coalición aseguró que se había confirmado el triunfo de la UP por escaso margen, también parcial puesto que se debía esperar que se cumpliera lo acordado y se presumía dificultoso dadas las circunstancias.

En nombre de las fuerzas integrantes de la misma pidió a los militantes y simpatizantes de éstas acompañar a la dirigencia a un acto a llevarse a cabo frente al edificio de la Universidad de Chile. El volumen de las radios con que escuchábamos las tan esperadas noticias era tan potente que el puñado

de compañeras/os que nos hallábamos reunidos no logramos con nuestros gritos y cantos superarlo, reinó la algarabía general y entre abrazos, besos y apretones de manos indiscriminados y con las “portátiles” en nuestro poder nos dirigimos hacia el lugar acompañando las consignas que difundían las mismas ¡y fuimos... y fue una fiesta total! El espacio se encontraba atestado de latinoamericanos que al igual que yo, ya con meses de residencia pudimos ir a gritar las consignas vedadas en nuestros países. Pero eso no fue todo, se escuchaban voces, gritos y canciones que con sólo prestar un poco de atención se podían identificar de cuál región del suelo americano provenían. Y se oían cantos y se veían bailes por doquier, además se sumaban las canciones difundidas por las radios que llevábamos, interpretadas por conjuntos y solistas populares de todas las latitudes de Nuestra América Morena que dieron marco a una verdadera fiesta que continuó durante toda la noche. Rendido por todo lo acontecido, decidí regresar a mi pieza a descansar. Antes de hacerlo, le escribí una carta a mi hermano a Buenos Aires y en ella volqué una frase que nunca olvidaré: “Hermano, hoy se adelantó la primavera”. Santiago, 5 de septiembre de 1970.

Raúl Piatti es argentino, vive en Buenos Aires y tiene 77 años. Dice de sí mismo: “Del secundario no llegué a completar el segundo año, mi enseñanza la adquirí en la universidad de la calle donde trabajé desde pequeño, técnico en TV sin título oficial con trabajos de mucha responsabilidad en TV educativa de la UBA y para la reforma agraria del gobierno popular en Chile”.

## ¿TE ACORDÁS DE PUERTO POLLENSA...?

Por Fabiana Pizzola

A mi amiga Betina

Corría el año 1986.

Yo tenía diecisiete años.

Betina, dieciséis.

Matías maneja un jeep rojo. Pablo lo acompaña. Están dando una vuelta por Monte Hermoso. El mar está sereno. La playa, vacía. No es temporada.

-Te apuesto una Quilmes a que esas minas nos dan bola, dice Pablo.

-¿Qué minas?, contesta Matías sin mirarlo.

-¿Cuáles van a ser, tarado? Esas dos, le señala a las dos únicas personas sentadas en la rambla.

-Sí. Seguro. Haceme reír. Andá pagándome la cerveza pero que sea una Heineken, contesta Matías.

-No cantes victoria. Aprendé del maestro, le dice.

Matías no le contesta y frena el jeep junto a ellas.

-Chicas... ¿Cómo andan?, dice Pablo. ¿Cómo la están pasando en Monte Hermoso? ¿Cuánta gente? ¿No?

Betina y su amiga no se dan vuelta ni contestan.

-Muero por esos ojos verdes... dice en voz alta e impostada para asegurarse que las chicas escuchen. Betina se ríe. Pero él no puede saberlo. Ella y su amiga están de espaldas, mirando el mar.

-Pablo... Me parece que las chicas no tienen mucho interés en hablar con nosotros, dice Matías.

-¿Te parece? No, chicas... No pueden ser tan malas... Paso a describirme. Un metro ochenta, ojos azules, musculoso. Lo que se dice un buen partido. Mi amigo tampoco está tan

mal. No pueden resistirse a dos bombones como éstos, dice Pablo haciéndose el canchero.

Betina se ríe para sí. “Este tipo está loco”, piensa.

Silenciototalinterrumpidopor Wake me up before you go, go.

Pablo ha sintonizado la radio.

-¿No les gusta George Michael?

Esta vez tampoco hay respuesta. Pero eso no parece amedrentar a Pablo. Vuelve a sintonizar el dial y esta vez le toca el turno a Los Abuelos de la Nada. Te esperé bajo la lluvia dos horas, mil horas como un perro canta Miguel Abuelo. Laschicassigueninmutables.

-Quizá prefieran algo de GianFrancoPagliaro, acota Matías.

-¿Gian Franco Pagliaro? ¿Y a ése quién lo conoce?, le susurra Paola a Betina.

-Puede ser. Puede ser... Mati, le contesta Pablo.

Pablo mueve el dial de la radio varias veces sonando diferentes canciones sin que las chicas respondan.

-Bueno, chicas. Éste es mi último intento. Si no, me doy por vencido, y ustedes se lo pierden. Vuelve a mover el dial. Menacióesteamorsinquemedieracuentayo... llega hasta los oídos de Betina. Es su canción preferida.

-Deja ahí... Amo esa canción, habla Betina dándose vuelta repentinamente.

Sorprendido, tarda en responder. ¡Ah... Bueno... ¿Qué tal? Las chicas son fanáticas de Sandra. Las dejo... si damos una vuelta juntos, contesta Pablo.

Puerto Pollensa sigue sonando mientras el jeep se aleja con los cuatro.

Fabiana Pizzola nació en 1967 en Puerto Belgrano, Buenos Aires. Es profesora de ciencias. Asistió a talleres literarios, donde publicó algunos de sus relatos. Actualmente reside en Punta Alta, Buenos Aires.

## LA VOZ EN LA OSCURIDAD

Por Loren Pose

Entre las sombras nocturnas se esconden criaturas desconocidas y susurros que se escuchan solamente cuando el mundo se aquieta y se asoma la luna. Al menos así lo creía una cierta niña que, como tantas otras, encontraba difícil ignorar los murmullos de la oscuridad y las extrañas formas dibujadas por la luz mortecina que se colaba entre las cortinas entrecerradas a la hora de dormir.

Aunque a la niña no le gustara admitirlo, la noche era un momento siniestro. El sueño tardaba en llegar porque se acercaba a ella poco a poco, con sigilo, temeroso, demorado por la amenaza constante de los monstruos invisibles que poblaban la habitación.

Sabiendo que otros no comprenderían su miedo, la niña lo mantuvo en secreto, decidida a encontrar ella misma una solución. Lo probó todo. Intentar esconderse bajo las sábanas era inútil, porque ellas no podían protegerla del sombrío abrazo de la noche. Dejar una pequeña luz encendida tampoco era de ayuda, porque bajo su influencia las sombras se volvían aún más intrincadas y tenebrosas.

Un día, cuando estaba a punto de resignarse a tener que compartir su cuarto con los fantasmas de las penumbras para siempre, recibió un regalo mágico. Era un pequeño aparato de color metálico, con una antena que se elevaba hacia el cielo, a través de la cual llegaban a sus manos las voces de cientos de personas diferentes. Dedicó el día entero a investigar sus funciones, contando la cantidad de sonidos que brotaban de ella.

Así el día se convirtió en noche, y cuando llegó la hora en que las luces de la casa se apagaron, la niña contuvo la respiración. El momento en que los monstruos salían de sus

escondites había llegado. Fue entonces cuando tuvo una idea. Buscó el botón de encendido de su caja mágica, que descansaba junto a su cama, y ajustó el volumen para que éste fuera suave, casi inaudible.

Alguien cantaba. Ella conocía aquella melodía; la había escuchado durante el día. Sonrió y acompañó las partes que conocía moviendo los labios. Era apenas un susurro, pero uno familiar e identificable. Una voz que la acompañaba. En algún lugar, en alguna parte de la ciudad, alguien estaba despierto, alguien había elegido aquella canción. Así fue como comprendió que la noche no era un lugar temible y solitario. Siempre habría otros como ella del otro lado. Y de esa manera, el miedo desapareció.

Loren Pose nació el 15 de setiembre de 1983 en Montevideo, Uruguay. Es traductora freelance. Tiene estudios en Comunicación Audiovisual y experiencia como educadora y recreadora en proyectos de desarrollo de la cultura. Apasionada por contar historias y aprender.

## **ANÉCDOTA DE RADIO**

Por Néstor Quadri

Un miércoles a las tres de la tarde jugaban River y Boca, el superclásico del fútbol argentino. Yo era simpatizante de

Ríver, pero los tres compañeros de la oficina eran fanáticos de Boca y como yo era nuevo, era blanco permanente de sus chanzas y cargadas. El Gerente también era de Ríver, pero con él obviamente no se metían.

Como el partido no lo daban por televisión, la única alternativa era escucharlo por radio y ese día fui preparado para mi venganza, en complicidad con el Gerente, que el día anterior aplaudió mi idea con una sonrisa.

El día del partido llevé la radio con casete donde había grabado tres goles de Ríver a Boca, en el relato de Víctor Hugo Morales, un prestigioso relator de fútbol en Argentina.

Justo a las tres de la tarde el Gerente llamó a una reunión urgente a los tres en su oficina privada, para analizar las fechas de los trabajos, que estaban muy atrasados. Esto les causó sorpresa y desazón, porque ellos estaban prestos para escuchar el partido por radio, mientras realizaban sus tareas.

Entonces, en el momento que los tres compañeros estaban hablando con el Gerente, puse la radio en la oficina general donde me encontraba. Como premeditadamente la puerta de la oficina vidriada del Gerente quedó semiabierta, el relato de Víctor Hugo les llegaba como una especie de murmullo.

Ya al minuto de juego, intercalé el casete grabado y el grito espectacular del primer gol de Ríver en la voz de Víctor Hugo, les llegó nítido a sus oídos, mientras el Gerente les estaba dando instrucciones. Repentinamente, los seis ojos desaforados de los hinchas de Boca me miraron confundidos y consternados, mientras veía una sonrisa reprimida en el rostro del Gerente.

La reunión continuó en la oficina, mientras puse en la radio el relato normal del partido, que por otro lado era muy parejo y luchado. Hasta que a los cinco minutos, otra vez intercalé el casete con el grito del segundo gol de Ríver.

Otra vez los seis ojos se volvieron instantáneamente hacia donde yo estaba y había angustia en ellos, mientras el Gerente les seguía hablando, con cara de satisfacción.

Luego mientras continuaba la reunión, a los diez minutos puse nuevamente la grabación con el tercer gol de River que, en el relato de Víctor Hugo, hizo vibrar el aire de la oficina. Entonces, los tres ya no aguantaron más, salieron como una tromba y se abalanzaron hacia donde yo estaba.

-Che loco, ¿ya va ganando River tres a cero? ¿Qué es lo que pasa con Boca? me dijeron cuando llegaron desaforados a mi lado.

De pronto, cuando escucharon que el partido iba cero a cero, lo comprendieron todo y me miraron enfurecidos. Fue el Gerente que me salvó, cuando desde atrás, los llamó con cara seria, para continuar la reunión.

Por suerte, para mi integridad física, ese partido lo terminó ganando Boca por uno a cero, con un gol en el último minuto de juego y aquella desesperación de mis compañeros, con aquel odio salvaje hacia mí, quedó como una anécdota en el recuerdo, ante la alegría del triunfo.

Néstor Quadri nació en junio del '39. Ingeniero y docente universitario en Buenos Aires. Desde el 2006 ha participado en diversos concursos literarios de cuento y poesía. Ha publicado los libros *Cuentos sin nombres* (2009) e *Inquietudes literarias* (2011), ambos en editorial Alsina de Buenos Aires. Tiene un blog: <http://inquietudesliterarias.blogspot.com/>

## AZUCENAS

Por Silvina Repetti

¡Soy una pregunta empecinada,  
que grita su dolor y su traición...!

*Enrique Santos Discépolo*

Aunque no era un hábito, prendí la radio. El planchado para una mujer madura en el siglo XXI resulta ser algo así como la hoguera medieval. ¡Dios me salve de ir al infierno sin compañía!

Eran las cinco de la tarde y sonaba un tango de Discépolo. Apoyé la plancha y la dejé descansar. Por la ventana de la cocina comencé a husmear a mi vecina, una anciana grandota y maciza con la que intenté, al principio a modo de juego, interceptar miradas, tal vez, provocarle una sonrisa.

Se le abrían los poros del rostro con la última pasada por el cuello de la rebelde camisa almidonada. Entonces se corría el desmejorado y desteñido bucle que huía del único rulo que coronaba su cabeza y con el revés de la mano arrebatava las gotas de transpiración, que arrastraba a sus labios, desembocadura de estrechos ríos de prematura ancianidad. Era evidente que no hace tanto reía descomunamente.

El departamento de la calle Solís era pequeño y oscuro, un monoambiente. Llevaban a él cinco pares de escaleras de mármol espiraladas, laberínticas, y en el último piso, ella y su hermana, contemporáneas mujeres de principio de siglo, tendían cada semana los patines de franela a los pocos familiares que las visitaban para no arruinar el impoluto parquet. Yo miraba con asombro desde las faldas de esos batones atiborrados de azucenas blancas con delantal de cocina, volados y pechos de matrona frustrada, a esas mágicas y

enigmáticas mujeres. Ingresaba siempre con cautela a la cueva lúgubre de la soledad: el hades de la desdicha según mis padres.

El ambiente siempre era asfixiante, sumado a la humedad y la claustrofóbica situación de permanecer por horas en el sillón de pana verde en el que mis piernas y culo -con perdón del término- perdían copiosos centímetros cúbicos de líquido corporal -ejercicio que Catherine Fulop hubiera patentado sin duda.

*El día que me quieras... la rosa que engalana...* un fulano cornudo y una tilinga de mala muerte. ¡Un horror!

Ahora me pregunto por qué no habré saltado de ese tercer piso junto con el santito penitente de la ventana en esos domingos en que la humanidad de mis padres hacía de samaritana.

Yo, una niña en una visita de domingo en una cueva de ancianas solas y tristes, en el barrio de Constitución, el de las calles de adoquines y de residenciales que operaban de fachada de aguantaderos, ahogada por la nostalgia y la oscuridad de un par de almas resignadas.

Eran domingos en los que buscaba desesperadamente su humanidad, algún rastro de esperanza en sus ojos que hacían equilibrio en el horizonte de las terrazas con humedad. Eran los domingos en que tía Elvira planchaba.

Días de enero en los que prendía la radio y se encendía el aire.

Días en que cualquier canción de cornudos le provocaba esa sonrisa cómplice y justiciera que tanto me gusta recordar.

Silvina Repetti nació en Lomas de Zamora, Buenos Aires en 1978. A los diez años emigró con su familia a Cervantes, Río Negro, donde concluyó sus estudios secundarios. Es profesora en Lengua y Literatura; profesora de Comunicación Social y técnica superior en Periodismo gráfico de la UNCo. Ejerce en el nivel medio en General Roca, Río Negro.





Vinilos

## UNA ESPINA EN EL DIAL

Por Sergio Ríos

Día 10. No, aún muchos menos, incluso muy pocas horas. Siempre esperando a último momento, creyendo la idea que nos metieron en la cabeza, a toda una generación: las historias hollywoodenses de la estrella de rock, del poeta eterno, del escritor ebrio y exitoso. Nada de eso. Nada más alejado de la realidad, al menos de la nuestra. La de los que vivimos al sur, bien al sur en este mundo asqueroso e injusto. En fin, la idea que nos metieron y que ahora me doy (nos dimos) cuenta, o tal vez no, es ésa de que podemos hacer todo a pocas horas del cierre de una convocatoria, de un evento, de una competencia, como ésta por ejemplo. Esa era la iniciativa, la de hacer algo. Pero no. Nunca hacemos nada y dejamos todo para el final, reflexionamos como sabios o intelectuales creados en las universidades, otra de las cosas más alejadas de la realidad; esa estupidez también nos la creímos. La cosa es así, simple; no somos ni estrellas de rock ni grandes escritores, ya lo asumimos. Nos costó un par de años, básicamente pasar la barrera de los veintisiete, edad a la que morían nuestros ídolos, nuestros representantes, nuestros íconos. ¿Qué nos pasó? Seguimos vivos, con nuestras vidas mediocres. Y acá estamos. Es básicamente lo mismo que creer en dios: cuánto nos costó darnos cuenta de su inexistencia. Años, decenios, milenios. Y así estamos. Creyéndonos todas las mentiras que nos escupen la radio, la televisión, el diario e internet. Todos muy bien interconectados y coherentemente dominándonos y haciéndonos felices, claro está. Punto y una mentira, punto y coma, y otra, dos puntos y varias mentiras seguidas. Y así las veinticuatro horas online.

Suena el despertador, nunca lo escucho. Siento la presión en el hombro, es la sensación de una molestia diaria, siempre alrededor de las siete a.m. Siempre lo mismo, como cada día hábil. La misma pregunta: ¿Te vas a levantar? La respuesta también es igual cada mañana. Porque si no, me voy en cole. Me quito los auriculares, quedaron desde anoche en mis oídos. No desayuno, no tengo tiempo, la posmodernidad es así. El espejo me muestra otra arruga y una ojera más amplia. Mi hijo llora, su madre me apura.

Día 3. Pasa el tiempo y sigo en la misma condición que antes. Ahora me quedo dormido escuchando la radio. Estoy viejo, me siento viejo, me ven joven. Cuando veo el calendario me pregunto por qué no empecé antes el relato, la historia. La sintonía, evidentemente, tiene interferencias. El espectro mental es un rayo en la antena de una radio municipal. Parafraseo a Hank: la noche tiene que ser el lugar perfecto para desenmascarar nuestra humanidad.

A pocas horas. Y me viene el recuerdo del proyecto entre amigos, teníamos antena, equipo con frecuencia, muchas ideas, hasta el nombre de emisora e incluido el slogan: “La espina, clavada en tu dial”. Todo esto y un poco menos lo pienso cada vez que se apaga la radio y trato de dormir para levantarme al día siguiente y volver a captar lo que sea en ese espectro indomable.

Sergio Ríos, nacido en febrero del '82 en Luján de Cuyo, Mendoza, Argentina. Actualmente se desempeña como periodista en el sitio *Neuquén Al Instante* ([www.neuquenalinstante.com.ar](http://www.neuquenalinstante.com.ar)) y como profesor de relaciones humanas en las EPET 19 y 14 y en el CPEM 22. Tiene un blog ([www.todavianocaigo.blogspot.com](http://www.todavianocaigo.blogspot.com)), con relatos y poesías. Vive en Neuquén capital.

## LAS ONDAS DE LA MEMORIA

por Salvador Robles Miras

En su lecho de muerte, el viejo muy viejo, famoso ex locutor de radio, escuchaba en el reproductor el cedé (colocado estratégicamente por sus hijos en una repisa, lejos de las trémulas manos del padre) que contenía varios de los programas que, decenios atrás, presentó y dirigió con gran éxito de audiencia y de crítica en la radio pública Nacional. La memoria del viejo, ingobernable, trataba de zafarse de la nostalgia inducida para poder deambular por la cómoda anarquía de los recientes meses, o sea, vagar de un recuerdo a otro, sin guiarse por ningún criterio en particular, al albur del capricho; sin embargo, la hipnótica voz que manaba del dichoso aparato le impedía desnortarse. Aunque el moribundo, a la desesperada, hizo un último intento por obrar a su antojo evocador, no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia y transitar por el sendero alfombrado de recuerdos que le trazó la voz. Fue así como desembocó en el origen de todo. Un origen que, pronto, se fundió con un final memorable.

Salvador Robles Miras nació en Águilas, Murcia, España, el 28 de julio de 1956, pero hace más de cuarenta años que reside en Bilbao. Periodista, pedagogo y escritor vocacional. Ha publicado libros de ensayo, novela, cuentos y microrrelatos. Su última obra, la novela *El último día, el primero*, fue editada en 2012. Ha obtenido numerosos galardones en varios certámenes internacionales de narrativa.

## UN DIAL, DOS AMORES

Por Victoria Rodríguez Rey

Fue allá entre los gritos y el dolor del lanzagases que disparó el más trágico final. Corría el otoño del 2007, aunque desde hace quince primaveras que la ciento tres punto siete se escucha en el comedor de mi casa materna y paterna, cuando el sorteo de la entrada para escuchar y ver a Raly Barrionuevo en Fasinpat giró a mi favor.

Estaba a pocas horas de rendir el final de planificación tres, como le decimos las y los estudiantes de la licenciatura en turismo, o planificación y gestión turística para el plan de estudio, mientras que de fondo en la Sony ICF-S10MK2 rebotaban las conversaciones de los locutores de un programa más gracioso que informativo desde un rincón del monoambiente donde vivía.

Con una frecuencia llamativa participaba de todos los sorteos que surgían. Imaginaba que serían sorteos arreglados. No obstante sabía las terminaciones del número de documento de mi abuela y abuelo y cambiaba la voz cada vez que llamaba en búsqueda de más posibilidades ganadoras.

Aún recuerdo que gané con el 361 de la abuela Antonia. Se trataba de una entrada para dos personas al recital que daría “el Raly” en Zanón. Allá fui, minutos antes del mediodía. Entré a la radio, nunca antes. Una vivienda modesta cubierta de poliuretano expandido en las paredes y techo, una puerta con salida de emergencia hacia la barda, un dispenser con agua fría y caliente vacío, una cartelera superada por los afiches de lucha que por estos valles se respiran y hacia la derecha, sobre la puerta gruesa de dos hojas, un letrero con luz roja encendía: “Al aire”. Sentí esa típica sensación de la cholula argentina. Me animé y entré a lo que sería la antecámara del “aire”. Dos habitaciones comunicadas por un vidrio de

pañó fijo vinculaban al operador de la mesa de trabajo. Tanto tiempo con esa compañía de fondo sin imaginar siquiera rostros ni mobiliario. Todo era novedad y asombro. Oportunas preguntas del operador antes de entregarme mi premio sin subestimados arreglos. Se abre la puerta de la sala de locución. Fue la mirada más armoniosa jamás encontrada. La sostuvimos, anticipando que volveríamos a encontrarnos. Sobisch con condena social sin juicio penal.

El locutor y la estudiante, hoy devenida en licenciada, celebrarán este 2013 los seis años de fusionado amor bajo la firma de un contrato eterno, su hijo Camilo.

Victoria Rodríguez Rey nació el 15 de abril de 1982 en Cipolletti. Es cocinera y licenciada en Turismo. Este trabajo es su primer antecedente literario, "sin tener en cuenta las cartas de amor".

## **UNA VOZ RADIOAFÓNICA**

**Por Rubén Rojas Yedra**

Toda mi vida he estado intentando demostrar a los demás y a mí mismo que no soy un fracasado, sino todo lo contrario, un profesional de ideas brillantes y con un talento especial para comunicarlas lúcidamente a través de las ondas. He invertido toda la vida, decía, y ahora que tengo mi propio

programa en la radio que es líder de audiencias; ahora que todas mis ocurrencias entretienen o emocionan a los oyentes de media España, a mis padres, tan lejanos ya de mí, no les interesa reconocer en mi voz la de su locutor favorito, lo que me lleva a pensar que, quizás, haya fracasado como hijo.

Rubén Rojas Yedra nació en Jerez, España, en 1982. Vive en Madrid. Licenciado en Periodismo, Master en Literatura española y actual doctorando en Literatura con una tesis sobre Juan José Millás. Corrector de estilo profesional. Creador de contenidos de perth111.blogspot.com.

## **MI ABUELA Y LA RADIO**

**Por Manuel Marcos Roldán**

Un recuerdo me viene en forma de onda, que se propaga hacia mi tímpano y lo hace audible. La voz de mi abuela suena en mi mente ajetreada, y la sintonía 90.2 que ella escuchaba siempre. Me siento atraído por la radio, que busco entre los artefactos que mi padre almacena en el trastero, y una vez encontrado, hago por que funcione. Lo intento con ahínco, tocando los botones, mientras un olor a mi abuela hace que por un instante dude de si está justo detrás de mí. La siento tan cerca que casi puedo palparla, iluminándoseme en la mente la forma en la que ella solía ponerla en marcha

cuando no funcionaba. Me froto las manos durante unos segundos, y arreándole unos golpecitos en la parte trasera, la radio se sintoniza en la emisora que se utilizó por última vez. Miro alrededor y le agradezco ese pequeño mensaje subliminal. Afanado me centro en la radio, buscando la emisora 90.2 que aún me aprieta las sienes, hasta que la localizo. Con complacencia me siento dejándome llevar mientras el programa se emite. Sensaciones de niñez vuelan en busca de atardeceres, de aquellas caricias gratuitas, de los mensajes y besos, de las miradas de complicidad, de... tantas cosas, que vuelvo a oler a los viejos tiempos, a sus brazos, a sus palabras, a sus sentimientos. Por un instante me evado del mundo, junto a las ondas emitidas por la vieja radio que acumuló polvo durante años. Desde entonces la tengo en la habitación junto a mi abuela que viene a escucharla conmigo todas las tardes. Sonríe desde la fotografía que tengo colgada en la pared, esperándome como todas las tardes, justo después de venir del colegio (y ahora de la universidad). Se solía sentar a la derecha, junto a la ventana, atusándome el pelo. Me daba un trozo de pan y una chocolatina. Mientras los viejos tiempos paran mi vida ajetreada, la nostalgia me hace recordar canciones de niñez que cantábamos cuando sólo la radio era la compañera de todas nuestras fatigas.

Manuel Marcos Roldán nació en 1970 en Sabadell, Barcelona, España, donde vive actualmente. Trabaja de administrativo pero participa con sus textos de varias publicaciones digitales. Publica relatos en <http://cirujanosdeletras.blogspot.com.es/> es su blog.

## ANDA Y NO ANDA

Por Beatriz Rosón

En el campo, en tiempo sin corriente eléctrica, un aparato de radiotransmisor es elemental. Radio escuchábamos mientras barríamos los patios, radio mientras se regaba la quinta, radio tenían los peones en su casa cercana al garaje. Radio a toda hora. ¿Las emisoras? LU2, radio Bahía Blanca y LRA, radio Nacional Santa Rosa, eran las preferidas, por sus programas y su música (a mamá le gustaba el folklore de radio Santa Rosa, donde había un programa: “Tardecitas pampeanas”. La de Bahía nos daba las noticias de la zona y entonces entraba Carhué, nuestro pueblo). Llegábamos a pelearnos entre nosotros, por ver quién se llevaba la radio a acompañar sus quehaceres cotidianos. Los domingos a la noche nuestros padres escuchaban “Las dos carátulas”, teleteatro que ponía a su audiencia hasta tragedias griegas.

Un día, yendo al pueblo, papá puso el dial del auto en una emisora inexistente: se escuchaban sólo descargas. Y protestamos que ahí no había nada. Entonces nos explicó que era el punto de LU 25, radio Carhué, que todavía no había empezado a transmitir pero que en cualquier momento lo haría. Escuchábamos la descarga radial, esperanzados de ser unos de los primeros en escuchar la primera palabra al aire, aunque eso nunca sucedió.

Radio Carhué era una radio de pueblo, con locutores, operadores y productores aficionados y conocidos por todos. El dueño se llamaba Mario Fernández, y el “todo servicio” en la radio, Víctor Albarrán. Él hacía un programa de folklore a la tardecita, que empezaba con versos del “Martín Fierro”, ladrar de perros y ruidos de cascos sobre el camino (algunos decían que a los ruidos de cascos los hacía con una baldosa, no sé cómo haría el ladrido).

Lo cierto es que criticándola todo el mundo, todo el mundo la quería. Era nuestra radio, la radio del pueblo. A veces metían la pata, como una vez que inmediatamente de una necrológica dijeron el slogan de la tienda “El gaucho”...: “Falleció en nuestra ciudad fulano Pérez... Fue una gauchada de grandes tiendas ‘El gaucho’”. Pero peor fue la vez que el locutor dijo “Llueve torrencialmente sobre nuestra ciudad”, y en realidad era que se les estaba rebalsando el tanque de agua. La queríamos tal vez por eso, porque nos era cercana y familiar, porque se mandaban las mismas macanas que nos podíamos mandar en casa.

Así que no nos cayó tan bien el chiste de una niña, seguramente mandada por mayores, en “El club de los pibes”, programa de los sábados a la mañana. Es cierto que a veces la frecuencia se cortaba, no tenía potencia o se superponía con otra. Pero no era para tanto. La niña dijo que tenía una adivinanza. “¿Cuál? decila”, dijo la locutora, a lo que la niña no se hizo rogar: “Anda y no anda ¿qué es?” Todos opinaban pero nadie acertaba, entonces la mocosa impertinente soltó: “Radio Carhué”. Inmediatamente la voz de la locutora intervino para anunciar una tanda comercial, pero todos nos ofendimos un poco con la situación, porque en los pueblos las cosas no se dicen así, en la cara, se dicen por detrás. Pero por sobre todo, porque la radio era nuestra, era de todos.

Beatriz A. Rosón nació en Bahía Blanca en diciembre de 1961. Colaboró en la selección de la antología *Páginas con Patagonia*, de María Teresa Forero. Sus cuentos *Ley y Silencios* integraron una antología de la CTA, dedicada al mundo del trabajo, y otra editada por el Círculo de Escritores del Comahue. En 2011 publicó su poemario *Tiempo* y en 2012 fue seleccionada para participar en el libro *Identidades* del Plan de Lectura Provincial de Neuquén. Es docente, radicada en Neuquén capital.

## GALENA MÁGICA

Por Fulvio Augusto Rottaris

Cuando cumplí doce años mi abuelo me regaló una radio a galena. La trajo de Italia, y según él aseguraba, había sido construida conforme a los planos del mismísimo Guglielmo Marconi.

Mi hermano mayor tenía una Spica a transistores. Se ufana-ba de poder captar radios lejanas de Brasil o de Chile y se burlaba de mí por mi obstinación de buscar estaciones con mi radio a galena. “Tirá ese cachivache que el nono te regaló porque seguro le estorbaba”, me decía con tono despreciativo. (Ese desdén desaparecía cuando mi padre sintonizaba con “el cachivache del nono” radio Colonia para enterarse del último movimiento militar en el país, pues siempre que había olor a golpe de Estado se cortaba la luz y mi galena era tan gauchita que no necesitaba luz eléctrica para funcionar, usaba la energía de las ondas hertzianas, como me explicó mi abuelo cuando me la regaló).

Recuerdo esas noches de enero hurgando con el bigote de gato la granulosa textura del sulfuro de plomo, hasta que por un punto del cristal entraba el Festival de Cosquín abriéndose paso por los auriculares de alta impedancia que sujetaban mis orejas, mojadas de sudor y ávidas de música. Por el cable de cobre de la antena, desde la azotea bajaban las voces de aquellos cantores con su arte limpio y sin los artificios de los que vinieron después: menos auténticos, más comerciales, más fáciles de olvidar.

Aquellos artistas no precisaban maquillar sus voces a través de sofisticados aparatos electrónicos. Ellos eran verdaderos artistas del pueblo que pagaron la osadía de ser sencillos con los humildes y ásperos con los poderosos con la proscrición, el exilio o la muerte.

Recuerdo en particular que toda una noche de Cosquín pasó a través de mi galena. La noche con su Luna, sus estrellas y su canto llegaron a mis oídos. “Zamba de mi esperanza” cantada por Cafrune sonó melancólica. Cuando Mercedes Sosa con su voz profunda interpretó “Es Sudamérica mi voz”, yo esperaba la frase “...y la Cruz del Sur bendice el canto que yo canto...”; cuando llegó, sin sacarme los auriculares, me asomé por la ventana para divisar a la más criolla de las constelaciones, colgada del polo sur con sus cuatro vértices trémulos, como tocados por las notas de cristal que los dedos de Ariel Ramírez arrancaban de su clavecín maravilloso. Por último don Atahualpa Yupanqui... El distraído galope de “El alazán” pasó por la galena y yo también me preguntaba ¿...qué estrella estabas buscando?

Hoy las cenizas de don Ata descansan en el Cerro Colorado; las de Mercedes Sosa están dispersas por la patria y las cenizas de Cafrune acaso sean un remordimiento para quienes instigaron su muerte.

Así como la tiza se desvanece en polvo del saber contra la pizarra, estos artistas que hoy son cenizas, renacen con sus cantos en esa misteriosa conexión que une los corazones, misteriosa como mi humilde radio a galena.

Fulvio Augusto Rottaris vive en el barrio Providencia de la ciudad de Córdoba, Argentina. Nació en esta ciudad el 18 de abril de 1959. Es docente y ganador del Primer premio del Concurso *Vivencias* 2012 ZelerKraut, Córdoba.

## NEW WAVE

Por Francisco Javier Rodríguez Barranco

Apenas una pizquita de cayena, pero él no recordaba haber puesto un programa de cocina. Sería la primera vez que lo hiciera: si total, mientras siguieran existiendo los platos precocinados. Todas las noches activaba el temporizador de la radio con la emisora de música habitual y se dormía escuchándola. Y la reciente ruptura de pareja no podía haberle dejado tan tocado como para que hubiera sintonizado eso, así, sin más ni más, de buenas a primeras. Que no, que no y que no. Bueno, pero si es que además, el despertador entraba siempre con la misma cadena: *su* cadena.

Aquella mañana, sin embargo, se levantó, aseó, vistió y desayunó con programas desconocidos. Advirtió además que la frecuencia en el equipo era diferente de la que tenía seleccionada desde hacía mucho, porque él era una persona de las de piñón fijo en cuanto a gustos. Si algo le gustaba, le gustaba y punto. Tampoco tenía por qué estar haciendo experimentos de apreciación estética. Por eso, dedicó un tiempito a valorar la verdadera naturaleza de la nueva situación.

Si se tratara de un transistor de los de sintonizar con ruedecilla, no sería del todo de extrañar que se hubiera movido algo el dial. No digamos ya una de esas antiquísimas, aunque preciosas, sin duda, que una cosa no quita la otra, radios de válvulas, muchísima mejor calidad de sonido, aunque claro. Pero es que se trataba de un equipo de ultimísima generación, con sintonizador y display digital, por supuesto, que uno está dispuesto a renunciar a la calidad de sonido de lo analógico y hacer concesiones a lo digital, siempre y cuando esto nos garantice una cierta falacia de seguridad. Seguridad digital, vaya: entre el cero y el uno no caben valores intermedios. Por lo tanto, todo este caprichito tecnológi-

co estaba completamente fuera de lugar. Inaceptable, en una palabra.

Tampoco podía llamar a la oficina y decir que esa mañana no iba hasta que se aclarara todo: “Oye mira, Pancracio (Pancracio se llamaba su jefe, que también los padres, anda que la ocurrencia), que hoy no puedo ir a trabajar, que la microcadena de música está haciendo lo que le parece”. Porque uno no deja de ir a trabajar si no le funciona el equipo de alta fidelidad (de ultimísima generación). No existían precedentes. Se imaginaba el recochineo de sus compañeros. Lógico.

Pero aquello, ciertamente, no había ni por dónde cogerlo. En ese mismo instante la radio estaba emitiendo un programa de reggaeton, porque sí, porque le daba la gana, porque ese día ese conjunto de microcables y microcircuitos integrados, esa máquina del averno se sentía creativa. Bueno, creativa a su manera, porque eso también sería muy discutible, vamos. Y, realmente, él se sentía impotente: apenas podía asistir como testigo (audio-testigo, ya me han comprendido ustedes) a toda esa catarata de despropósitos. Y encima la melodía del reggaeton era de las pegadizas, que ya era el remate. Muy impotente.

Con todo y con eso, al final decidió no hacer nada y que todo siguiera su curso espontáneo. CARPE ONDAM! pensó según apagaba las luces para salir de casa, tan campante.

Francisco Javier Rodríguez Barranco nació en Madrid el 20 de julio de 1961. Es profesor de Lengua Española. Su tesis doctoral versa sobre Adolfo Bioy Casares y su diálogo con Borges y ha sido publicada parcialmente en *La vida de una imagen*. Es autor del libro de relatos *El principio de incertidumbre*.

## VIEJO QUERIDO

Por Gonzalo Tomás Salesky Lascano

*Viejo querido... te extraño cada día más.*

Empecé a escuchar la radio el día que murió papá. No sé por qué. Como si una parte de mí se hubiera ido con él. Como si a partir de ese día, mi vida se hubiese llenado de silencio y necesitara llenarlo con algo.

Eso sí, sólo palabras. No me gusta escuchar música, mucho menos a la madrugada. Sólo las palabras me ayudan a recordar a mi padre, a tenerlo presente, a pensar qué hubiera pensado él de estar aquí, qué diría si escuchara tal o cual noticia. En cambio la música... por más bonita que sea, siento que me hace olvidarlo. Que me aleja de su recuerdo, de su sonrisa, de su presencia en mi alma. No sé por qué.

Tal vez le tenga miedo a la soledad. A la nostalgia. A la tristeza. Cuando escucho que la radio me habla, todo eso se transforma en otra cosa. ¿En qué? No lo sé todavía. Cuando esas voces me acompañan, cuando me informan, cuando relatan partidos que ya no me interesan... siento que mi viejo está a mi lado. Que él también sigue escuchando los partidos de San Lorenzo, como siempre lo hizo en esa vieja Spica.

Tengo una sola grabación de mi padre. Justamente, es un reportaje que le hicieron en una pequeña radio de mi ciudad. Unos días atrás, él había publicado su última novela y, como parte de la presentación, dio esa entrevista.

Fue hace más de quince años. En ese momento, no quise oír el programa. Lo grabé en un casete virgen de color negro, para escucharlo alguna otra vez. Quizás cuando mi viejo ya no estuviera conmigo.

Pero... el tiempo ha pasado. El casete sigue guardado y no quiero escucharlo. Una sola vez lo intenté. Pero sentí que se me desgarraba el alma y tuve que apagar el grabador.

Quizá prefiera recordarlo así, escuchando otras voces, no la de él. Pensando en él cada vez que San Lorenzo hace un gol. Extrañando sus abrazos en ese momento, aunque a mí no me guste el fútbol como a él.

Desde que me levanto hasta la hora de dormir, sé que él también está escuchando lo que yo escucho, esté donde esté. Las ondas, el éter o lo que sea que lleva el sonido a través del espacio, sé que llegan a donde él está. Donde él me espera. Donde espero ir pronto porque, *viejo querido, te extraño cada día más.*

Gonzalo Tomás Salesky Lascano es de Córdoba, Argentina, y de 1978. Docente. Escribe poesía y narrativa. Ha publicado tres libros -2011, *Presagio de luz* y *Ataraxia*- que se pueden descargar gratuitamente desde el sitio web <http://gonzalosalesky.blogspot.com.ar>. Obtuvo distinciones en certámenes literarios de España, México, Venezuela, Argentina, Estados Unidos y Australia.

## **EL SEÑOR CORDERO**

Por **María Florencia Sassella**

Estamos presenciando un ataque al señor Carlos Cordero. Somos chicos, no nos damos cuenta de lo mal que está comer este hecho ni de lo terrible que es para nosotros verlo.

Su sufrimiento nos parece espantoso y sentimos sus quejidos muy dentro, como arañándonos. No podemos desembarazarnos de nuestra conciencia del horror. El más cruel. El que no se va, ni se perdona.

Pero somos demasiado jóvenes y esto pasa. La mente lo borra con el transcurso del tiempo. Lo dicen todas las señoras de batón y rulos, y los señores de barba blanca, que siempre suelen tener razón; quizás al hablar sólo buscan consolarse un poco.

El señor Cordero ya no se mueve, y el tono rosado de sus mejillas permanece sólo en nuestros recuerdos. La oscura sangre le brota furiosa desde su boca, su pecho y su cabeza, empapando todo lo que se interpone en su camino. Sus agresores se alejan, entre risas y aullidos de triunfo. Creemos que acaban de tomar algún tipo de venganza, pero ni se nos ocurre por qué o por cuánto. Hasta nos asusta el sonido de la radio, que continúa encendida a todo volumen.

Nos quedamos calladitos, acurrucados, gélidos. Ahora el mundo es malo, peligroso. Antes era distinto, era desde lejos. La cercanía convierte a las cosas en gigantes, inabarcables, exageradas.

Llegan unos sujetos uniformados al sitio del horror. Examinan al impertérrito señor Cordero, lo palpan, le revisan entre sus ropas. Se lo llevan, pero no somos capaces de imaginarnos adónde. No limpiaron nada; todo el lugar continúa prolijamente vestido de sangre. Ni siquiera apagaron la radio.

Hemos decidido que nunca vamos a matar a nadie, ni siquiera a una hormiga. Y aún más, al advertir que al señor Cordero lo han devuelto al rinconcito del horror. No podemos concebir que no se mueva, mucho menos que él esté allí, pero que al mismo tiempo no esté. Ahora existe la muerte.

El tiempo parece haberse detenido y al señor Cordero le está ocurriendo algo muy raro, porque comenzamos a percibir un indescribible hedor. No podemos huir; nos encontramos

magnéticamente atraídos, quizás porque se trata de algo que no podemos comprender ni resolver.

La radio ya no se oye. El señor Cordero se ha convertido en un montón de huesos, mientras que nosotros ya no somos los mismos. Somos los próximos.

María Florencia Sassella es abogada. Nació el 20 de noviembre de 1978 en Buenos Aires. La antología de cuentos *Letras de Oro*, de 2008, editorial Nuevo Ser, incluye dos relatos de su autoría.

## **SINTONÍAS**

**Por Graciela Beatriz Sisto**

La radio es el teatro de la imaginación.

*Horacio Geolkiewsky*

Sobre el tapete plástico con flores pintadas, la radio desgrana un tango nostálgico. La escoba se acomoda al dos por cuatro y Nilda la sigue como puede, mientras barre las baldosas de la galería.

Son las siete. La vibración jadeante de las chicharras presagia otro día de calor agobiante. Por ahora, el aire está fresco

bajo el alero y tiene el olor terroso de las hojas de malvón recién regadas.

Me acerco a la mesita y dejo la pava sobre la tapa de mármol.

Ella se acerca y se deja caer con un suspiro sobre el almohadón rayado. Conversamos. Alabo la gracia del baile y Nilda sonríe con una mezcla de vergüenza y coquetería. Después, hilvana fragmentos de pasado. Me gusta escucharla. Por un instante, el lugar se convierte en el microcosmos de su memoria. Es fácil imaginar. La galería repleta de anacronismos lo permite... y la radio, que sigue transmitiendo melancolía.

Entonces puedo verlas: tres generaciones de mujeres sentadas en torno al aparato, en las mismas sillas de hierro blanco, con sus labores de bordado sobre las faldas. El padre acaba de cerrar la peluquería y llega justo a tiempo para escuchar un capítulo más del melodrama. Oscurece. La abuela enciende el farol de querosén. Afuera, la noche enciende grillos y sapos. Acompañan bien a las voces irrepetibles que vienen del otro lado, voces cálidas que permiten imaginar a placer el rostro de sus propietarios. Rostros que viajan en ondas invisibles y se cuelan, a la misma hora, en todos los hogares.

Son las dos de la madrugada. Salgo al balcón. Una brisa trasnochada agita campanas en un edificio cercano. Risas amortiguadas suben desde la calle. Algunas ventanas tienen luz. Permiten asomarse un instante a otras vidas, espiar cotidianidades ajenas. La urbe no guarda intimidades, como la galería. El bar de enfrente cierra las persianas con un chirrido metálico.

Prendo la radio. Suena una canción de los '80. La voz profunda del locutor gotea versos: "Soñamos juntos, juntos despertamos... el tiempo hace o deshace mientras tanto..."

Y una cofradía de noctámbulos insomnes se conecta tácitamente.

Otras sintonías. La misma magia enciende el aire.

Graciela Beatriz Sisto nació en Río Gallegos, Santa Cruz, en 1969. Vive en Centenario, Neuquén. Participa en un taller literario desde 2008. Recibió dos menciones en poesía en los concursos *Junín País* 2009 y 2011 y fue seleccionada para la edición de *Identidades* (Plan Nacional de Lectura). Obtuvo mención en los concursos de relato breve *Fraterna* y *Voces del Alma*, organizados por el Colegio Médico de Neuquén en 2012.

## LA INTERSECCIÓN

Por Estela Mary Soliani

Aquel era un mundo de órbita azul, con un espejo de agua y una hilera de árboles gigantes como frontispicio. Una campiña de generoso latido donde el silencio componía una sintonía cerrada entre alboradas y atardeceres. Era el mundo de mi infancia, allí vivía mi familia en una pequeña casa en comunión estrecha con la soledad.

Nuestras voces se aletargaban en la explanada que habitábamos a la vera de una calle de tierra que llevaba al poblado más cercano y a la ruta del tren que se inclinaba hacia Bue-

nos Aires. Pero otras voces nos llegaban en las alas del aire. Voces que se personificaban en el relieve cuadrado de la radio que emergía de una de las paredes del comedor, donde una repisa de madera la sostenía como un templo sostendría un sarcófago.

Mediando la década del sesenta ya todos sabían que no se trataba de magia, pero la magia estaba en la trama de lo que oíamos, en aquella intersección singular entre dos mundos tan diferentes.

Yo comenzaba a crecer grandes sensores y no se me escapaba la eclosión desbordante de ese encuentro de horarios fijos.

Entonces el fragor de la ciudad nos invadía, las ondas perforaban nuestra quietud con sus candilejas y su fiebre, al tiempo que se corrían los límites entre lo imaginado y lo vivido. Una retahíla de emociones comenzaba en la hora de la siesta con los ritmos impactantes de la Nueva Ola, luego la romántica novela de la tarde y por las noches, el Glostora Tango Club y el compás arrabalero de sus tangos. Finalmente el fútbol, delicioso ágape que radio Rivadavia de Buenos Aires servía los domingos y que brillaba en los ojos de mi padre cuando el Relator de América discurría los vaivenes de un partido con adjetivos justos y suspenso extremo. Aquel domingo que recuerdo especialmente jugaba Boca con su archienemigo River.

Mi papá tenía una debilidad sanguínea por el equipo azul y oro. Ante un comprometido avance de River sobre nuestro arco, seguramente sin poder soportar la tensión, decidió encaminar sus pasos hacia un cobertizo cercano en busca de la parrilla para preparar asado. Después de caminar unos metros la ansiedad viaja en el aviso de mi mamá y lo detiene en seco: “Viejo, penal para River”, pero inmediatamente él levantando displicentemente un brazo continúa su marcha y

como si se tratara de un conjuro sentencia: “Para qué está Roma en el arco, que lo ataje”.

La tonalidad afónica del relator deja caer una bengala de vibraciones, una sinfonía de palabras para decir que Roma atajó el penal ese día, que sazónáramos con aplausos la noticia al regresar mi padre. Que atajó el tiro justo ahí, donde la línea separa para el arquero el fuego del Olimpo y la maldición del gol. Boca salvó el partido asido a aquel mínimo espacio de perfecta asimetría. Como nuestra intersección, a la que regresábamos una y otra vez presos de un ámbito que nos aseguraba la ilusión, transitando el éter con su corazón de cristal y su rostro prohibido.

Estela Mary Soliani nació en Idiazábal, Córdoba, en 1954. Vive en Plaza Huinul, provincia de Neuquén. Es licenciada en Psicopedagogía. Integró la antología de poesía y narración *Navegantes en la Patagonia* y ha publicado -*Una experiencia de capacitación docente, Las estrategias del naufragio* y *El modelo didáctico que subyace en las prácticas pedagógicas*- en formato de libro y digital.

## **INTERENCENDIDA, SIEMPRE**

**Por Jorge Humberto Soria**

Futuro fútil, funesto fue el de quienes no escuchaban radio. Fuerza fulminante, fundamental funcionó siempre en quie-

nes la escucharon en un mañana siempre mañana, tarde y noche. Y uno de ellos era mi padre, quien con su inseparable Inter en la mesa de luz hasta su convalecencia, agonía y creación, no se explicaba el porqué de poder escuchar esas voces, esos sonidos, estando y generándose a tanta distancia y sin ninguna mediación de cables u otros objetos. Cuando mencionaba esto Francisco adquiría una expresión circunspecta, escéptica, y aunque ensayé una elucidación científica, más que desembarazarse de la ignorancia él siempre quiso seguir con la intriga, el misterio, la perplejidad que este “fenómeno” –así describía tamaña maravilla- le causaba. Sí, Pancho eligió seguir disfrutando lo inexplicable, lo enigmático, lo mágico, a dobligar su asombro ante un razonamiento supuestamente indiscutible. Cuando prendía la radio a las cinco de la madrugada no tan sólo volvía a elucubrar esto sino que, sin saberlo, acudía al inaudible s.o.s. que yo lanzaba desde los pueriles y monstruosos miedos nocturnos. Él era el genio aladinesco rescatador que con la radio como lámpara, con carcasa, perillas, dial, transistores, parlantes, frituras de frecuencias, ruidos badulaques y trabalenguas aleatorios de sintonización, silenciaban el silencio y disolvían mi velado pedido de socorro en la oscuridad, ora regalándome “Hormiga negra” en polifónico papel radio-teatral, ora devolviéndome el sueño y los sueños, en la claridad ausente pero presentida del amanecer.

Involuntariamente inanimaba, incineraba los fantasmas mi padre cuando encendía la radio; intencionalmente – intuitivo– invocaba otros duendes para que en el sopor profundo –“esa muerte de cada noche”– lo ayudaran a retener lo que la radio decía, así una vez despierto, intentar recordarlo. “Si este ‘fenómeno’ es tan increíble e inexplicable en vida –cavilaba– ¿por qué no puede ser posible en muerte? Si aun cuando duermo yo sé que la escucho: ¿se podrá oír algo después de que ‘la huesuda’ venga a buscarlo a uno?” medi-

taba Francisco. En sus últimos días cada pariente cercano y vecino de la cuadra fue entrando a su habitación por turnos, rigurosamente dados por él, en un tácito y recíproco pacto de despedida. No obstante aquella ceremonial convención, Pancho a lo sumo bajaba el volumen de su Inter, nunca la apagó. No sólo quiso esperar así su momento, sino que dejó el expreso pedido de que la radio, con la intensidad que rutinas y actividades hogareñas lo requirieran, se mantuviera siempre, siempre encendida.

La endeble chalupa de mi viejo no capeó la augural borrasca de agosto del aquel año, que lo sumió en el último naufragio; pero su radio sigue allí, en la mesa de luz, y aquí, en nosotros, siempre, siempre encendida, como la utopía a la que él nunca quiso renunciar.

Futuro fútil, funesto fue el de quienes no escuchaban radio. Fuerza fulminante, fundamental funcionó siempre en quienes la escucharon en un mañana siempre mañana, tarde y noche. Y uno de ellos es mi padre.

Jorge "Trueno" Soria integró diferentes grupos musicales como cantante y/o arreglador vocal, premiados a nivel nacional e internacional. Actor, profesor de Arte Dramático, música y danzas Nativas argentinas. Autor, compositor e intérprete de la cantata *Urbe Neuquén, nuevas canciones del lugar*. Desde 1989 conduce y produce espacios radiales en radio UNCo-Calf (103.7). Publicó poemas en libro *La región canta y cuenta*, editorial Dunken, 2011.

## EN SIMULTÁNEO

Por Laura Alejandra Soto

Siete grados bajo cero. Afuera el frío talla las últimas hojas de los álamos y los deja desflecados. Me blindo entre las cuatro paredes de la cocina y me dejo acurrucar por el susurro de la radio. Necesito sujetarme, tomar fuerzas para poder enfrentar el otro lado del portón de calle.

Falta mucho para que aclare, tengo tiempo para el sopor, para los ecos y sus travesuras. Me preparo para enfrentar a mis propios personajes, aquellos que se construirán sobre la marcha entrelazada de la noticia y mi imaginación. Me dejo llevar por un mundo de duplicidades, donde la certeza, la original premisa, es la sabiduría que emana de lo incierto, de este vértigo de entregarse a la escucha y desmadrarla.

(En la radio, 23/6/2008): "...en Villa La Angostura/ el cartero Jorge Salvo se niega a entregar correspondencia/ barrio El Mallín/ ataque de una jauría/ cinco perros por familia".

Jorge tiene sólo los ojos libres, a pesar de sus años en la cordillera, tiene frío. Puedo seguirlo en su silencio.

*El mismo silencio que me asedia en el leve vapor del mate empastado de miel. Siento desde el fondo de mis pantuflas de corderito cómo el terror lo va ganando.*

El cartero sabe que lo están esperando. Cimarrones. Crueles. Feroces.

*Cinco perros flacos, con el pelaje en grumos, tibios, temblorosos. También salvajes, igual que mis niños en sus cunas la primera semana. Con sus fauces abiertas reclamando comida. No los conmueve la herida, la turbación de vientres y de*

*cascos. El grito, el ladrido, es un manajo de recelos y augurios incisivos. Una articulación desajustada e indeleble.*

Jorge siente su propia cobardía agazapada.

*Es la mía.*

Su desasosiego pesado y corpóreo está pronto al desenlace. Semejante pavora por un par de palabras.

*¿No son tiernos los niños? ¿No son fieles los perros? Los pequeños peluches destilan su rabia incontenible. ¿Los vacunaste? ¿Tendrán parásitos? ¿Ya comieron?*

Fue entonces doblar derrapando sobre el ripio y fue,

*lo siento en mi propio pecho,*

un manajo de dientes y arrebatos mal trincado se le viene encima. Nadie sale.

*Es que hace frío.*

Sobre la nieve quedan las gotas de sangre marcando la retirada.

*Como en ese cuento de Gabo.*

Llega a la oficina. Jorge tiene ganas de llorar.

*Este agujero negro reflatando con la luna me apolilla las sonrisas...*

Un sumario está en camino, “los perros son una excusa, seguro te chupaste todo”, le dijo el jefe.

*Me refugio en Kundera: “El personaje no es un simulacro del ser viviente... El novelista no es un historiador ni un profeta: es un explorador de la existencia”.*

No es el dolor ni es el desfallecer. Es la certeza de saberse cobarde. No podrá sostener su negativa en el tiempo.

*Es hora. Esta jauría, que me es propia, husmea en mi interior. Voy a quedar a merced de la sal y el viento.*

*En éste, mi mundo ambiguo, la verdad siempre es ajena, permanece oculta, no pronunciada, no pronunciable, imposible de contener en palabras.*

La radio sigue encendida. Mezcla historias, motivos, reflejos.

Amanece.

Laura Alejandra Soto es de Buenos Aires y vive en Neuquén. Nació en 1964. Licenciada en Comunicación Social (UBA), ha publicado *La torre de los nobles cautivos*, editorial Navarro Bravo; *Ramos Generales– Desfiladeros*, *Desfiladeros*, edición de autor del Taller de la Esquina, Cipolletti, Río Negro.

## VIAJE HERTZIANO

Por Fernando Ángel Soto Vidal

Aquella mano dura, llena de callos y algunas cicatrices se aproximó al autoestéreo. El anillo de bisutería que llevaba en el dedo anular relumbró bajo los rayos de sol que le daban plenos. El dedo índice se estiró apenas y rozó el botón de encendido y de inmediato se escuchó la voz de Pedro Infante:

“...Un amor que se me fue  
otro amor que me olvidó  
por el mundo yo voy penando...”

Los cuatro militares y el fotógrafo que los acompañaba viajando encogido en la parte trasera del jeep escucharon atentos. Algunos tararearon desafinados la letra de la canción. Después siguió uno tras otro el desfile de artistas mexicanos: Antonio Aguilar con “Tristes recuerdos”, Cuco Sánchez y su clásica “Fallaste corazón”, Pedro Vargas con “Flores negras”, Miguel Aceves Mejía cerró aquel set musical con “El pastor”.

La voz de la locutora se escuchó identificando la estación: XEWYZ, la voz de Bolivia transmitiendo desde el corazón del Chapare...

-¿La voz de Bolivia? -dijo en voz alta y emocionado el fotógrafo-, si es pura música de mi país y de hace casi 50 años...

-¿Cómo? ¿Es usted mexicano? -preguntó el capitán que dirigía esa unidad.

-Sí, soy mexicano y llevo tanto tiempo en Bolivia y en esta selva que la nostalgia me estaba impidiendo hacer bien mi trabajo.

Esto rompió la tensión que se percibía antes. Los militares ya no estaban inconformes con la tarea de cuidar a aquel desconocido; él los acompañaba para hacer fotos de su trabajo localizando y destruyendo fábricas de cocaína en esa región.

Después de la identificación y de los comerciales la música prosiguió. Los primeros acordes hicieron que el mexicano casi diera un salto. La voz de Jorge Negrete resonó por toda la selva cochabambina:

“Voz de la guitarra mía  
al despertar la mañana  
quiere cantar de alegría  
a mi tierra mexicana...”

Una lágrima rodó por la mejilla del fotógrafo.

-Ése es mi segundo himno, amigo, musitó-; usted prendió el radio y encendió el aire... Me hizo viajar miles de kilómetros y sin pagar un solo peso por el boleto. Gracias...

Fernando Ángel Soto Vidal es fotoperiodista. Nació el uno de octubre de 1960 en la ciudad de México y vive en Yauhtepec, Morelos, México.

## LAS OTRAS VOCES

Por Mirta Stagnaro

Una tarde de verano, aterrizó sobre el aparador de la cocina una caja de madera pintada de verde. Tenía caladuras en el frente, dos botones marrones y una tapa que cubría la parte de atrás. Ese raro ejemplar era una radio a transistor que por aquellos tiempos mi padre había truequeado por trabajo. Raro y maravilloso ejemplar que inundó de sonidos y voces la casa. Cuando mi papá dio vuelta el botón de la izquierda, quedamos mudos, incrédulos, un poco asustados de escuchar hablar a gente que no estaba.

-No hay que tocarla, decía mi papá.

-Ni cambiarla de lugar, le seguía mi mamá.

Pero cuando los grandes se iban a dormir, desprendíamos con cuidado la tapa buscando en su interior a los “hombrecitos” que parlotaban, tocaban música, y a los caballos de la radionovela que con un realismo impresionante hacían sonar sus cascos. Sólo encontrábamos lámparas de vidrio y cablecitos de colores. Paciencia, la próxima vez los sorprenderíamos antes de que escaparan.

La radio cambió la vida familiar, fue motivo de alegría y entretenimiento; papá nos hacía callar cuando daban las noticias y mamá cuando escuchaba la novela. Los primeros tiempos anduvimos obsesionados atrás de esos personajes que desfilaban todo el día por la casa; después, volvieron a atraparnos los juegos del patio, los mandados y la fruta robada a la siesta. A mí a veces me volvía la inquietud; entonces arrimaba un banquito para alcanzar el aparador y me quedaba horas escuchando. Entre programa y programa, la voz ronca de un locutor decía:

-Estimados oyentes, estamos con ustedes en el éter de seis de la mañana a doce de la noche.

-Éter, éter. ¿Qué sería el éter? Fina niebla, vapor sutil que se diluía por los rincones llevando la voz de los ausentes.

La radio metió al mundo en nuestra casa, y empezamos a imaginar qué harían los chicos en otros lugares:

-Te juego a que en este momento una chinita está saltando en la rayuela.

-Te juego a que en este momento un bebé está llorando en Guatemala.

-Te juego a que en este momento un esquimalito está jugando a la payana.

¿Tendrían piedras los esquimales, tan llenos de nieve y con casitas de hielo?

Hacíamos conjeturas, y siempre quedaba flotando algún misterio.

Todos los días, durante unos diez minutos, un locutor relataba historias en las que desfilaban distintos personajes. Cada vez, terminaba el programa diciendo: "...es por eso que siempre tenemos que ver... el otro lado de las cosas". Esa frase me daba vueltas en la cabeza y a veces vuelve a mi memoria.

¿El otro lado de qué? El otro. Ponerse en el lugar del otro. Las cosas del otro lado. La otra orilla. Los que están del otro lado. El lado que nos toca.

Mirta Stagnaro nació en Centenario, Neuquén, el 10 de mayo de 1954. Jubilada, desde el 2004 participa de talleres literarios. Actualmente integra el taller de lectura y escritura *Decires*. Participó de plaquetas cooperativas en el taller literario municipal y en la revista independiente *Por Amor al Arte*.

## FRECUENCIAS EN CONFLICTO

Por Jorge Emilio Schönfeld

Durante dos años, semanalmente, viajé en mi automóvil desde Buenos Aires a Rosario por cuestiones de trabajo. En cada regreso, maquinalmente encendía la radio para ir captando las señales de los pueblos que iba dejando atrás. Me enteraba de los nacimientos en Arroyo Seco, los mensajes de los oyentes de Villa Constitución, y así, hasta llegar a Baradero, donde tomaba ya las señales de las transmisiones más conocidas de la Capital.

Recuerdo también que al llegar a San Pedro -habitualmente de noche-, cruzaba frente a un cartel no muy grande, pero que inevitablemente mis ojos captaban: “Cementerio”. Por si algún ánima aburrída decidiera acompañarme un trecho del viaje, comenzaba a hablarle tratando de encontrar empatía rápidamente. (En realidad, me estremecía la idea de que pudiera suceder, y soltar un monólogo aflojaba mis nervios). Hablaba y me contestaba impostando alguna voz de acuerdo con el sexo elegido de mi callado contertulio.

Pero en un viaje singular, y a la altura de San Pedro, las frecuencias de dos radios comenzaron a entremezclarse. Una, conducida por un pastor evangelista, aparentemente brasileño. La otra, por una seductora voz femenina abordando temas eróticos. Lo que sigue es la inefable mezclanza de frases que retuve en mi mente.

(Ella) -Mishiu, las mejores cremas eróticas para...

(El) -penetrar en lo mais profundo de tu...

(Ella) -¿no te animás a decirlo? ¿querés más en la CAMA...

(El) -SU TRA, su trabajo anda mal? ¿Nao consigue tener un pleno...

(Ella) -orgasmo explosivo, decíselo, pedile...

(El) -¡sí, hermano! pide y se te dará, los an...  
(Ella) -geles íntimos para la pareja. Reavivá la pasión perdida...  
(El) -Con el óleo da bendición todos tus males serán superados...  
(Ella) -Con las cremas Mishiu, te vas a portar tan mal que la pasarás...  
(El) -Cómprala en el templo...  
(Ella) -O en las mejores farmacias de la zona...  
(Ella) -Tenemos un oyente en línea...  
(El) -Vamos a falar com una pesoa abrumada, ¿está vocé en línea?  
(Ella) -¡Hoolaaa! ¿cuál es tu nombre, bombón?  
(El) -¿Está vocé al teléfono? ¿Cómo te llamas?... Parece que nao me escucha...  
(Oyente de Ella) -Y mis amigos me dicen: Remigio, pará con la Aurora. Desde que compraste las cremas Mishiu vas de mal en peor... Aurora es mi oveja y es...  
(Oyente de El) -...una oveja descarriada. Así me siento pastor...  
(Ella) -¡Bueno, bueno! ¡Remigio resultó un demonio!  
(El) -Demonio que expulsaremos nel templo pra que vocé vuelva al rebaño...

Llegando a Baradero presté atención al dial. Giraba sólo (¿sólo?) entre dos frecuencias nada casuales. De pronto la radio se apagó, el limpiaparabrisas se lanzó por su cuenta a barrer insectos de la luneta, impidiendo que yo pudiera ver el camino. Me detuve en la banquina. Toqué el asiento de al lado. Y estaba muy frío, demasiado frío para una calurosa noche de enero.

Jorge Emilio Schönfeld nació en San Martín, provincia de Buenos Aires, el 13 de enero de 1956. Contador Público Nacional. Recibió el Tercer

Premio de Poesía del Rotary Club. Participó de varias antologías poéticas. Tiene en curso la edición de un libro de cuentos y poesías por la editorial De los cuatro vientos.

## **SINTONIZANDO EN LA MISMA FRECUENCIA**

Por Ana Unhold

Siempre viajo a Chacabuco. Allí alternan el verde de la soja con el oro de los trigales. Al amanecer estallan los trinos: jilgueros, golondrinas y frágiles colibríes. Silos harineros emergen detrás de añosos eucaliptos. Amalgamas posibles como las razas en este país.

Caminando, topé con una casa colonial, con amplias galerías y un jardín con hibiscos, arbustos y palmeras. Un cartel rezaba “Hogar San José”. Entré a ver el oratorio. Al salir, oí un programa radial que sintonizo todas las tardes. En silla de ruedas, un interno, delgado, maduro y pulcro, con la radio en el regazo y, sobre la única pierna, un libro de Nietzsche. Sorprendida, me acerqué a saludarlo.

-Me llamo Julio Calzada, extendió su mano, ansioso por conversar. -Rafael Calzada era mi pariente. El del pueblo...

-Coincidimos en el gusto por la radio, dije.

-Es mi compañera... Mi vida -pensó Julio en voz alta- no es más que la suma de azares y pesares que no me han revelado nada. La única fiel ha sido la radio. Mi mujer se fue. Ella

estuvo allí. Cuando quedé sin casa y trabajo, fui a vivir a un galpón, allí estaba, llenando el espacio y el aire. No tengo que mirarla como a la televisión. Leo y escribo. Leer es como vivir dentro de las palabras de otra persona. Es escuchar música a través de la piel. Con la radio me pasa lo mismo. ¿Sabe que escribo?

-También soy escritora, respondí.

-Entonces, le daré algunos de mis escritos.

-Vengo una vez al mes, agregué. Le traeré libros ¿Cómo vino a parar aquí? ¿Tiene familia?

-Dos hijos, alejados. Cuando quedé solo me abandoné, enfermé. Acumulaba lo que otros tiraban. Aparecieron ratas y cucarachas, no me aseaba, tenía el pelo largo y un aspecto temible. Un vecino me denunció. Me internaron y amputaron una pierna. Eso sí, no me separo de mi radio. Cuando salió la jubilación me pagaron mucho dinero. Apareció un hijo. Culposo, le di casi todo el dinero. No volvió más, dijo; quedó en silencio, sólo interrumpido por los desafinados trinos de los loros. Allá, se juntaba el sabor de mi comida con el humo del fogón, el olor a basura, los informativos, las entrevistas, la música, todo unido y unido a mí en ese aire irrespirable de la soledad. La radio es para solitarios o los que viven en lugares alejados que no tienen otro contacto. Su sonido es como un ángel, presente pero no pretencioso ni impaciente. Los solitarios necesitamos comprensión. Yo abandoné las comodidades. Sólo me visitaban las palabras. Mis amores son la radio y los libros. Me ayudan a soportar la tristeza.

Por un año visité a Julio. Me esperaba con ansias. Sus escritos resultaron bastante crípticos.

Pronto me informaron que Julio había partido mientras dormía una siesta, abrazado a su radio.

Recordé algo que Julio dijera: No te olvides de esta ave solitaria con sus alas heridas y un cordel en las patas.

Ana Unhold nació en Bella Vista, Buenos Aires. Es profesora en Ciencias Naturales, artista plástica y escritora. Ha publicado, en narrativa, *Los límites del paraíso*; *De amores, odios y otras bellaquerías*; *Palabra capital*, *Bogotá develada*, y recientemente *La nena*. También escribe poesía. En Neuquén se desempeñó en el área de educación como docente y directiva.

## **CUANDO EL ALMA ESCUCHA**

Por Malén Suyai Varela

Desde que tengo memoria, a este grupo de cuatro que es mi familia les gusta jugar a adivinar. Se preguntarán ¿adivanzas? Es un poco más complicado que eso, no son simples acertijos sino que es apuntar a esa memoria emotiva, ésa que se lleva en el alma y que sólo sale a flote si se dice la palabra correcta, la palabra clave, como suele decirse, “la palabra”.

Al pasar los años, el juego se fue quedando sin jugadores. Se ve que el tiempo pasa para todos, para las canciones, los

artistas, la televisión, los juguetes, la adolescencia e incluso para las personas, como si quedaran obsoletas cierran los ojos y ya no están. Así fue que ordenando el cuarto de mamá encontramos un papel añejado con la letra afectada por las arrugas y el mal de Parkinson:

“Existe un lugar en el que todo es posible, un lugar en el que la magia es la principal protagonista y en el que sólo se accede cerrando los ojos. Existe un lugar en el que de un lado del vidrio la luz roja no implica frenar, sino que es un “sí”, es darle la mano a la soledad, es vivir a pleno cada emoción y hacerla voz. Hacerla real en cada sonido; es hablar de la cocina y sólo escuchar la cuchara en contra de la olla y el crujir del fuego. Un lugar en donde el silencio no es malo sino que es fundamental para que la palabra respire, tome impulso y como en un globo aerostático vuela más alto. Un lugar en el que los segundos no hacen de cuenta regresiva sino que se suman como latidos al corazón, que hacen que la piel se erice cuando no puede borrar del diccionario palabras asesinas a la lucha cotidiana y tiene que hacerlas real. Este lugar que es infinitos lugares a la vez, que hace honor a la bifurcación, es un lugar comprendido en dos partes: desde donde se hace persona la palabra, y desde donde esa palabra personificada abraza a quien está en este lugar del mundo.

“Abraza a quien sale a comprar el pan, a quien recorre la calle buscando qué darle de comer a sus hijos, a quien limpia sin parar y al que el desorden es moneda corriente, a quien tiene rulos y a quien no. Abraza sin distinción, sin entender a la persona como un género o como una edad que aumenta, abraza porque es palabra, porque llega, porque el oído no es la puerta de ingreso, sino cada poro de la piel. Les aseguro que en ese lugar del que les hablo, la palabra es un acertijo para el otro, quédense tranquilos que pueden

llevar ese lugar a donde vayan y jugar ahí hasta que nos encontremos de nuevo en nuestro paraíso. Los amo”.

Pasaron diez años y como bien se imaginan aún no sé de qué habla.

Alicia: ¡Mamáááá! ¿Puedo llamar a la radio? tengo que adivinar algo y me gano un cd; como cuando vos jugabas a adivinar con la abuela ¿te acordás?

Hay cosas que se llevan en la sangre, supongo que ya sé de qué me hablaba ella.

Malén Suyai Varela es de Neuquén capital, nacida en 1992. Estudia Comunicación Social y escribe, dice, “desde que tengo memoria”. Desde sus diez años participa en talleres de literatura; actualmente escribe prosa poética e incursiona en cuentos.

## **SUTILEZAS DE LA TARDE**

Por Nilda Josefina Vázquez

Prendí la radio y se encendió el aire... El ambiente cambió rotundamente. Todos los fenómenos tuvieron que esforzarse para ser protagonistas y comunicar su demanda. El gorjeo se contaminó y no fue el mismo, el aleteo de la mariposa naranja con puntos negros y la negra con brillos plateados se

mezclaron con los argumentos de la ausencia del conductor por su constipación. Y eso que sonó a lo lejos predispuso a la observadora que la tarde no sería como la anterior, ni tan atenta a las gotas de agua para mantener húmedo el jardín y fresca la violeta que florecerá ni bien entre el invierno, ni tan alerta a lo que el conductor repetirá seguramente, dada la condición publicada hace instantes. El aire se encendió; entonces ese calor predominó y dirigió el momento. Pero fue efímero. La reiteración de lo ya oído perdió ese interés y el llamado de la tierra seca y el color del orégano se impuso sobre el locuaz orador enfermo. La voz se alejó, se diluyó y las imágenes del verde pálido del durazno ganaron la batalla. Una pregunta a lo lejos bastó para apagar el aire que alteró la tarde, ya no era necesario que el hornero, la calandria, el zorzal o el pequeño jilguero cantaran y contaran su alegría sin la máxima atención de la jardinera. El perfume fresco del abono mojado, el canto natural y el aroma de la lavanda construyeron el fin de la agradable jornada.

Nilda Josefina Vázquez nació en Cajón del Curi Leuvú, Chos Malal, Neuquén, en 1965. Es maestra de grado. Menciona como antecedentes literarios la redacción de discursos para actos, palabras para sus compañeros y sus alumnos, preparación de proyectos pedagógicos y la escritura de un cuento para una compañera jubilada. Vive en Plottier, Neuquén.

## PRENDER LA RADIO PARA APAGAR LA ANGUSTIA

Por Silvia Gabriela Vázquez

Sólo los une vivir en una calle sin nombre y en una humilde casa sin luz, agua corriente, gas, ni teléfono. Radio sí, tienen. Eso también los hace cómplices y pares, además de vecinos.

Comparten el periódico y el noticiero de las siete, buscando una esperanza que despierte su utopía abandonada en el fondo del bolso. El mismo que cada uno usa, sin quejarse, cuando sale temprano a tropezar con lo inhallable: comida, abrigo, aceptación, afecto y en especial, trabajo...

Intentan soñar en una ciudad que corre por las avenidas y se traga semáforos, veredas, carteles de neón y bicicletas. Confundida, famélica y radiante, se ha mostrado vacía de horizontes -hasta hoy- para ellos, que, sin embargo, afrontan la adversidad con alegría.

Cuando el alma les pide una caricia, prenden la radio. El aire, entonces -que por momentos los asfixia- se enciende del mismo modo en que lo hacen sus ojos, envueltos por ese sonido capaz de rescatarlos del fondo de ellos mismos, cada vez que se cruzan.

Sienten que uno de los beneficios de estar vivos es la sensación intransferible de poder elegir. Ellos no eligen el silencio resignado, ni el ruido inútil de la ciega rebeldía. Sintoni-  
zan siempre el dial de la entereza. Calman así su sed de dignidad, su fe en el mañana y su nostalgia.

La radio es un espejo, no sólo de palabras, pues despiertan imágenes que a veces brindan paz, fortalecen, motivan, comprometen, abrazan, dan consuelo.

Cada canción es dueña de un recuerdo o proyecto y la radio se encarga de traerlo a la vida.

Sala de partos del futuro, presente protegido por la sabiduría del pasado.

Noticias, juegos, melodías, opiniones, desde la sombra de quien -lejos de esconderse- se ofrece, en la voz única que envuelve, alejando del miedo, en noches solitarias, insomnes, repetidas.

Los enlaza haber viajado desde lejos, sentirse cada vez menos extranjeros e intentar sobrevivir en un barrio en el que pocos atesoran bienes tangibles, pero muchos desbordan de ilusiones.

Solidarias, sus manos, saben construir confianza en quienes creen que creer no es suficiente.

Ella prende la radio y oye su nombre, pronunciado por él en ese instante.

El mensaje inesperado la conmueve, al fin se encuentran a fuerza de extrañarse y -con su esencia intacta- se prometen que no dejarán nunca de escucharse a sí mismos, aun cuando sus mundos parezcan estar por derrumbarse...

Silvia Gabriela Vázquez nació en Buenos Aires el 6 de octubre de 1971. Es psicopedagoga. Ha sido finalista en concursos literarios internacionales; participó en varias antologías y recibió distinciones de: Fundación El Libro (2009); UPF-ONU (2011); Letras Comprometidas (2011); editorial Limaclara (2012); Sociedad Argentina de Periodismo Médico (2012); Red Latinoamericana de Profesionales de la Orientación (2013). Vive en Lanús, Buenos Aires.

## CLAVOS DE PIÑATA

Por Carlos Ariel Vega

Sonó el despertador a las nueve de la mañana, como todas las mañanas. Esa mañana no sería igual a todas; esa mañana no sería una más; esa mañana mi vida cambiaría para siempre.

Con la desesperación de un viejo cocinero que no encuentra su encendedor busqué a tientas, estirando todo lo posible mi brazo recién despierto, el botón de encendido de mi radio. Mi pequeña radio monoaural, que mis padres me habían regalado hacía unos doce años, esperaba cada mañana que mis dedos la acaricien violentamente para regalarme la compañía de mis amigos sonoros; amigos sonoros, amigos de la frecuencia-secuencia que busca caer en mi antena, en mi antena pararrayos de la soledad.

En el transcurso de los doce mi vieja radio me regaló momentos de extrema felicidad, tristeza y melancolía. Nunca me sentí solo. Mi radio es casi como el frío para los osos polares.

Esa mañana, era un viernes con seguridad, hace exactamente un año, luego de encender la radio, unos minutos pasadas las nueve, mis amigos jamás conocidos comenzaron el programa “Clavos de Piñata” diciendo exactamente esto: Buenos días esclavos, buenos días mendigos, buenos días fracasados, buenos días filósofos de bares, buenos días prostitutas, buenos días Don Roque. Hasta acá todo igual a lo que fue durante doce hermosos años; años durante los cuales terminé el secundario, me fui a vivir solo, me recibí de contador y me enamoré de Gisela.

Daniel Conti, el conductor, continuó con su introducción de esta manera: Hace doce años un sueño se hizo realidad, junto con Del Campo y con Victorio logramos llegar a ustedes

con esta mezcla de sueños rotos y esperanza llamada “Clavos de Piñata”. Nos hemos divertido, hemos llorado; ¿se acuerdan de aquella señora que nos trajo una torta porque según ella habíamos curado a su hija de la depresión? Hemos cantado, hemos escuchado música, mucha música, hemos visto bandas que nos trajeron su demo y ahora llenan estadios, hemos presenciado los nacimientos de nuestros hijos, hemos recibido a más de mil artistas, hemos hecho de todo, pero fundamentalmente hemos sido felices. Durante doce años fuimos felices en estas tres horas con, para y por ustedes; por eso es tan difícil decirles que hoy es el último programa... Daniel continuó hablando pero ya no escuché nada de lo que decía, como si de repente aquella vieja sentencia que dicta que pocas explicaciones uno necesita si la decisión está tomada se me hubiese hecho carne. En ese momento sentí que mis extremidades se estiraban, que mi vello púbico crecía, que mi pene se alargaba, que mi voz se tornaba ronca, que mi pelo se cortaba al ras, que mis remeras de rock se degradaban por la lavandina, que mis revistas pagaban deudas, que mis zapatillas eran duras y brillantes; en ese momento me di cuenta de que mi juventud había terminado y que ahora el duro mundo de la adultez me esperaba en la puerta de calle.

Carlos Ariel Vega nació en Parque de los Patricios, Capital Federal, Argentina, el 16 de febrero de 1984. Trabaja de administrativo pero asegura que su oficio es el de escritor. Ha ganado un concurso de microrrelatos y publicado otro relato en una antología en España.

## INVISIBLE 2

Por Lidia Velázquez

En esos días de andar dolido y solo, cansado, sin entender el sol tampoco la luna, una noche, en medio de una aburrida reunión escuché tu voz, tu santa voz desplegándose como viento leve y profundo.

Las heridas de mi último naufragio y mi timidez arcaica encadenada a mis piernas me impidieron entonces ir a tu encuentro; encontrarte y decirte lo bien que me hiciste aquel día que *toqué* tu voz, decirte que mientras hablabas mi mente oía las ondas de tu largo cabello, perfume primigenio en tus hebras etéreas.

Comencé a seguirte en silencio, acomodándome en lugares donde estuvieras cerca, acepté ese modo inalcanzable, acepté la distante propuesta de tu música eterna, de abrazos solidarios, de justicia atravesando mi espalda y fantaseé que íbamos juntos por las altas cumbres de mis anhelos, entonces, entonces -fue así-

Y quería, juro que quería ir a visitarte y presentarme:

-Señorita...

*-Señora, mucho gusto mi nombre es Luis Gómez, soy divorciado, soy padre de tres hijos, y tengo algo para ofrecerle... y también quería felicitarla, felicitarla, felicitarla, felici...*

Y ya... me quedaba sin palabras.

-¡*Qué arrastrado!*!, me decía una y otra vez.

Un día fui. Me atendió el encargado o secretario tuyo, no sé: La Señora está ocupada, no tiene lugar en su agenda, tendrá que esperar, me dijo el amable señor.

Y esperé, esperé, esperé por años, como dos mil años en la urdimbre laríngea del decir mío.

Mientras tanto me andaba faltando plata y las necesidades mordían mis pies y tenía que saltar “*sa sa saltando...sa sa sasa saltando, saltando en picada...*” como cantaba Prodan. Y esa sonoridad de tu voz, sonando, sonida, sonada, sonori-ta, al son, son, tenía línea directa a mi pecho, como una suerte de bálsamo. Garganta en vuelo. El viento traía tu polen dulce hacia mí, hacia mi casa y a todas las casas en que me encontrara. Tiempo, el tiempo pasó, tic tac tic tac, años como dije, y estabas cerca pero lejos.

Un día una amiga antigua, milagro en mano, llamó a mi teléfono diciendo que querías conocerme, yo ya ni esperaba, algo había cambiado en el transcurrir del tiempo, y dudé en ir hacia el túnel que proponía tu encuentro.

Finalmente fui. Nos conocimos una tarde. Me quedé un tiempo. Fui feliz. No sé si vos lo fuiste, si te hice bien, si te gusté, si me necesitaste, nunca dijiste.

También conocí el desamor, la frialdad en los rincones de tu casa matizada por algunos abrazos sinceros. Después, el largo bache de tu voz fue inapelable.

Duró lo que dura un sueño, quizá lo fue, un sueño de jarilla perfumada, buena, espinosa y dura. Y fui cayendo lenta pero con la seguridad de los tontos.

-*Usted idealiza demasiado ¡Imposible que no salga lastimado! Usted debe aprender estrategia*, me dijo el “cura locos”, tratando de arreglarme el ánimo.

-*¡Qué arrastrado!*, me dije de nuevo. No luché por lo nuestro. Esa timidez prostituta, esa rareza de tornarme invisible. Después, mucho después advertí que no eras vos, que no era yo, que fueron otros distintos.

A tus pies.

Luis

Lidia del Carmen Velázquez Payjalef nació en 1959 en Neuquén. Es locutora, enseña yoga y publicó textos en revistas barriales de Viedma y

Neuquén y en el periódico "8300". En el concurso provincial de Poesía Ilustrada para estudiantes de 1976 obtuvo el primer premio en poesía, el segundo en ilustración y una mención especial.

## **PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE**

Por Héctor Julio Villafañe

Corrían los años sesenta, era un verano caluroso, nadie dormía la siesta, cientos de oyentes esperaban ansiosos que inicie. Faltaba poco para las tres de la tarde y todos estábamos sentados al lado de la radio sintonizando LU2. Comenzaba el radioteatro; en el capítulo anterior nuestro héroe corría riesgo de ser atrapado y con peligro de muerte.

Enmudecíamos con los primeros compases de la cortina musical; a su vez una voz que anunciaba...

-¡Javier Rizzo presenta...!

La orquesta generaba suspenso con su música de fondo, y nuevamente en off el locutor declamaba enfáticamente...

-Lo llamaban... ¡Bairoletto!

Con sonidos idiófonos y onomatopéyicos daba comienzo el radioteatro. Se escuchaba el galope de un caballo llegando al rancho y una voz enérgica e imperativa repitiendo la escena anterior, la que había provocado a toda la audiencia el mayor momento de tensión.

-¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

Los perros con sus ladridos acosaban las patas del caballo, imaginaba por su relincho un potro de buen porte y de color oscuro. Enseguida otra voz inconfundible respondía e inquietaba a todos los oyentes.

-¡Juan Bautista Bairoletto!

Nuevamente la música de fondo disminuía, comenzaba la trama, los diálogos y las peleas entre personajes. Se vivía en carne propia aquella supuesta realidad, metida y concentrada en una pequeña caja que funcionaba a válvulas. Desde allí partían los sonidos y llegaban a nuestros corazones las vicisitudes de nuestro Robin Hood. Hombre huidizo de la justicia, que por asunto de polleras mató a un comisario y catalogado como bandido; siempre se escondía en el monte para que no lo aprehendan. Hacía justicia por mano propia y ayudaba a los pobres. Pegados a la radio entrecruzábamos nuestras miradas rogando por su suerte.

Recuerdo que a través de aquel maravilloso y mágico receptor se escuchaba llover y creíamos que llovía, y que los truenos eran verdaderos truenos; el viento era más que viento al oír su silbido, como así también el choque de metales cuando se desenvainaban en los duelos los facones. Y si estaqueaban algún renegado, su sufrimiento brotaba por la entretela del cobertor de los parlantes como si el mismo dolor buscara clemencia en nosotros.

Todo era real para nuestros sentidos, quedábamos atrapados con aquel mueble sonoro, dentro de su pequeño espacio, y creíamos que sucedía en aquel preciso instante. Lograba hacernos llorar como también reír o a veces ponernos en la postura de juez.

Podíamos desear el bien o el mal, dependía de la voz que estuviera en el aire; mientras, la hora se consumía y en su mejor parte nuevamente retornaba la música de fondo anunciando el fin del capítulo, quedando en riesgo el futuro de nuestro héroe.

La cita quedaba pactada de antemano, sin aviso, cada oyente al día siguiente arrimaba su silla minuto antes de las tres, mi preferencia era ubicarme donde podía ver la luz incandescente de las válvulas para dejarme llevar con su magia.

Héctor Julio Villafañe es agente de salud; nació en 1952 en Córdoba pero vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ha participado de varios certámenes literarios en el género narrativo, tanto del país como del extranjero. Sus cuentos *Bajo el cielo de Camboya*, *El pensionista* y *Tres hermanos* han sido distinguidos e integrado antologías, así como su poema *Amor eterno* integra un libro digital edición 2013.

## **¡CON PEORES DRAGONES HE LIDIADO Y AHORA SE VENDEN COMO ALFOMBRAS!**

Por Lina Zerón

Anda, prende la radio, rápido, que va a comenzar el programa de Pepe, dijo Caricia, quien iba sentada en la parte trasera del auto.

Romualdo comenzó a buscar la frecuencia, distrayéndose del volante, cuando el automóvil que venía de frente casi provoca un accidente. Tocó el claxon tan fuerte que el resto de los amigos despertaron de un brinco.

-¡Ya ni la chingas, nos vas a matar a todos! le reclamó Gibraltar, el “dormiloto”, así le llamaban porque se suponía que era quien debía estar atento mientras el otro manejaba, pero en vez de eso, dormitaba durante el camino.

Todos iban aburridos rumbo a la universidad, en el peor de los tráficos mañaneros. Lo único que hacía menos tedioso y desesperante el trayecto era escuchar la voz del gran Pepe, el locutor que día a día se las ingeniaba para mantener entretenidos a los conductores de la segunda ciudad más grande del mundo.

-¡Buenos días, queridos amigos conductores, aplanados en el estacionamiento más grande de México! ¡el majestuoso Periférico aquí, desde su estación de radio preferida: “XEW me la paso de madres”, los saludamos a las seis de la mañana! No se corten las venas que hoy tendremos buenos chistes contados por ustedes, acertijos y algunos premios a quienes nos llamen primero.

La Cheyen del “apá” era amplia, cómoda y muy grande, cabían ocho personas e incluso nueve si algún otro cuate deseaba ocupar el espacio entre los asientos delanteros.

Atentos a la estación y deseosos de participar en las “Trivias, Adivina la canción, Cuéntanos un buen chiste o Miéntale la madre al que te la hizo”, se relajaban en los asientos.

-Al primero que llame y nos cuente un buen chiste breve de gallegos, le regalaremos diez entradas al Auditorio para ver a la gran diva de la Banda: La Madre Zota, los alentaba el conductor a marcar para mantenerlos despiertos.

-¡Daniela, tú te sabes muchos, marca, marca!

La chica tomó su celular y se escuchó el timbre en el radio del auto. Todos aplaudieron con entusiasmo.

-¿Cómo te llamas?

-Daniela.

-¿Estás lista para contarnos el chiste?

-Sí. ¿Cómo reconoces a un gallego en un salón de clases? Porque es el único que cuando el maestro borra el pizarrón, él borra su cuaderno.

Se escucharon las carcajadas en la “XEW me la paso de madres” pero no les pareció el más simpático. Mientras la chica marcaba, Luis, el otro estudiante, también lo hacía y su llamada entró en segundo lugar.

-Buenos días, ¿cómo te llamas?

-Luis.

-¿Estás listo para contarnos el chiste?

-¿Por qué en estos momentos no hay gallegos en Galicia? ...porque todos están en los chistes.

-Ja ja ja, éste es un buen chiste, por lo tanto a todos los que pensaron en uno y no pudieron llamar porque Luis se llevó el premio, bajen las ventanillas del auto que les enviaremos el aire del buen humor esta mañana de tráfico.

Justo cuando los estudiantes bajaron las ventanillas, se acercaron dos motociclistas, uno de cada lado de la camioneta, iban armados y con el rostro cubierto por un pasamontañas. Al conductor le pusieron la pistola en la sien y a la copiloto en el cuello.

-¡Órale, cabrones, dennos todo lo que traen o aquí quedan, y rapidito!

Los despojaron de sus celulares, computadoras y portafolios. Incredulos observaron cómo avanzaba el sol en el horizonte incendiando el aire del amanecer.

Lina Zerón nació en México, en 1959. Es poeta, con trece libros; narradora, con cuatro novelas y un libro de cuentos; periodista y promotora cultural. Dirige Linajes Editores y el periódico cultural “Pluma y Café”. Su poesía ha sido traducida a doce idiomas y aparece en más de cien antologías, revistas y periódicos en el mundo. Cuenta con numerosos reconocimientos a nivel nacional e internacional.







**Sala de grabación**

# INDICE

PRÓLOGO .....	5
SOBRE LOS JURADOS.....	7
ENCENDER EL AIRE <b>Mirta Agostino</b> .....	11
PRENDÍ LA RADIO... Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Nuncio Agostino</b> .....	13
BALSAS <b>Georgina Aguerre</b> .....	15
EL DIAL ORIENTAL <b>Omar Álvarez</b> .....	17
LA MOROCHA <b>Estela Noemí Alizeri</b> .....	19
UNA DE AQUELLAS <b>Renée Argel</b> .....	21
¡BOOM! <b>Alejo Arienti Malcom</b> .....	23
SIMPLEMENTE LA RADIO <b>Jorge Oscar Ariza</b> .....	24
ELLA, LA ÚNICA FIEL Y PERPETUA <b>Verónica Arriarán Sanz</b> .....	26
TANTEOS DE UNA IMPROVISACIÓN <b>Soledad Arrieta</b> .....	28
MAÑANA DE OTOÑO <b>Gisselle Avignone</b> .....	30
EL HIJO GRINGO DE SANTOS VEGA <b>Alicia María Barale</b> .....	31
¡PELOTA EN EL AIRE! <b>Osvaldo Barales</b> .....	33
EL CLUB DE LOS CAMPEONCITOS <b>Mauricio Barreto</b> .....	36
EN OTRO CAPÍTULO ME VOLVERÁS A ENCONTRAR <b>Juanita Isabel Barrionuevo Rodríguez</b> .....	38

LA VOZ EN EL AIRE <b>Horacio Beascocha</b> .....	40
RECUERDO CUANDO... <b>Lidia Benetton</b> .....	42
CRUZANDO EL UMBRAL <b>Michael Benítez Ortiz</b> .....	43
PEGADOS A LA RADIO <b>María Cristina Beovide</b> .....	45
EL VIAJE QUE ENCENDIMOS LA RADIO <b>Mauricio Carlos Bertuzzi</b> .....	47
RADIO RETORNO <b>Jonatan Berrutti</b> .....	49
SINTONIZANDO RECUERDOS Y AÑORANZAS <b>Zulema María Biolatto</b> .....	51
RADIOADICTA <b>Dora Bernarda Boggian</b> .....	57
CON LOS OJOS DE LA LUNA <b>Rosalía Estela Bojanich</b> .....	58
TRASLACIONES <b>Virginia Capitano</b> .....	61
LOS HÉROES DEL BALDÍO <b>Franco Caruso</b> .....	63
ENTRE AUTÓMATAS <b>Samuel Carrasco</b> .....	65
LOCUTOR DE RADIO <b>Vicky Carranza</b> .....	66
EL REFUGIO <b>Hernando Castillo Díaz</b> .....	69
ÚLTIMA VEZ <b>Luciano Colfer</b> .....	71
A LAS TRES DE LA MAÑANA <b>Sam Corcobado Moreno</b> .....	73

AL ESCUCHARTE, COMPRENDO <b>Víctor Alberto Cumio</b> .....	74
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Daniel de Cullá</b> .....	76
CAPULLOS Y MARIPOSAS <b>Ileana Charles</b> .....	78
ESBOZO DE UN MINUTO RADIAL <b>Sergio Devita</b> .....	79
CANCIÓN A UN VESTIDO ROJO GIRASOL <b>Myriam Domínguez Seda</b> .....	81
HERENCIA DE RADIO <b>Ariel Luciano Fernández</b> .....	82
DE NOCHE EN LA RUTA <b>Guillermo Daniel Fernández</b> .....	84
UNA INOLVIDABLE RETRANSMISIÓN <b>José María Fernández Álvarez</b> .....	87
MORIR EN EL BAÑO <b>María Alejandra Ferrari</b> .....	89
SOMBRAS EN TRELEW <b>Mario Figueroa</b> .....	90
ERA DOMINGO DE 1947 Y JUGÁBAMOS... <b>Sonia Figueras</b> .....	93
MI PROGRAMA FAVORITO <b>Araminta Solizabet Gálvez García</b> .....	95
ESA MELODÍA CON OLOR A RECUERDOS <b>Mariló Gallardo Arias</b> .....	97
Y DE LOS BOSQUES Y ROCAS... <b>Carmen Gamiño</b> .....	99
NOCHE MÁGICA <b>Klara Laius</b> .....	100
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Yolanda Yanira González Gómez</b> .....	105

ESCUCHÉ QUE...	
<b>María Victoria Grillo</b> .....	107
A FLOR DE PIEL	
<b>Graciela Groba</b> .....	108
MÚSICA DE FONDO	
<b>Tamara Grosso</b> .....	111
EI GOL QUE NO CANTÓ LA RADIO	
<b>Raúl Guadián Delgado</b> .....	113
LAS SECRETAS INTUICIONES DE LOS OÍDOS INTERNOS	
<b>Miguel Ángel Guerrero Ramos</b> .....	115
DEL OTRO LADO DEL MUNDO	
<b>Elba Huanque</b> .....	117
DÍAS DE AMOR Y RADIO	
<b>Julia Edith de la Iglesia</b> .....	119
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE	
<b>Jana Iglesias</b> .....	121
AEMEEFEEME	
<b>Nicolás Lértora</b> .....	122
HOSPICIO	
<b>Víctor Hugo Lincon</b> .....	123
MI MAMÁ NO ME MIMA	
<b>Sebastián López</b> .....	125
DIAL DE UN VIAJE	
<b>Nuntxi López Unanua</b> .....	127
INTRIGA	
<b>Alejandro G. Lucastegui</b> .....	128
LA CAJA SONORA	
<b>Agustina Laura Maini</b> .....	130
LA RADIO EN MI MUNDO	
<b>Elena Beatriz Maggi</b> .....	132
PAS COMME D'HABITUDE	
<b>Elena Márqués Núñez</b> .....	133

CAMIÓN DE LIMPIEZA <b>Omar Marticorena</b> .....	135
DIALES DE ESPERANZA <b>José Luis Martínez Azpilicueta</b> .....	137
RECUERDOS DE AM Y FM <b>Romina Mazzaferrí</b> .....	140
UN GESTO <b>Carina Rita Medina</b> .....	141
DEL POR QUÉ ESPERO LA MEDIANOCHE DE LOS SÁBADOS <b>Leonardo León Melo Reyes</b> .....	142
HAY ANIMALES SUELTOS EN EL KILÓMETRO 202 <b>Verónica Meo Laos</b> .....	144
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Julia Mabel Meso Ramírez</b> .....	147
RECUERDOS DE ARGEL <b>Liliana Montes Le Fort</b> .....	149
SI CIERRO LOS OJOS <b>Stephania Mora Galarza</b> .....	153
JUNTADA EN LO DE JULIO <b>Juan Napal Rojo</b> .....	155
DIOPTRÍAS <b>Rafael Negrete Portillo</b> .....	157
LA RADIO <b>Mirtha Alicia Negretti</b> .....	159
EL ÁNGEL GRIS <b>Federico Nieto</b> .....	161
DISCUSIÓN ONÍRICA <b>Pedro Niño</b> .....	163
UNA CAJA MÁGICA ALLÁ POR LOS 60's <b>Cristina Occhipinti</b> .....	164
DOBLEMENTE ATORMENTADO <b>Guillermo Ondarts</b> .....	166
IDUS <b>Nara Osés</b> .....	168

DE ALLÁ Y DE ACÁ <b>Mariana Eva Otero</b> .....	170
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Fredesvinda Páez</b> .....	171
LOS DÍAS EN QUE TUVE QUE CALLAR AL PERUANO PARLANCHÍN <b>Silvia Pailhé</b> .....	173
LO PASARON EN LA RADIO... <b>Alcides David Paponi</b> .....	175
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Fabio Parceró</b> .....	177
LOS PERROS <b>Benito Pastoriza Iyodo</b> .....	178
APAGAR LA RADIO <b>Luciana Pechacek</b> .....	179
HOMENAJE <b>Graciela Pedro</b> .....	181
AMABLES OYENTES <b>Gerardo Leonardo Pennini</b> .....	182
LA CAJITA SONORA <b>María Sol Pérez Daszkal</b> .....	184
EL VIEJO FIEL APARATO <b>Jorge Pérez Jordán</b> .....	185
LA CIUDAD DORMIDA <b>Marcelo Perroni</b> .....	187
TRES AÑOS DE PRIMAVERA <b>Raúl Piatti</b> .....	189
¿TE ACORDÁS DE PUERTO POLLENSA...? <b>Fabiana Pizzola</b> .....	191
LA VOZ EN LA OSCURIDAD <b>Loren Pose</b> .....	193
ANÉCDOTA DE RADIO <b>Néstor Quadri</b> .....	194

AZUCENAS <b>Silvina Repetti</b> .....	197
UNA ESPINA EN EL DIAL <b>Sergio Ríos</b> .....	201
LAS ONDAS DE LA MEMORIA <b>Salvador Robles Miras</b> .....	203
UN DIAL, DOS AMORES <b>Victoria Rodríguez Rey</b> .....	204
UNA VOZ RADIOAFÓNICA <b>Rubén Rojas Yedra</b> .....	205
MI ABUELA Y LA RADIO <b>Manuel Marcos Roldán</b> .....	206
ANDA Y NO ANDA <b>Beatriz Rosón</b> .....	208
GALENA MÁGICA <b>Fulvio Augusto Rottaris</b> .....	210
NEW WAVE <b>Francisco Javier Rodríguez Barranco</b> .....	212
VIEJO QUERIDO <b>Gonzalo Tomás Salesky Lascano</b> .....	214
EL SEÑOR CORDERO <b>María Florencia Sassella</b> .....	215
SINTONÍAS <b>Graciela Beatriz Sisto</b> .....	217
LA INTERSECCIÓN <b>Estela Mary Soliani</b> .....	219
INTERENCENDIDA, SIEMPRE <b>Jorge Humberto Soria</b> .....	221
EN SIMULTÁNEO <b>Laura Alejandra Soto</b> .....	224
VIAJE HERTZIANO <b>Fernando Ángel Soto Vidal</b> .....	227

LAS OTRAS VOCES <b>Mirta Stagnaro</b> .....	229
FRECUENCIAS EN CONFLICTO <b>Jorge Emilio Schönfeld</b> .....	231
SINTONIZANDO EN LA MISMA FRECUENCIA <b>Ana Unhold</b> .....	233
CUANDO EL ALMA ESCUCHA <b>Malén Suyai Varela</b> .....	235
SUTILEZAS DE LA TARDE <b>Nilda Josefina Vázquez</b> .....	237
PRENDER LA RADIO PARA APAGAR LA ANGUSTIA <b>Silvia Gabriela Vázquez</b> .....	239
CLAVOS DE PIÑATA <b>Carlos Ariel Vega</b> .....	241
INVISIBLE 2 <b>Lidia Velázquez</b> .....	243
PRENDÍ LA RADIO Y SE ENCENDIÓ EL AIRE <b>Héctor Julio Villafañe</b> .....	245
¡CON PEORES DRAGONES HE LIDIADO Y AHORA SE VENDEN COMO ALFOMBRAS! <b>Lina Zerón</b> .....	247





IMPRESA DIGITAL

**Neuquén:**  
Santa Fe 118 | 0299 4433223

**Cipolletti:**  
Irigoyen 114 | 0299 4770781

[www.planetacolor.com.ar](http://www.planetacolor.com.ar)